



BOLETIN DE PASTORAL

Revista Diocesana Mensual



San Juan de los Lagos, Jal. Octubre de 2016 N° 433

Semana de la Familia



iFamilia,
Llamada a CRECER en el
Amor



Comisión Diocesana de Pastoral Familiar
Diócesis de San Juan de los Lagos

SUMARIO:

Mensaje del Sr. Obispo	1
Introducción	2
ENCUENTROS:	
1. Simplemente fuertes	4
2. Familia, ¿dónde tu grandeza?	10
3. Yo-tú, nosotros	16
4. Veo a Dios en el amor de esposos	21
5. El origen del amor en nuestros corazones	27
Hora Santa: «Todos somos sembradores»	32
ANEXOS:	
Discurso del Santo Padre Francisco: <i>Clausura de la III Asamblea General extraordinaria</i>	35
Discurso del Santo Padre Francisco: <i>Clausura de los trabajos de la XIV Asamblea General ordinaria</i>	38
«Dios confía de modo especial el hombre a la mujer»	42
Se casaron y vivieron felices. ¿Para siempre?	45
Himno de la Semana de la familia 2016	58
Sínodo de la Familia del 2015	60
Instrumentum Laboris Sínodo 2015	62
Exhortación Apostólica post-sinodal «Amoris Laetitia»	64
Resumen de la Exhortación Apostólica «Amoris Laetitia»	68
El Evangelio de la Familia	73

Centro Diocesano de Pastoral

Morelos 28. A. P. 21

Tel. (395) 785-0020 Fax. (395) 785-0171

Correo-E: cpastoral@gmail.com

Messenger: cpastoral@hotmail.com

47000 San Juan de los Lagos, Jal.

Responsable:

Comisión diocesana de Pastoral Familiar

Diócesis de San Juan de los Lagos.

MENSAJE DEL SEÑOR OBISPO A LAS FAMILIAS

San Juan de los Lagos, Jal., 22 de Agosto de 2016

A todas y cada una de las familias de nuestra querida Diócesis:

Me llena de gozo poder saludar a las familias que integran esta Diócesis con motivo de la Semana de la Familia. Me han informado que se celebra cada año en el mes de octubre el «mes de la familia», sin olvidarnos que también es el mes del Rosario y mes de las misiones.

Deseo, en primer lugar, saludar a cada familia y a cada persona de nuestra Diócesis, sabiendo que son familias muy ricas en valores humanos y cristianos que enfrentan desafíos muy fuertes, debido a los ataques de la cultura actual y los ambientes en que se desenvuelven, que a la vez son retos que debemos superar. De manera particular saludo y felicito a tantos agentes de la pastoral, laicos y sacerdotes que, con entrega y generosidad, prestarán un servicio muy valioso para poder llegar a todos.

El lema de esta Semana de la Familia, que es muy significativo y motivante: «*Familia, eres llamada a crecer en el amor*», nos ayudará a conocer y acercarnos a la hermosa Exhortación apostólica del Papa Francisco *Amoris laetitia*. En ella descubrimos que cada matrimonio, así como cada persona, está llamado a crecer en el amor. No podemos olvidarnos de que nos encontramos en el «*Año de la misericordia*», así

como del «*Testimonio y de del comportamiento moral cristiano*» que muy bien pueden enriquecer nuestra reflexión y compromiso a favor de las familias.



Me alegro porque la temática de la familia se centra en algo tan esencial en la familia como es el amor, de donde se desprenden la alegría, la paz y la bondad, el perdón y muchos frutos sin los cuales no se puede sostener una familia. Hemos de estar abiertos a la esperanza para no caer en la tentación de no luchar por crecer y mejorar en las distintas dimensiones que conforman a cada familia y persona.

Quisiera estar en medio de cada familia, grupo o comunidad que se reunirán para reflexionar la Palabra de Dios, las enseñanzas del Papa y en aquellas realidades que afectan a nuestras familias en el presente de nuestra historia. Recordemos lo que nos dice el Papa: «es posible el cambio, el crecimiento, el desarrollo de las potencialidades buenas que cada uno lleva en sí» (AL 221). Estas palabras nos invitan a reavivar constantemente el amor en cada matrimonio y familia (cfr. AL 2; 229).

Reciban, junto con mi saludo, mi oración y bendición.

† *Jorge Alberto Cavazos Aizpe*
Obispo de San Juan de los Lagos

Introducción

En este año de la misericordia, en la Comisión Diocesana de la Pastoral Familiar Diocesana (CODIPAF), hemos visto a bien estudiar en los próximos tres años la exhortación apostólica *Amoris laetitia* (La alegría del amor) del Papa Francisco, fruto de los dos Sínodos para la familia celebrados en 2014 y 2015, en la ciudad de Roma.

Lo que nos inspira y guía la temática de este año es *el amor*, pues, como dice el Papa Francisco al iniciar el capítulo cuarto de la exhortación: «Todo lo dicho no basta para manifestar el evangelio del matrimonio y de la familia si no nos detenemos especialmente a hablar de amor. Porque no podremos alentar un camino de fidelidad y de entrega recíproca si no estimulamos el crecimiento, la consolidación y la profundización del amor conyugal y familiar». (AL 89). De aquí que nuestro lema sea: *Familia, llamada a crecer en el amor*.

De esta manera lo afirma Berdiaev: «La persona está estrechamente ligada al amor. Se realiza por amor. Por amor supera la soledad; por amor alcanza la comunión. A su vez, el amor implica a la persona, es una relación entre persona y persona, una relación en que la persona sale de sí misma para entrar en otra persona; es, por consiguiente, el acto por el que la persona es reconocida y afirmada desde la eternidad»¹. En palabras del Santo Padre lo leemos así: «El amor abre los ojos y permite ver, más allá de todo, cuánto vale un ser humano» (AL 128), porque el matrimonio es «un camino de maduración, donde cada uno de los cónyuges es un instrumento de Dios para hacer crecer al otro. Es posible el cambio, el crecimiento, el desarrollo de las potencialidades buenas que cada uno

lleva en sí. Cada matrimonio es una *historia de salvación*» (AL 221).

Esta temática ayudará a los matrimonios y a las familias crecer con una mirada más positiva del futuro, con mayor esperanza y alegría ante los desafíos actuales (cfr. AL 126). Nos dice el Papa Francisco: «Las realidades que nos preocupan son desafíos. No caigamos en la trampa



de desgastarnos en lamentos autodefensivos, en lugar de despertar una creatividad misionera. En todas las situaciones, la Iglesia siente la necesidad de decir una palabra de verdad y de esperanza» (AL 57). Y más adelante escribe: «Hoy, más importante que una pastoral de los fracasos es el esfuerzo pastoral para consolidar los matrimonios y así prevenir las rupturas» (AL 307). Por esta razón nuestros temas van encaminados al crecimiento del amor matrimonial y familiar, y a mostrar la belleza del matrimonio y la familia, más que a la solución de problemas (cfr. FRANCISCO, Audiencia general, 06.05.2015).

Para finalizar, es bueno distinguir un elemento importante en nuestra temática. El Papa Francisco, en dos de sus documentos más importan-

tes *Evangelii gaudium* y *Amoris laetitia*, hace referencia a la alegría. Una refiere a la alegría que nace del Evangelio (*gaudium*), la cual, su fuente es inagotable. La otra es una alegría (*laetitia*) que debe construirse cada día. La alegría de la familia y el amor de la familia, tienen la llamada a crecer todos los días, a construirse todos los días y a celebrarse todos los días. Por tanto, la alegría y el amor que tienen su origen en Dios deben construirse todos los días. Y el mejor espacio para crecer en la alegría y el amor, es la familia.

Indicaciones metodológicas

1. Conviene que los agentes tengan el texto de la Exhortación Apostólica y *subrayen algunas frases* que son citadas en el tema, de tal modo que puedan leerlo directamente de la Exhortación.
2. Somos conscientes de que cada uno de los temas es de gran extensión como para exponerlo en su totalidad. La intención ha sido ofrecer un subsidio amplio para el expositor más que para quien recibe los temas. Sugerimos

que se discierna qué partes del tema se puede omitir o abreviar, de tal manera que se alcance el objetivo planteado en cada tema. Claro está que una parte esencial es la Palabra de Dios, la cual será la única parte indiscutible. Cabe apuntar que lo recomendable es leer el texto bíblico directamente de la Biblia (recomendamos la Biblia de América).



3. Proponemos que todo el tiempo se mantenga una visión positiva durante la exposición. Evitemos fatalismos y charlas ensombrecidas por el pesimismo y mostremos en cada charla la alegría del amor, pues la alegría, en cambio, amplía la capacidad de gozar y nos permite encontrar gusto en realidades variadas, aun en las etapas de la vida donde el placer se apaga.

4. Se sugiere, por último, que cada parroquia (o unidas varias parroquias), tenga un evento de clausura de la semana de la familia donde se exprese con fuerza la alegría del amor en el matrimonio y la familia. Deberá ser, pues, un evento festivo.



ENCUENTRO 1

Simplemente Fuertes

La fuerza de la familia está en amar y enseñar a amar (AL 53)

1. Objetivo:

Retomar el amor como centro de nuestras vidas, de nuestras relaciones y nuestras actividades, para que así, fundados en el amor, nuestras familias sean un reflejo de Dios.



2. Oración inicial

Abre nuestros ojos, Señor,
para que podamos verte a ti
en nuestros hermanos y hermanas.
Abre nuestros oídos, Señor,
para que podamos oír las invocaciones
de quien tiene hambre, frío, miedo,
y de quien está oprimido.
Abre nuestro corazón, Señor
para que aprendamos a amarnos los unos a los
otros
como tú nos amas.
Danos otra vez tu Espíritu, Señor,
para que nos volvamos un solo corazón y una
sola alma
en tu nombre.
Amén.

3. Ubicación

¡Sean bienvenidos todos a la Semana de la familia! Dios nos ha concedido este tiempo especial para reflexionar sobre el matrimonio y la familia, para crecer en el amor y, así, ser vivo reflejo del amor de Cristo por nosotros. Iniciamos

este primer tema poniendo la mirada en la fuerza del amor que poseen todas y cada una de las familias. Es un tema que nos recordará que sin amor la familia no es nada. Y, por el contrario, cuando hay amor en la familia, ésta alcanza una fuerza tan sólida que ninguna tempestad podrá derrumbar (cfr. Mt 7,24-27).

4. La canción tiene un mensaje

Dos opciones:

- a) José Luis Perales, *Amor sin límites*. Una canción que ha tenido su inspiración en el Himno al amor:

*Yo podría yo tocar el sol y vaciar el mar
o intentar un lugar al sur para la libertad,
conocer el principio y fin de cada estrella
y si me falta el amor, ya ves, yo no soy nada.*

*El amor es la espera sin límites,
es la entrega sin límites
y es la disculpa sin límites, sin límites,
no es egoísta ni se irrita, no.*

*El amor cree todo sin límites,
aguanta todo sin límites
y es generoso sin límites, sin límites,
no tiene envidia ni sabe contar.
No pide nada.*

*Ya podría yo morir por ti y luego despertar
o pintar de color la luz o hacer dulce la sal.
Ser profeta del porvenir, romper el aire.
Si me falta el amor, ya ves, yo no soy nada.*

*El amor es humilde sin límites,
es comprensivo sin límites
y es la justicia sin límites, sin límites,
es siempre tierno y dice la verdad.*

*El amor cree todo sin límites,
aguanta todo sin límites
y es generoso sin límites, sin límites,
no tiene envidia ni sabe contar.
No pide nada.*

*El amor es la espera sin límites,
es la entrega sin límites
y es la disculpa sin límites, sin límites,
no es egoísta ni se irrita, no.
No pide nada.*

b) Mijares y Lucero, *El privilegio de amar*. Amar sólo es posible cuando Dios es nuestra fuente y nuestro fin.

*Que podré decirte en el corto tiempo
en que se vive una ilusión,
que podré dejarte tan pegado al alma
que se quede ahí en tu corazón.*

*Yo no pretendo enseñarte,
lo que es el mundo me falta también.
Pero vale la pena, disfrutar cada día,
porque me has regalado
el privilegio de amarte.*

Coro:

***Di lo que sientas, has lo que piensas,
da lo que tengas y no te arrepientas.
Y si no llega lo que esperabas,
no te conformes, jamás te detengas.
Pero sobre todas las cosas,
nunca te olvides de Dios.***

*Serás del tamaño
de tus pensamientos,
no te permitas fracasar.
Lo más importante
son los sentimientos
y lo que no puedes confiar.
Y cuando llegue el momento,
en que tu sola quisieras volar,
aunque no estemos juntos,
estarán los recuerdos,
que con sólo tenerlos,
volverás a vivirlos.*

Coro:

*Di lo que piensas, has lo que sientas,
da lo que tengas y no te arrepientas.
No te limites por lo que digan
sé lo que quieras pero sé tú mismo.*

*Pero sobre todas las cosas,
nunca te olvides de dios,
pero sobre todas las cosas,
como te quiero mi amor.*



5. Imagen

¿Es esta una hamburguesa?

Y ¿esta también?

Una hamburguesa se prepara con varios ingredientes: pan, carne, lechuga, jitomate, cebolla, queso, aderezos, etc., pero aún si sólo estuviera compuesta de pan y carne (que es lo esencial) no deja de ser una hamburguesa. Así también en la vida familiar: el amor es lo esencial. El amor es lo que hace de la familia un genuino y diáfano reflejo de Dios. Si la base de nuestra familia es el amor, podemos decir que tenemos lo esencial, lo fundamental. Sin amor, podríamos decir que nuestra familia no es familia, así como sin pan y sin carne la hamburguesa no es hamburguesa.

6. Experiencia de vida

La diferencia la hace la familia

Cuando Carmelita llegó a la familia, era una niña triste, retraída, insegura y temerosa, no caminaba, ni decía palabra alguna. «¡Pobre niña, nunca ha recibido amor!», decía la abuelita. Y era verdad. Carmelita había venido al mundo en una situación difícil. Nunca tuvo una verdadera familia. Su padre, preso por un delito grave, siempre fue un padre ausente. Y su madre, sin posibilidades de mantener a sus tres hijos, tomó la decisión de colocarlos en una casa hogar y dedicarse a su propia vida. Fue allí, en la casa hogar, donde Juan y Mary conocieron a Carmelita. Ellos no tenían la dicha de los hijos y a ella le faltaban sus padres. Juan y Mary encontraron en Carmelita lo que a su familia le faltaba para compartir su amor. Y fue en base

a este amor de los esposos que Carmelita, en pocos meses, se convirtió en una niña alegre, inteligente y feliz; le gustaba convivir, conversar, escuchar historias, colaborar en los que-



haceres de casa..., aprendía siempre cosas nuevas. Quienes la conocieron a su llegada no podían creer como había cambiado... ¡Qué segura! ¡Qué grande! ¡Qué hermosa! Seguro que solo le faltaba amor.

¿Era algo esencial lo que antes no tenía Carmelita y que después tuvo? ¿A qué se debía que Carmelita no progresaba ni en su caminar ni en su hablar? ¿A qué se debe el cambio tan drástico con el simple hecho de vivir bajo el cuidado de un padre y de una madre? ¿Qué aporta un padre y una madre y que no aporta una casa hogar?

7. Iluminación con la Palabra de Dios

«Aunque hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo amor, soy como una campana que suena o como platillo que retumba. Y aunque tuviera el don de hablar de parte de Dios y conociera todos los misterios y toda la ciencia; y aunque mi fe fuera tan grande como para trasladar montañas, si no tengo amor, nada soy. Y aunque repartiera todos mis bienes a los pobres y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo amor, de nada me sirve» (1Cor 13,1-3).

¿Qué ideas y sentimientos nos deja el texto? En nuestra vida, ¿hay cosas que hacemos sin amor? ¿En qué se nota?

El amor en la vida familiar es esencial, es como un sagrario que contiene lo más valioso. Del amor surgen las decisiones principales, donde cada realidad alcanza su valor preciso y, sobre todo, donde cada acontecimiento cobra sentido y permite a la familia construir una historia. Es por eso que sólo reflexionando sobre el amor en la familia tendrá sentido toda reflexión consecuente. Por esta razón hemos decidido iniciar reflexionando sobre el papel esencial que constituye amar y enseñar a amar.

Vivir el amor en la familia no es un conjunto de normas que se deben cumplir, ni un ideal difícil

de vivir (para algunos *inalcanzable*), mucho menos un sentimiento que aparece sólo cuando las cosas van bien. Por el contrario, vivir el amor en la familia es el presupuesto para una vida feliz en todas las circunstancias de la vida, es la fuerza que empuja siempre hacia adelante, es la luz que guía nuestro camino, es alimento cotidiano que nos hace grandes en la vida y en las relaciones familiares. De hecho, es imposible imaginar a una persona vivir sin amor. Nadie puede vivir sin amor, ya que «Dios ha creado al hombre a su imagen y semejanza y, llamándolo a la existencia por amor, lo ha llamado al mismo tiempo *al amor*» (FC 11). Por tal motivo, como ha dicho el Papa San Juan Pablo II: «Hay que preparar a los jóvenes para el matrimonio, hay que enseñarles el amor. El amor no es cosa que se aprenda, y sin embargo no hay nada que sea más necesario enseñar»². Y afirma el Papa Francisco: La fuerza de la familia «reside esencialmente en su capacidad de amar y enseñar a amar. Por muy herida que pueda estar una familia, esta puede *crecer* gracias al amor» (AL 53).

8. Reflexión

8.1. La familia, lugar primero donde se aprende a amar.

El amor es para el hombre su vocación fundamental, la cual se revela y se acoge en la familia. De esta experiencia de amor en la familia depende toda actuación posterior, pues el hecho de ser recibido con amor en el seno de una familia imprime en cada persona el origen amoroso que no solamente da seguridad en la vida (no tiene miedo de perder, porque primero ha recibido algo), sino que también orienta toda la acción posterior. De aquí la importancia de comunicar el amor en la familia.

Cabe resaltar que comunicar el amor no procede de iniciativa humana, sino divina: Dios ha dado a la familia la misión de revelar, custodiar y comunicar el amor (cfr. FC 17), y, por eso mismo, «el matrimonio sólo encuentra la fuerza necesaria

Valora a tu familia



para realizar su misión en Dios que es amor, porque, «*el amor puede ser profundizado y custodiado solamente por el Amor*, aquel Amor que es *derramado* en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado» (*Carta a las Familias* 7).

Enseñar a amar es una tarea que ha sido dada a las familias porque sólo en la familia se puede servir al amor. Servir al amor significa conservar un don que *crece* por sí mismo y se desarrolla en las relaciones: es el don maravilloso de *la comunión*. El mandato del amor se refiere a un amor de comunión que no podemos realizarlo por sí solos. Se necesita una comunidad viva, un lugar de amor, un hogar donde este servicio se haga concreto y revele toda su fecundidad. Y este lugar es propiamente la familia.

El texto del Evangelio de Mateo: «*Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y estad seguros que yo estaré con vosotros día tras día, hasta el fin del mundo*» (Mt 28,19-20), y el texto del Evangelio de Juan: «*Todos conocerán que sois discípulos míos en una cosa: en que os tenéis amor los unos a los otros*» (Jn 13,35), nos dejan ver, por un lado, la misión de todo cristiano de comunicar el don del amor y de la presencia de Dios con nosotros en la misión; y, por otro, nos recuerda que precisamente en la vivencia y comunicación del amor se revela nuestra identidad y nuestra misión. Cuando Dios crea al hombre lo hace por una razón: por amor. El amor es un don en nuestra vida, y en «*la lógica del don*», el don se recibe para ser comunicado. Y precisamente la familia, en su tarea de enseñar a amar, encuentra su identidad.

Identidad y misión son dos aspectos interconectados de la persona, porque la identidad provoca a una misión, y la misión, a su vez, revela lo más genuino del propio ser. Por tanto, si

la familia tiene como tarea amar y enseñar a amar, podemos afirmar junto con el Papa san Juan Pablo II que «*la esencia y el cometido de la familia son definidos en última instancia por el amor*. Por esto la familia recibe la misión de *custodiar, revelar y comunicar el amor*» (FC 17). No existe mejor sujeto ni mejor lugar para experimentar el amor, para comunicar el amor y para aprender a amar que la familia.

En una de las catequesis preparatorias para el Encuentro Mundial de las Familias, que se llevó a cabo en Filadelfia en el año 2015, encontramos esta afirmación: «*Si comprendemos que el amor es nuestra misión en nuestro matrimonio, nuestra familia, nuestros hijos y nuestra parroquia entonces hemos aprendido una verdad básica que dará forma a muchas otras áreas de la vida*»³. De aquí la importancia de conocer, asumir y realizar la tarea de amar y enseñar a amar en la familia.

8.2. Papá y mamá, primeros responsables en la tarea de enseñar a amar

Cuán importante es que los padres no se desentendían de enseñar a amar a sus hijos, tarea primordial de los padres de familia. El lugar propio para aprender a amar es precisamente la familia porque

en las relaciones familiares se distingue el amor auténtico de aquel que no lo es: «*El amor auténtico es oblativo, y abierto al misterio, el inauténtico es posesivo y mágico*»⁴. Enseñar a amar es enseñar ese dinamismo que lleva a la persona a realizar un don de sí porque primero ha recibido un don, el don del amor; o sea que, propiamente en la familia, la persona humana descubre que está llamado a vivir el amor, porque primero ha recibido el don del amor. Recordemos las palabras de nuestro Papa emérito Benedicto XVI: «*Puesto que es Dios quien nos ha amado primero (cfr. 1Jn 4,10), ahora el amor ya no es un ‘mandamiento’, sino la respuesta al don del amor, con el cual viene a nuestro encuentro*» (DCE 1).



El hijo que nace y *crece* en el seno de un matrimonio fundado en el amor, expresado en una promesa «para siempre», descubre que su origen es el amor, que vive en una esfera de amor y que tiene un futuro de amor.

Cuando los padres de familia se dan a la tarea de enseñar a amar a sus hijos, logran que éstos puedan *crecer* con dignidad y desarrollarse en modo integral en la familia, en la escuela, en la Iglesia, con los amigos y en la sociedad. Debemos tener muy presente que no estamos terminados y que no dejamos de aprender. No acaba nunca la tarea de enseñar a amar y, precisamente por esto, el hijo necesita el cuidado amoroso de la familia desde el primer momento de su existir. Por esta razón la familia es reconocida como «el ámbito privilegiado donde cada persona aprende a dar y recibir amor»⁵. Enseñar a amar ayuda a alcanzar la identidad propia de cristiano, porque *enseñar a amar* significa generar la verdadera identidad de la persona, pues en ella, el ser humano se realiza sólo en la medida en que ama y es amado.

Recordemos también que la familia es capaz de purificar cualquier distorsión del amor, custodiando el verdadero amor y poniendo en acorde las relaciones familiares. Bajo la luz que resplandece en la familia se revela la Luz que viene de lo alto (cfr. *Lc 1,78*), esa luz que nos da vida y seguridad (cfr. *Sal 35,10*).

Cuando los padres olvidan su tarea de enseñar a amar corren el riesgo de ser arrasados por *un individualismo voraz*, y toda la familia pierde la luz que ilumina el camino, se camina por veredas desconocidas y se desconoce el sentido de la existencia. En cambio, cuando los padres aman y enseñan a amar, el mismo matrimonio se hace fuerte, se crean espacios donde los esposos y los hijos pueden practicar las bellas relaciones donde nadie tiene miedo a entregar-

se, porque sabe que el otro sabrá recibirle sin lastimarlo. ¡Esta es la verdad que deben comunicar con valentía las familias!: No hay nada que le puedan quitar a la familia, porque «la familia tiene su propia luz que el hombre necesita, aporta algo que nada puede sustituir, la seguridad de una intimidad»⁶. En este sentido, los padres de familia no deben renunciar a su misión de ser luz para sus hijos y deben tener siempre presente que ellos son los primeros responsables de comunicar el amor con el testimonio de una vida entregada.

Reza un dicho popular: «nadie sabe lo que es ser hijo sino hasta que se llega a ser padre», es decir, que la experiencia de recibir el amor de los padres llega a su maduración cuando le corresponde al hijo comunicar el amor a sus propios hijos, y el lugar privile-

giado para llegar a esta maduración es nuevamente la familia. La donación total se aprende en familia porque en la familia se aprende a amar. El hijo que ha aprendido a amar en familia sabe que el amor es su fuerza y su descanso, su seguridad y su integridad, su historia y su futuro.

Enseñar a amar es la tarea más noble que tienen los padres respecto a sus hijos, porque enseñar a amar es enseñar a dar y recibir lo que no se puede comprar ni vender, sino sólo regalar libre y recíprocamente (cfr. *Carta a las familias 11*).

8.3. Cuatro líneas a seguir para amar y enseñar a amar según el Papa Francisco

La oración. «La actividad generativa y educativa es, a su vez, un reflejo de la obra creadora del Padre. La familia está llamada a compartir la oración cotidiana, la lectura de la Palabra de Dios y la comunión eucarística para *hacer crecer el amor* y convertirse cada vez más en templo donde habita el Espíritu» (AL 29).



Inspirarse y dejarse guiar por el amor de Dios: «Nuestra enseñanza sobre el matrimonio y la familia no puede dejar de inspirarse y de transfigurarse a la luz de este anuncio de amor y de ternura, para no convertirse en una mera defensa de una doctrina fría y sin vida. Porque tampoco el misterio de la familia cristiana puede entenderse plenamente si no es a la luz del infinito amor del Padre, que se manifestó en Cristo, que se entregó hasta el fin y vive entre nosotros. Por eso, quiero contemplar a Cristo vivo presente en tantas historias de amor, e invocar el fuego del Espíritu sobre todas las familias del mundo» (AL 59).

Reavivar constantemente el amor en cada matrimonio. *El amor vivido en las familias es una fuerza constante para la vida matrimonial, para la vida de la Iglesia y de la sociedad (cfr. AL 88).* «El fin unitivo del matrimonio es una llamada constante a *acrecentar* y profundizar este amor. En su unión de amor los esposos experimentan la belleza de la paternidad y la maternidad; comparten proyectos y fatigas, deseos y aficiones; aprenden a cuidarse el uno al otro y a perdonarse mutuamente. En este amor celebran sus momentos felices y se apoyan en los episodios difíciles de su historia de vida [...] La belleza del don recíproco y gratuito, la alegría por la vida que nace y el cuidado amoroso de todos sus miembros, desde los pequeños a los ancianos, son sólo algunos de los frutos que hacen única e insustituible la respuesta a la vocación de la familia»⁷.

Ser familias de Iglesia. La familia que vive cercana a la comunidad eclesial encontrará espacios y momentos *para crecer en el amor*. Esta es precisamente la invitación del Papa Francisco: «que la Iglesia ofrezca espacios de acompañamiento y asesoramiento sobre cuestiones relacionadas con el *crecimiento* del amor, la superación de los conflictos o la educación de los hijos» (AL 39).



9. Conclusión

Inspirados en el texto de san Pablo: «*si no tengo amor, de nada me sirve*» (1 Cor 13,3) hemos querido iniciar esta Semana de la Familia hablando del amor. Podemos decir muchas cosas sobre el Evangelio del matrimonio y la familia, pero de nada servirá si primero no nos detenemos especialmente a hablar de amor, «*porque no podremos alentar un camino de fidelidad y de entrega recíproca si no estimulamos el crecimiento, la consolidación y la profundización del amor conyugal y familiar*» (AL 89). En efecto, la gracia del sacramento del matrimonio está destinada ante todo «a perfeccionar el amor de los cónyuges» (CatIC 1641), de tal modo que el amor siga siendo para los matrimonios y las familias cristianas *origen, tarea y futuro*.

10. Compromiso

Descubrir en mis tareas cotidianas el amor que le pongo. Es decir, ¿Realizo con buen ánimo mis quehaceres, mi trabajo o mi tarea? Lo que realizo ¿lo veo como una manera de crecer en el amor o lo veo como una carga que me cansa? Como padre y como madre ¿soy consciente de la tarea que Dios me ha encomendado? ¿Me empeño en enseñar a amar a mis hijos? ¿En qué se nota?

11. Oración final

La siguiente oración se dice de manera pausada, siendo conscientes de cada palabra dirigida a Dios:

**Señor, confío el pasado a tu Misericordia,
el futuro a tu providencia
y el presente a tu amor.
Tú sabes Señor que lo único que tengo
es el día de hoy para amarte
y, por ti, a quienes me has dado. Amén.**

Se termina con el canto:

Si yo no tengo amor, yo nada soy Señor...

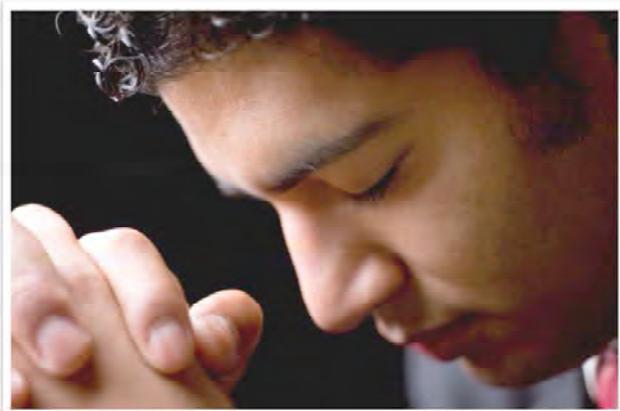
ENCUENTRO 2

Familia, ¿Dónde tu Grandeza?

El amor nos engrandece (AL 210)

1. Objetivo:

Reconocer con claridad los puntos débiles del otro, despertar la confianza para ayudarnos unos a otros y descubrir la belleza del amor divino sembrado en nuestros corazones que nos hace capaces de vivir como familia.



2. Oración inicial

Señor Dios Nuestro, Tú nos has elegido para ser tus santos y tus predilectos.

Revístenos de sentimientos de misericordia, de humildad,

de bondad, de dulzura, de paciencia, ayúdanos a sobrellevarnos

los unos a los otros

cuando tenemos algún motivo de queja,

lo mismo que Tu, Señor,

nos has perdonado.

Y, sobre todo, danos esa caridad

que es vínculo de perfección.

Que la paz de Cristo

brille en nuestros corazones,

esa paz que debe reinar en la unidad de tu cuerpo místico.

Amén.

3. Ubicación

Bienvenidos a nuestro segundo encuentro en esta Semana de la familia. El día de ayer vimos la importancia de descubrir el amor en nuestro obrar. Recordamos la importancia y la grande responsabilidad de los padres de enseñar a amar. Y la manera mejor de hacerlo es amándose entre ellos (el amor entre los esposos), porque no hay mejor enseñanza de amor para los hijos que el amor visible de sus padres.

Hoy recordaremos una de las claves para descubrir si en realidad estamos amando y creciendo en el amor. El sacerdote español José Noriega dice que amar es tocarse y engrandecerse: *cada vez que me tocas, me amas, y cada vez que me amas, me engrandesces* (cfr. José Noriega, *No solo de sexo... hambre, libido y felicidad: las formas del deseo*, Monte Carmelo, Burgos 2012, 57).

De aquí que nuestro obrar es para engrandecer a la persona, no empequeñecerla ni pisotearla, sino engrandecerla. El amor no es una pastilla de «chiquitolina» que hace pequeñas a las personas, sino todo lo contrario, el amor es la dosis diaria que nos engrandece como personas y como hijos de Dios (cfr. AL 210).

4. La canción tiene un mensaje

Dos opciones:

- a) Hermana Glenda, *Si conocieras el don de Dios*. Conocer el amor de Dios en nuestra vida nos engrandece, y no hay razón para estar mendigando amor.

«Si conocieras el amor que Dios te tiene,
si descubrieras lo que Él te quiere regalar...»

uh,uh,uh,uh (2)

Si conocieras como te amo
si conocieras como te amo,
dejarías de vivir, sin amor.
Si conocieras como te amo
si conocieras como te amo,
dejarías de mendigar cualquier amor.

Si conocieras como te amo,
como te amo
serías más feliz.

uh,uh,uh,uh (2)

Si conocieras como te busco
si conocieras como te busco,
dejarías que te alcanzara mi voz
Si conocieras como te busco

si conocieras como te busco
dejarías que te hablara el
corazón

Si conocieras como te busco,
como te busco
escucharías más mi voz.
«Si conocieras como te sueño,
me preguntaría lo
que espero de ti,
si conocieras como te sueño,
buscarías lo
que he pensado para ti...»

Si conocieras como te sueño,
como te sueño,
pensarás más en mí
uh,uh,uh,uh...

b) José José, *El Amar y el
querer*. Cuando distante es uno y otro. Esta-
mos llamados a amar, más que a querer.

*Casi todos sabemos querer
pero pocos sabemos amar
es que amar y querer no es igual
amar es sufrir querer es gozar*

*El que ama pretende servir
el que ama su vida la da
y el quiere pretende vivir
y nunca sufrir y nunca sufrir*

Coro:

*El que ama no puede pensar
todo lo da, todo lo da
el que quiere pretender olvidar
y nunca llorar y nunca llorar*

*El querer pronto puede acabar
el amor no conoce el final*

*y es que todos sabemos querer
pero pocos sabemos amar.*

*El amar es el cielo y la luz
ser amado es total plenitud
es el mar que no tiene final
es la gloria y la paz, es la gloria y la paz.*

*El querer es la carne y la flor
es buscar el oscuro rincón
es morder, arañar y besar
es deseo fugaz, es deseo fugaz.*

5. Imagen

Los elefantes forman una verdadera **familia**. Desde su nacimiento, van aprendiendo hábitos de comportamiento que van ligados a la **lealtad al grupo**, permaneciendo siempre unidos; son qui-



zá los animales salvajes más civilizados, ya que logran generar una relación de **respeto y compasión** en la manada. Si un elefante cae, el resto lo **acompaña** mientras se pone de pie y lo **asiste**, si está enfermo la manada **se queda** con él y, cuando muere, el resto realiza un duelo e incluso lo sepulta.

6. Experiencia de vida

Prometo amarte todos los días de mi vida

Lucía fue diagnosticada de cáncer de colon, joven, madre de dos hermosos niños y casada con Héctor. Ambos pertenecientes al grupo parroquial de familia. Lucía enfrentó su enfermedad con gran carácter. Ella siempre estuvo acompañada por Héctor, quien siempre mostró un amor grande y leal hacia su esposa. Lucía y Héctor, aún en medio de la enfermedad, no dejaron de mostrar su grande afecto, siempre encontraron en Dios su fortaleza y su esperanza, nunca les faltó la alegría del amor, siempre fueron pacientes y coherentes con lo que decían y hacían. Héctor siempre se mostró muy

cercano, servicial y trabajador. En esta historia no hubo un final feliz, pues Lucía, después de algunos meses de enfermedad, murió. El cáncer le ganó, pero ella ganó el cielo. Ahora nosotros, sus compañeros del grupo parroquial, volvemos a comprobar que Dios hace fructífero el amor. Dios mira y recompensa la caridad, y, sin duda, su servicio a los demás y su compromiso en las actividades de la parroquia, están dando ya frutos de santidad en quienes conocimos a Lucía. Héctor y Lucía nos han mostrado que el verdadero amor consiste entregarse en el servicio a los demás, sobre todo, en aquellos que son nuestra familia.



En esta historia de enfermedad, ¿Héctor conoció la felicidad? ¿Qué es lo que hace una vida feliz? ¿Cuál de las virtudes que vivían Lucía y Héctor era la más significativa, la que los sostenía en lucha y la que les impulsaba a seguir adelante? ¿De dónde aprendieron Lucía y Héctor a no desfallecer ante las dificultades?

7. Iluminación con la Palabra de Dios

«El amor es paciente, es servicial; el amor no tiene envidia, no hace alarde, no es arrogante, no obra con dureza, no busca su propio interés, no se irrita, no lleva cuentas del mal, no se alegra de la injusticia, sino que goza con la verdad. Todo lo disculpa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta» (1Cor 13,4-7).

¿Cuál de estas virtudes has vivido en tu familia? ¿Qué sucede cuando experimentas el amor en una de estas virtudes? ¿Qué sucede cuando dejas de experimentar el amor en una de estas virtudes?

Este fragmento de la Escritura es conocido como el «Himno al amor». En él se muestran las características del amor verdadero. Ya el día de ayer vimos que «el amor auténtico es oblativo, y abierto al misterio, el inauténtico es posesivo y mágico» (P. Donati). San Pablo hace una lista

más larga, la cual es comentada con precisión, profundidad y sencillez por el Papa Francisco en la exhortación apostólica *Amoris laetitia* y nos recuerda que *el amor verdadero se vive y se cultiva en medio de la vida que comparten todos los días los esposos, entre sí y con sus hijos*. Por eso es valioso detenerse a precisar el sentido de las palabras que aparecen en este texto (como nos invita el Papa) para que podamos hacer una aplicación concreta en nuestra familia. De allí la recomendación a leer, sobre todo, el capítulo IV de la exhortación apostólica.

8. Reflexión

Cuando se lee el «Himno al amor», siendo éste tan denso, muchas veces nos quedamos con un sentimiento bonito, pero sin descubrir la profundidad de cada característica del amor verdadero. En este encuentro, inspirados en las palabras del Papa Francisco en su exhortación apostólica, veremos cómo el amor nos hace *crecer* como personas.

8.1. El amor es paciente [...], no obra con dureza [...], no se irrita [...], todo lo espera, todo lo soporta.

La clave para poder vivir el amor en la familia a pesar de los defectos de los demás es la misericordia. Esta es la parte más difícil de vivir el amor en la familia: soportar los defectos de los demás. Recordemos que «soportar con paciencia los defectos de los demás» es una obra de misericordia espiritual, por tanto, sólo la misericordia, la verdadera misericordia hará posible una vida armoniosa y llena de amor en familia. Escribe el Papa Francisco: «En todo caso, si se reconocen con claridad los puntos débiles del otro, es necesario que haya una confianza realista en la posibilidad de ayudarlo a desarrollar lo mejor de su persona para contrarrestar el peso de sus fragilidades, con un firme interés en promoverlo como ser humano» (AL 210).

La Santa Madre Iglesia, en este año jubilar, nos invita a ser «misericordiosos como el Padre». La misericordia es expresión máxima de la verdad íntima de Dios y de su admirable omnipotencia: «Te compadece de todos porque todo lo puedes y disimulas los pecados de los hombres para que se arrepientan» (*Sab* 11,23). La misericordia así entendida dista mucho de una simple tolerancia o un común acuerdo. La misericordia nos hace regresar al camino de la verdad. La verdad junto a la misericordia no es un límite a ella, sino una luz que le precede y que empuja a buscar una luz más grande: «Tu luz nos hace ver la luz» (*Sal* 36,9). Se trata, pues, de ser misericordiosos para mostrar el rostro de la Verdad que nos llama a ser lo que estamos llamados a ser: hijos de la luz (cfr. *1Tes* 5,5).

De ahí que San Pablo coloque la virtud de la paciencia en primer lugar, pues como escribe el Papa Francisco «la *paciencia* nombrada en primer lugar no es una postura totalmente pasiva, sino que está acompañada por una actividad, por una reacción dinámica y creativa ante los demás. Indica que el amor beneficia y promueve a los demás. Por eso se traduce como *servicial*» (AL 93). Por tanto, el diálogo auténticamente misericordioso con los hijos es una búsqueda de la verdad, de la luz de Dios en nuestras vidas, y no un simple acuerdo entre las partes. Esta misión no puede ser olvidada ni descuidada por parte de los padres. No se logra la misericordia cultivando la ignorancia, sino a través del conocimiento de la verdad, que es el *encuentro con una persona: Cristo*. Misericordia es encuentro, es experiencia viva con Dios, que es amor (*1Jn* 4,8). Que los pa-

dres de familia sepan propiciar para sus hijos espacios y momentos de encuentro con Cristo.

8.2. Generar confianza

La palabra confianza está emparentada con la fe. Y la fe y el amor van siempre unidos. «No es posible amar a quien no merece confianza, ni se puede confiar en alguien que no se ama»⁸. Por tanto, la familia será quien trasmite el amor a la fe y la fe en el amor.



Confianza no se trata sólo de no sospechar que el otro esté mintiendo o engañando, sino que tener confianza es reconocer la luz encendida por Dios, que se esconde detrás de la oscuridad (cfr. AL 114). «La confianza hace posible una relación de libertad. No es necesario controlar al otro, seguir minuciosamente sus pasos, para evitar que escape de nuestros brazos. El amor confía, deja en libertad, renuncia a controlarlo todo, a poseer, a dominar» (AL 115).

La familia es generadora de confianza entre sus miembros. La confianza no se da con un simple deseo, sino mediante motivaciones elaboradas con una serie de hábitos: diálogo, responsabilidad, disciplina, acuerdos comunes, mantenerse en la verdad, trato amable, etc. A propósito escribe el Papa Francisco: «Es necesario desarrollar hábitos. También las costumbres adquiridas desde niños tienen una función positiva, ayudando a que los grandes valores interiorizados se traduzcan en comportamientos externos sanos y estables. [...]»

El fortalecimiento de la voluntad y la repetición de determinadas acciones construyen la conducta moral, y sin la repetición consciente, libre y valorada de determinados comportamientos buenos no se termina de



educar dicha conducta. Las motivaciones, o el atractivo que sentimos hacia determinado valor, no se convierten en una virtud sin esos actos adecuadamente motivados» (AL 266).

Otra manera de generar confianza, en referencia a los hijos, es siempre corregir con cariño, sin matar sus ilusiones de ser mejor, dejando abierta la posibilidad de ser mejor. Así lo expresa el Papa: «La corrección es un estímulo cuando también se valoran y se reconocen los esfuerzos y cuando el hijo descubre que sus padres mantienen viva una paciente confianza. Un niño corregido con amor se siente tenido en cuenta, percibe que es alguien, advierte que sus padres reconocen sus posibilidades» (AL 269).

8.3. Dios está dentro de mí

Vivir el amor en la familia tiene su origen no en una ausencia, sino en una plenitud. Nuestro obrar cristiano no parte de una necesidad de «obrar bien para llenar el alma de amor». Por el contrario, *el obrar cristiano parte de una presencia plena de Dios en mi ser*. Así lo experimentó San Agustín cuando escribió: «¡Tarde te amé, Hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Y tú estabas dentro de mí y yo afuera, y así por fuera te buscaba; y, deforme como era, me lanzaba sobre estas cosas hermosas que tú creaste. Tú estabas conmigo, mas yo no estaba contigo. Me retenían lejos de ti aquellas cosas que, si no estuviesen en ti, no existirían. Me llamaste y clamaste, y quebrantaste mi sordera; brillaste y resplandeciste, y curaste mi ceguera; exhalaste tu perfume, y lo aspiré, y ahora te anhelo; gusté de ti, y ahora siento hambre y sed de ti; me tocaste, y deseé con ansia la paz que procede de ti» (SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, libro X, capítulo XXVII).

Por tanto, partimos de una plenitud, y no de un vacío; actuó porque Dios está en mí, no porque me haga falta Dios. «Dios ha sembrado el amor en nuestros corazones» (Rm 5,5) que nos hace capaces de amar, y nosotros «*amamos porque Dios nos ha amado primero*» (1Jn 4,10).



Desde el bautismo Dios nos llena a cada uno de su gracia para poder cumplir la misión por Él encomendada. Más aún, la gracia de Dios actúa en nosotros cuando nuestro obrar nace y se inspira en la gracia concedida por Dios a las familias, especialmente a los esposos: «Así como Dios antiguamente se adelantó a unirse a su pueblo por una alianza de amor y de fidelidad, así ahora el Salvador de los hombres y Esposo de la Iglesia sale al encuentro de los esposos cristianos por medio del sacramento del matrimonio. Además, permanece con ellos para que los esposos, con su mutua entrega, se amen con perpetua fidelidad, como El mismo amó a la Iglesia y se entregó por ella. [...] Por ello los esposos cristianos, para cumplir dignamente sus deberes de estado, están fortificados y como consagrados por un sacramento especial, con cuya virtud, al cumplir su misión conyugal y familiar, imbuidos del espíritu de Cristo, que satura toda su vida de fe, esperanza y caridad, llegan cada vez más a su propia perfección y a su mutua santificación, y, por tanto, conjuntamente, a la glorificación de Dios» (GS 48). Se trata de *la ayuda que Dios otorga* para el cumplimiento de la misión que ha confiado a los cónyuges y que les hace aptos para alcanzar los fines del matrimonio (unitivo y procreativo).

8.4. El amor en familia es roca firme donde se construye una vida feliz

¿Dónde se encuentra la grandeza de la vida? ¿Qué es lo que hace una vida grande? La respuesta la encontramos en *la entrega de sí a los demás*: «el hombre no puede encontrar su propia plenitud si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás» (GS 24). Se trata de una entrega que une a las personas para ser más, pues «la vida encuentra su centro, su sentido y su plenitud cuando se entrega» (EV 51). Somos más cuando actuamos en favor de los demás, cuando les procuramos un bien. La vida es grande y feliz cuando hacemos de la propia vida un regalo para los demás, una oblación, un servi-

cio para los demás. El amor en la familia nos hace querer la plenitud del otro, es querer su felicidad; significa que yo haré todo lo que está en mis manos para que el otro alcance la felicidad (que nos es satisfacción de necesidades, sino la construcción de una vida entregada a los demás). Esto es lo que se debe aprender en casa, en familia, pues no existe otro lugar mejor que la familia para *crecer como personas*, como ciudadanos y como cristianos, en suma, *para crecer en el amor*, pues «aquí [en la familia] se aprende la paciencia y el gozo del trabajo, el amor fraterno, el perdón generoso, incluso reiterado, y sobre todo el culto divino por medio de la oración y la ofrenda de la propia vida» (CatIC 1657).

El Cardenal Luis Antonio Tagle, en su conferencia en el Encuentro Mundial de las Familias celebrado en Filadelfia, EU., decía que no es lo mismo un hogar a una casa. Decía: «la silla es silla aunque nadie se siente en ella, pero la casa no hogar no es si no existe el abrazo de bienvenida o el saludo de afectuoso y agradecido, o el beso de buenas noches». El cardenal lamentó que a veces puedes tener una casa muy muy grande, pero en realidad ser un sin-hogar, porque un hogar no se mide por el número de metros cuadrados que tiene, sino que un hogar se construye por el regalo de la presencia amorosa de sus miembros.

9. Conclusión

El mejor lugar para crecer en el amor es la familia. Vivir en relación con los demás y convivir con sus defectos es la oportunidad para vivir el amor misericordioso, el cual no niega la debilidad del otro, sino que, reconociéndola, la supera mediante la confianza y el perdón. La confianza es *no eliminar la posibilidad de mejorar*, pues la presencia de Dios en nuestras vidas nos hace actuar desde una plenitud, no desde un vacío.

Sólo el amor misericordioso nos hace crecer como personas y como familia. Sólo el amor misericordioso construye una verdadera familia, que es la existencia de un lugar donde alguien nos espera más allá de los fracasos y los temores humanos, porque el amor, o es misericordioso o no es amor.

10. Compromiso

¿Cómo reacciono ante las debilidades de mis hermanos y mis padres? ¿Los condeno por sus errores? ¿Les echo en cara sus fallas? ¿He dicho alguna vez a mis padres: «cuando yo tenga mis hijos seré mejor padre que tú, mejor madre que tú»?

¿Reconozco y acepto que mis padres y mis hermanos no son perfectos? ¿Les ayudo a crecer en sus debilidades? ¿Genero confianza en los miembros de mi familia? ¿Doy posibilidades a los demás de crecer como personas y como hijos de Dios? ¿Mi amor es misericordioso?



11. Oración final

Señor Jesús, Tú viviste en una familia feliz. Haz de nuestra casa una morada de tu presencia. Da la tranquilidad a nuestra familia, la serenidad a nuestros nervios, el control a nuestras lenguas, la salud a nuestros cuerpos.

Que los hijos sean y se sientan amados; aleja de ellos el egoísmo.

Inunda, Señor, el corazón de los padres de paciencia y comprensión, y de una generosidad sin límites.

Danos el pan de cada día, y líbranos de las vanidades mundanas y de las ambiciones que inquietan y roban la paz.

Que la alegría brille en los ojos, la confianza abra todas las puertas, la dicha resplandezca como un sol; sea la paz la reina de este hogar y la unidad su sólido cimiento. Te lo pedimos a Ti que fuiste un hijo feliz en el hogar de Nazaret junto a María y José. Amén.

ENCUENTRO 3

Yo-Tú, Nosotros

El amor que vence al individualismo (AL 33)

1. Objetivo:

Descubrir nuestra identidad relacional que nos impulsa a ser una verdadera comunidad de vida y amor, reflejo del Dios Trinidad.

2. Oración inicial

Espíritu Santo, amor del Padre y del Hijo, llama divina de la comunidad santa de Dios, desciende sobre el corazón de cada familia. Renueva en todos los hogares el amor que acoge, comprende, acaricia, se entrega y perdona.

Espíritu Santo. Tú eres amor y fuente del amor. Siémbtrate en cada hogar como semilla de gracia que ilumina, fecunda y alienta su corazón.

Que nunca se apague el fuego de tu llama en el interior de cada familia. Convértala en templo de amor y de fe, en escuela del humanismo, en jardín de vida y de esperanza. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

3. Ubicación

Bienvenidos a nuestro tercer encuentro. Ya hemos visto cuán esencial es el amor en nuestra familia y que este amor debe ser misericordioso, pues, sin misericordia, la familia se estanca y nadie se engrandece a nadie. Nosotros, los cristianos, tenemos una vocación fundamental: crecer en el amor. Pero nuestro crecimiento implica necesariamente «relación con los demás. Hoy queremos aprender el gesto más grande de humildad: decirle al otro: «no me basto yo solo, te necesito».

4. La canción tiene un mensaje

Dos opciones:

a) Jaguares, *Te lo pido por favor*. Es el reconocimiento del bien que me provoca el otro y el movimiento de correspondencia: «ten mi vida, te la doy».



*Donde estés hoy y siempre
Yo te quiero conmigo
Necesito cuidado,
necesito de ti*

*Si me voy donde vaya
Yo te llevo conmigo
No me dejes ir solo.
Necesito de ti*

Coro:

Tú me sabes bien cuidar.

Tú me sabes bien guiar

Todo la haces muy bien, tu ser muy bueno es tu virtud

Cómo te puedo pagar. Todo lo que haces por mi

Todo lo feliz que soy. Todo se inmenso amor

*Solamente con mi vida. Pues ten mi vida, te la doy
Pero no me dejes nunca, nunca, nunca. Te lo pido por favor*

Coro:

Tú me sabes bien guiar. Tú me sabes bien cuidar

Todo la haces muy bien, tu ser muy bueno es tu virtud

Cómo te puedo pagar Todo lo que haces por mi

Todo lo feliz que soy Todo se inmenso amor

Solamente con mi vida. Pues ten mi vida, te la doy

Pero no me dejes nunca, nunca, nunca..

Te lo pido por favor (3) !!

b) Pimpinela, *Aquí estoy yo*. Es el recuerdo y la consciencia clara de que nuestros padres estarán siempre con nosotros.

Cuando sientas miedo aquí estoy yo.

Cuando tengas penas aquí estoy yo.

Si se nuble el cielo en tu corazón

Yo tan solo quiero que sepas que estoy yo

*aquí estoy yo, aquí estoy yo
aquí estoy yo, aquí estoy yo*

*En el fin del mundo en cualquier rincón
hijo de mi alma tú sabes que estoy yo.*

*Y siempre estaré contigo cuando me llame tu corazón
porque no hay nadie en el mundo
un amor tan grande como tu amor.*

*Y cuando llegue el día en que la vida nos diga adiós
cuando me haya ido busca en tu alma hijo querido
que ahí estoy yo. Si te sientes solo, aquí estoy yo.*

*Si te vez perdido aquí estoy yo.
Cuando no hayas nadie a tu alrededor
no te olvides nunca hijo de mi corazón
que aquí estoy yo, aquí estoy yo
aquí estoy yo, aquí estoy yo*

*Para dar la vida para darte amor
para lo que pidas
tu sabes que aquí estoy yo*

*Y siempre estaré contigo
cuando me llame tu corazón
porque no hay en el mundo
un amor tan grande como tu amor
y cuando llegue el día en que la vida nos
diga adiós
cuando me haya ido busca en tu alma
hijo querido que ahí estoy yo,
hijo de mi vida.*

5. Imagen

Un **rompecabezas** tiene el objetivo de formar una figura combinando correctamente las partes de éste, teniendo en cuenta que es necesaria la **dedicación, integridad** de las piezas y muchas veces, el trabajo en **equipo**.

Cada uno de nosotros somos pieza fundamental de nuestra familia, desde nuestra posición, ya sea como padre (madre), como hijo (a) o hermano (a) formamos un **todo**, somos parte imprescindible de nuestro núcleo familiar.

Una figura del rompecabezas no tiene sentido si permanece separada de las demás. Y, por el

contrario, cada figura del rompecabezas alcanza su armonía en unión con los demás.

6. Experiencia de vida

Nuevas reglas en casa

Mamá, al ver que cada uno de nosotros, los hijos, pasábamos mucho tiempo en el celular, nos dio esta nueva regla: no celulares a la hora de tomar los alimentos.

Mamá se incomodaba al ver que los hijos dedicábamos muchas letras escritas en el celular, pero ni una sola palabra a los que estaban junto a nosotros. Más de una vez, mamá nos compartía algo y nosotros no le dábamos interés a lo dicho, o, lo que es peor, la ignorábamos totalmente. Mamá reaccionaba con disgusto e

impotencia, pues ella se sentía «fuera de lugar» porque no sabía utilizar los «teléfonos inteligentes» (Smartphone).

Mamá no está peleada con los celulares, sino que se sentía excluida e impedida para dialogar con nosotros, sus hijos.

Hemos tomado dos decisiones: la primera, que acataremos la regla de mamá. La segunda, que mamá y papá aprendan poco a poco a utilizar

los celulares para que, además de la comunicación verbal, que es la primordial, tengamos también la comunicación por celular.

¿Has tenido una experiencia similar a la madre de estos hijos? ¿Cómo reaccio-

nas? ¿Crees que las decisiones tomadas son las más correctas? ¿Por qué sí? ¿Por qué no? ¿Conoces alguna otra solución para este fenómeno del celular que «aisla» a las personas de los demás miembros de la familia?



7. Iluminación con la Palabra de Dios

Para este tercer encuentro nos acercamos a los dos textos del libro del Génesis que hablan de la creación del hombre y la mujer:

«Entonces dijo Dios: Hagamos a los seres humanos a nuestra imagen, según nuestra semejanza. [...] Y creó Dios a los seres humanos a su imagen; a imagen de Dios los creó; varón y mujer los creó. Y los bendijo Dios diciéndoles: Crecan y multiplíquense» (Gn 1,26.28).

Este breve texto manifiesta el origen del ser humano: Dios. Hombre y mujer poseen un mismo origen y una misma dignidad. Por otro lado, el texto contiene la bendición: multiplíquense. Ser fecundo es una bendición, no el capricho o el resultado de una ecuación. La vida entregada entre el hombre y la mujer genera vida.

«Después el Señor Dios pensó: «No es bueno que el hombre esté solo; voy a proporcionarle una ayuda adecuada».

[...]Entonces el Señor Dios hizo caer al hombre en un profundo sueño, y mientras dormía le sacó una costilla y llenó el hueco con carne. Después, de la costilla que había sacado al hombre, el Señor Dios formó una mujer y se la presentó al hombre. Entonces éste exclamó: Ahora sí; ésta es hueso de mis huesos y carne de mi carne; por eso se llamará «mujer», porque ha sido sacada del varón. Por esta razón deja el hombre a su padre y a su madre y se une a su mujer, y los dos se hacen una sola carne» (Gn 2,18.21-24).

Este texto expresa la bondad de Dios al crearlos en relación con los demás. Sólo en la relación con los demás se descubre la grandeza del propio ser. Adán supo quién era hasta que vio a Eva. En el otro me descubro yo; en la dignidad del otro veo mi dignidad; en la grandeza del otro veo mi grandeza; y en la unión con el otro encuentro mi

plenitud. Vivir en comunión con los demás alcanza la plenitud de cada persona. El individualismo sería la contradicción de todo lo mencionado: significaría pérdida de la propia identidad; pérdida de la dignidad, la propia y la de los demás; reduccionismo (visión pobre o mutilada) de lo que soy y de los que son los demás; aislamiento estéril y sin sentido.

8. Reflexión

a) Dios Trinidad origen del hombre como familia

La interpersonalidad de la Trinidad revela que nuestras vidas están hechas para vivir en relación de donación, y que la comunión de personas no significa independencia de los demás, sino reciprocidad entre las personas y sus relaciones, dejando que el otro viva en mí y yo en el otro.

Afirmar que el hombre es imagen de Dios, y teniendo en cuenta que Dios es Trino, significa afirmar que el hombre existe en relación

con otro que es «otro como yo», es decir, que mis relaciones como persona suceden cuando descubro al otro en igual dignidad. «Sólo se descubre a la persona cuando se le ama»⁹, escribe el padre Juan José Pérez-Soba. Sólo el amor nos revela lo más auténtico de nosotros: ser *con* y *para* los demás. Porque el amor entre dos no se basta ni se contenta en lo privado, sino que exige salir de sí, como los esposos que se aman no se contentan con una vida de dos, sino que su amor exige un movimiento natural que genera un tercero, que los une aún más y los hace más fuertes, que les abre al futuro y les permite construir una vida feliz, una vida grande. Ser fecundo es una de las características del verdadero amor (las características del amor conyugal son: humano, total, fiel, exclusivo, y fecundo. Cfr. *Humanae vitae* 9)



El amor une, nos abre a los demás, construye una comunidad de vida y amor, el amor evita esas «tensiones inducidas por una cultura individualista exagerada de la posesión y del disfrute, y que generan dentro de las familias dinámicas de intolerancia y agresividad»¹⁰. Constatamos tristemente que «los seres humanos se refugian con tanta frecuencia en el saber, en el poder y el tener por miedo a la relación y a la comunicación. El amor les parece como una manipulación, un deseo de poseer al otro, impidiéndole ser él mismo. La dependencia aparece como una pérdida, una muerte. Se ven obligados a endurecerse para protegerse contra un amor posesivo e invasor. Y este endurecimiento les lleva a perjudicar a quienes tienen a su alrededor»¹¹. En cambio, quien se abre al amor recuerda que la dinámica de las relaciones familiares es la de dar, recibir y corresponder. Se trata de una lógica circular, «trinitaria», de donde se desprende la identidad relacional de la familia.



Escribe el Papa Francisco: «Desde el comienzo, el amor rechaza todo impulso de cerrarse en sí mismo» (AL 80). Por eso, hoy, la familia está llamada a vivir lo simbólico de sus relaciones, en el sentido que lo simbólico une y vincula entre sí partes diferentes y que permite un reconocimiento. Contrario a ello es lo diabólico, aquello que en diversos modos rompe y divide.

b) Ninguna familia es una isla

El Papa Francisco nos alerta contra una amenaza que desarticula los vínculos familiares: se trata del individualismo exasperado (cfr. AL 33). Esta amenaza debe ser superada, y la familia juega un papel esencial en la superación de este individualismo. Por naturaleza sabemos que «ningún hombre es una isla». Esta es una verdad que se aprende en las relaciones familiares más que en cualquier lugar. «Como hijos, hermanos, esposos, padres y madres, vivimos siempre en vínculos que tocan el centro de nuestro ser. En la

familia el hombre se convierte en una *tierra del tú*, una *tierra del nosotros*, encuentra su puesto en el mundo y se abre hacia los demás y hacia Dios»¹². Y así como *ningún hombre es una isla*, de igual manera *ninguna familia es una isla*. La familia es tal en cuanto se relaciona con otras familias, con la ciudad entera, con las generaciones ya existentes y las generaciones que vendrán.

Este individualismo del que habla el Papa

Francisco es un «camino» ajeno a la naturaleza del ser humano. El hecho de que somos *persona como hombre y persona como mujer* nos revela que esta diferencia exige relación. Somos inevitablemente relacionales. Muchas

veces, cuando se hace referencia a la presencia del hombre y la mujer en el mundo y se pretende dar una razón del por qué existimos como hombre y como mujer, se utiliza la palabra «complementariedad». Pero no sólo para eso, sino también *para entregarse*. Escribe el Papa San Juan Pablo II: «Cuando Dios-Yahvé dice que ‘no es bueno que el hombre esté solo’ (Gn 2,18), afirma que por sí «solo», el hombre no realiza totalmente su esencia [de persona]. Solamente la realiza existiendo *con alguno* –y todavía más profunda y más completamente: existiendo *para alguno*»¹³.

Ser en relación con los demás y para los demás lo aprendemos a lo largo de la propia vida. Y lo podemos distinguir en tres niveles con sus fases específicas:

- En la *relación con la madre*, el niño toma conciencia de *existir* y reconoce su individualidad en la mirada amorosa de los padres que permanecen como la raíz y el fundamento en toda edad. Los padres garantizan el *crecimiento* y lo acompañan *por detrás*.
- En la *relación con los otros*, sobre todo desde la adolescencia en adelante, se toma la conciencia de *ser con*, experimentando la dimensión social de la propia existencia. Se aprende a

convivir con las personas con las que *camina-
mos al lado*.

- En la *relación con el cónyuge* se toma conciencia de *ser para* unido a la madurez de la vida experimentada como don recíproco. Aquí se alcanza el vértice de las relaciones humanas cuando *se vive el uno para el otro*¹⁴.

c) Familia, lugar donde se viven las relaciones personales

El ser humano aprende la belleza y valor de la vida en las relaciones familiares; el hombre sólo puede vivir en familia, ya que la familia es el lugar propicio para vivir estas relaciones personales, esta «comunidad de personas», donde amor y la solidaridad son claves para descubrir la esencia de las relaciones,

y porque la familia es el lugar donde cada persona es valorada y amada por sí misma, donde «la persona es un bien respecto del cual sólo el amor constituye la actitud apropiada y válida»¹⁵. La familia es «rica escuela en humanidad» (GS 52) porque en la familia es donde el ser humano reconoce los valores personales y el valor del don, lo cual le hace «capaz de construir y defender una escala de valores coronada por la dimensión comunitaria y solidaria, y capaz, por ello, de controlar las pulsiones egoístas y violentas»¹⁶ (cfr. AL 127.174). Y no sólo eso, sino que la familia es también para el hombre, como lo dice J. Ratzinger, «vehículo de su futuro; es la premisa de su misma existencia y de cualquier nueva vida humana»¹⁷. Y para que esta escuela de humanidad sea efectiva, la relación entre los esposos juega un papel muy importante, puesto que éstos en su unión amorosa presentan a los hijos el ambiente propicio para *crecer en el amor* (cfr. AL 95).



9. Conclusión

Somos de Dios, a Él le pertenecemos, somos hechos a su imagen y semejanza, somos creados no para la soledad, sino para la comunión de personas, para las relaciones amorosas. Dios nos ha hecho seres en relación, que no significa un simple «estar con», sino un «ser para» los demás, de tal modo que jamás en una familia se pueda escuchar: «aléjate de mí», «quítate de mi vida», «no te metas en mi vida»... sino por el contrario, que podamos decir con humildad: «te necesito». La familia es el lugar privilegiado para aprender lo que significan las relaciones interpersonales, o, dicho de otra manera, las relaciones amorosas que nos asemejan a Dios, nuestro origen y nuestro destino.

10. Compromiso

¿Has tenido la tentación de alejarte de todos? ¿El aislamiento, es verdaderamente una solución a nuestros problemas? ¿Crees que nadie puede o debe «meterse en tu vida»? ¿Qué ventajas tiene alguien que vive solo a alguien que vive en familia? ¿Qué virtudes aprende con mayor facilidad el que vive en familia del que vive solo? ¿Existirá en el mundo alguna persona que no se relacione absolutamente con nadie?

11. Oración final

Oh Jesús, nos presentamos en este día ante ti, toda la familia y te pedimos que sanes nuestras relaciones, que sean unas relaciones llenas de cariño, de comprensión y de ternura y que nuestra familia se parezca a la tuya. Te pedimos, por intercesión de tu Madre, la Reina de la Paz, que nuestros hogares sean lugares de paz, de armonía y donde realmente experimentemos tu presencia.

Dios te salve María...

Dulce Madre...

ENCUENTRO 4

Veo a Dios en el Amor de Esposos

María y José: esposos que nos muestran el Bello Amor

1. Objetivo:

Conocer las características del amor esponsal¹⁸ de José y María para que, a ejemplo de ellos, nuestras familias lleguen a ser un verdadero hogar donde a Dios le gusta estar.



2. Oración inicial

Sagrada Familia de Nazaret:

enseñanos el recogimiento,
la interioridad;

danos la disposición de
escuchar las inspiraciones

y las palabras de los verdaderos maestros,
enseñanos la necesidad del trabajo,
de la preparación, del estudio, de la vida
interior personal,

de la oración que sólo Dios ve en lo secreto;

enseñanos lo que es la familia,
su comunión de amor, su belleza simple y
austera,

su carácter sagrado e inviolable.

Amén.

3. Ubicación

Bienvenidos a nuestro cuarto día de encuentro. En este día, después de recordar que la fuerza de la familia está en amar y enseñar a amar, de ver cómo el amor nos engrandece y de cómo el amor vence al individualismo, hemos de re-descubrir

el origen del amor familiar, el cual se encarna en los esposos, se transmite a los hijos y se vive en todas las relaciones interpersonales. Sabemos de antemano que el origen de todo amor es Dios, pero ¿cómo hacer para que este manantial de amor nunca se agote? ¿Cómo hacer para beber siempre del agua que no se extingue? El amor esponsal de José y María nos revela el Bello Amor y nos indican el camino para encontrar el agua que sacia nuestra sed (cfr. Jn 4,14).

4. La canción tiene un mensaje

-Il Divo, *Hasta mi final*. El amor de pareja fundado en Dios refleja el amor divino, que es eterno, constante, total, fiel y exclusivo.

*Tu lugar es a mi lado hasta que lo quiera Dios
Hoy sabrán cuánto te amo cuando por fin seamos dos
Yo nunca estuve tan seguro de amar así sin condición*

*Mirándote, mi amor, te juro cuidar
por siempre nuestra unión*

*Hoy te prometo amor eterno
Ser para siempre tuyo en el bien y en el mal
Hoy te demuestro cuánto te quiero
Amándote hasta mi final
Lo mejor que me ha pasado fue verte por primera vez
Y estar así de mano en mano
es lo que, amor, siempre soñé*

*Hoy te prometo amor eterno
Ser para siempre tuyo en el bien y en el mal
Y hoy te demuestro cuánto te quiero
Amándote hasta mi final*

*Hoy te prometo amor eterno
Ser para siempre tuyo en el bien y en el mal*

*Hoy te demuestro cuánto te quiero
Amándote hasta mi final*

*Hoy te prometo amor eterno
Amándote hasta mi final*

5. Imagen:

Cuando alguien se acerca a nuestro hogar y nos dice: «Nosotros tenemos *todo para su hogar*»,



nos vienen a la mente los artefactos del hogar, tan necesarios para llevar una vida cómoda ya que facilitan las múltiples tareas cotidianas. Sin embargo, *todo para su hogar* no se refiere a los aparatos domésticos, sino a las virtudes en favor de las relaciones familiares. Si echamos un vistazo a nuestro interior veremos que no son cosas materiales las que necesita nuestro hogar, sino virtudes, valores, humanidad y una fuerte espiritualidad. Hoy queremos acercarnos a lo que nuestro hogar necesita para que sea un verdadero hogar.

6. Experiencia de vida

Un amor que refleja a Cristo¹⁹

Rubén y yo nos conocimos en la universidad el 2005. Nos estuvimos conociendo por varios meses. Viendo una fotografía suya de aquellos meses, descubriría su personalidad auténtica: alegre, sincero, con grandes y hermosos proyectos, con una lucidez excepcional.

Una noche nos llamaron para decirnos que había sufrido un accidente. Sus padres y yo fuimos al lugar del acciden-

te. Yo me quedé en el coche, orando. Pedía: «que no sea su cerebro, que no sea su cerebro». Después de unas horas en el quirófano nos dicen que Rubén había sufrido un trauma en su cerebro. Dios protegió completamente su vida. Luego, yo me fui a vivir a casa de su familia. Estuve realmente involucrada en su terapia y hacía cualquier cosa para hacer divertida su vida. Hacíamos citas como todos los novios. Era raro, nos veíamos anormales. Pero nos divertíamos mucho y yo le hablaba todo el tiempo.

Supe que Rubén, antes del accidente, estaba pensando en el matrimonio, tenía ya un anillo de compromiso. Yo sabía que Rubén quería que nuestra relación progresara. En ese tiempo orábamos juntos para poder casarnos algún día.

Más tarde, el padre de Rubén fue diagnosticado con cáncer. Él quería conocer el rumbo que tomarían nuestras vidas. Quería saber si nos casaríamos o no. Él murió antes de nuestra boda.

Vivo agradecida por ser esposa de Rubén. Él no puede trabajar ni cocinar ni conducir, ni tampoco ir por la despensa... pero siempre me recuerda lo que es esencial en el matrimonio: Dios en medio de nosotros.



Lo que me animó a casarme con Rubén fue saber que él no me hubiera dejado si los papeles fueran invertidos, saber que nos amamos y que Dios es fiel a nuestro matrimonio. Podemos amarnos con un amor que refleja a Cristo por la incapacidad de Rubén. Le he preguntado a Rubén: ¿por qué crees que tienes un matrimonio feliz? Él responde: «¡Tener a Dios, porque Él es asombroso!»

¿Qué tentaciones pudieron invadir el pensamiento de la esposa de Rubén? ¿Qué es lo sorprendente de ella? ¿Dónde radicaba su decisión de quedarse con él? ¿Por qué dice que ellos reflejan el amor de Cristo? ¿Qué decisión tomaron Rubén y su esposa para seguir unidos? ¿Qué significa casarse por la Iglesia?

7. Iluminación con la Palabra de Dios

«Ténganse mutuo respeto en honor a Cristo. Que las mujeres respeten a sus maridos como si se tratara del Señor; pues el marido es cabeza de la mujer, como Cristo es cabeza y al mismo tiempo salvador del cuerpo, que es la Iglesia. Y como la Iglesia es dócil a Cristo, así también deben de serlo plenamente las mujeres a sus maridos.

Maridos, amen a sus mujeres como Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella para consagrarla a Dios, purificándola por medio del agua y la palabra. Se preparó así una Iglesia esplendorosa, sin mancha ni arruga ni cosa parecida; una Iglesia santa e inmaculada. Igualmente, los maridos deben amar a sus mujeres como a su propio cuerpo. El que ama a su mujer a sí mismo se ama; pues nadie odia a su propio cuerpo, antes bien, lo alimenta y lo cuida como hace Cristo con su Iglesia, que es su cuerpo, del cual nosotros somos miembros.

Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre para unirse a su mujer, y llegarán a ser los dos una sola carne. *Gran misterio es éste, que yo lo relaciono con la unión de Cristo y de la Iglesia. En resumen, que cada uno ame a su mujer como se ama a sí mismo, y que la mujer respete a su marido»* (Ef 5,21-33).

¿Dónde descubro la novedad en este texto? ¿Qué me agrada de este texto y qué no me agrada del todo?

Este texto no pocas veces ha generado un descontento por parte de las mujeres al momento de escuchar: «mujeres, respeten a sus maridos», que en otras traducciones aparece como «mujeres, sean *sumisas* a sus maridos». Veamos dos aspectos necesarios a tener en cuenta: la referencia a Jesús y a la Iglesia y la novedad del amor.

El mismo texto expresa: «*Gran misterio es éste, que yo lo relaciono con la unión de Cristo y de la Iglesia»* (Ef 5,32), y así como la Iglesia es sumisa a Dios para alcanzar la plenitud, así las esposas son invitadas a ser sumisas a sus maridos que aman a sus mujeres. No se trata una sumisión humillante, sino de un respeto que alcanza la armonía, que logra mantener siempre la concordia entre los cónyuges. Es un respeto que muestra la confianza en el marido, es un respeto que expresa un total abandono en el marido que ama a su mujer, es un respeto que beneficia a los dos cónyuges: «*Ténganse mutuo respeto en honor a Cristo»* (Ef 5,21). Por otro lado, escribe la escritora italiana Constanza Miriano: «Tendrás que aprender a ser sumisa, como dice San Pablo. O sea, a ponerte debajo, porque tú serás la base de tu familia. Tú serás los cimientos. Tú sostendrás a todos, a tu marido y a tus hijos, adaptándote, aceptando, dejando pasar las cosas, dirigiendo con dulzura. Quien sostiene el mundo es quien está debajo, no el que se pone por encima de los demás»²⁰.

Por otra parte, debemos tomar en cuenta que en tiempos del apóstol Pablo, la sumisión de parte de las mujeres no era novedad. ¡Por el contrario! Pedir que la mujer sea sumisa a su marido o que lo respete, era cosa muy común y más que conocida. No así la solicitud a los varones. La gran novedad del texto del apóstol no radica en la sumisión, sino en el amor. A las mujeres les pide respeto (sumisión), pero a los maridos les pide *amar*. Esto sí que es novedad. La gran novedad del cristianismo radica en el amor: «*Maridos, amen a sus mujeres como Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella»* (Ef 5,25). Amar a su esposa nunca había sido un mandato, el amor no era central en las relaciones. Ahora sí, el amor viene a ser no sólo el centro de la propia vida, sino también el culmen de las relaciones conyugales, a tal grado de ser sacramento: el matrimonio está llamado a hacer visible el amor de Cristo por su Iglesia. Grande tarea es esta. Y una vez más, recordando el segundo encuentro, vemos cómo el amor engrandece a la persona.

8. Reflexión

El Papa Francisco ha propuesto que nuestra pastoral familiar no sea una pastoral que vaya detrás de los problemas, sino una pastoral que proclame la belleza del matrimonio y la familia: «En el mundo actual también se aprecia el testimonio de los matrimonios que no sólo han perdurado en el tiempo, sino que siguen sosteniendo un proyecto común y conservan el afecto. Esto abre la puerta a una pastoral positiva, acogedora, que posibilita una profundización gradual de las exigencias del Evangelio. Sin embargo, muchas veces hemos actuado a la defensiva, y gastamos las energías pastorales redoblando el ataque al mundo decadente, con poca capacidad proactiva para mostrar caminos de felicidad» (AL 38).

Aunque hay muchas realidades que ensombrecen la vida matrimonial y familiar, también es cierto que existen muchos matrimonios y familias que nos inspiran y alientan a seguir adelante. Es innegable la presencia cercana de familias que estimulan a otras familias, que valoran los dones del matrimonio y de la familia, que tienen un amor fuerte y llenos de valores como la generosidad, el compromiso, la fidelidad, la paciencia..., vemos junto a nosotros familias que son un vivo signo de misericordia allí donde otras familias no pueden realizarse perfectamente o no se desarrollan en paz y alegría (cfr. AL 5). Por ello, en este día queremos acercarnos a cinco características esenciales del amor esponsal entre María y José, las cuales nos muestran el Bello Amor.

El Bello Amor se manifiesta en la Familia de Nazaret, como *icono* (como una ventana abierta al trascendente) del amor por la familia. María y José son un paradigma del amor esponsal que vive la santidad matrimonial y familiar en lo cotidiano, en «las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad». María y José nos muestran ese amor mutuo que nace de un amor que han aceptado primero: *Cristo, el Bello Amor*.

No pretendemos en este tema fijarnos en un momento de la historia de María y José en el que nos hayan mostrado a Dios en sus vidas. Preten-

demos más bien, presentar diversas circunstancias durante toda su vida que contienen una constante: María y José, esposos que viven en el amor y para el amor.

1) María y José, esposos que **se dejan guiar por el Espíritu**. La virgen María, desde el inicio, creyó en las palabras del ángel Gabriel: «*El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra*» (Lc 1,35). Y de igual manera a José el ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo: «*José, hijo de David, no temas aceptar a María como tu esposa, pues el hijo que espera viene del Espíritu Santo*» (Lc 1,20).

María y José siempre realizaron el proyecto de Dios, se dejaban guiar aún sin comprender. Recordemos dos pasajes, uno en referencia a José y el otro a María: «*Cuando se fueron, el ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo: Levántate, toma al niño y a su madre, huye a Egipto y quédate allí hasta que yo te avise*» (Mt 2,13). Comprobamos que sin conocer a exactitud el «por qué», José se dejaba guiar por el ángel del Señor.

María, por su parte, aparecen varias ocasiones en que no comprende lo que sucede, sin embargo acepta la voluntad de Dios y se abandona a Él: «*María dijo al ángel: ¿Cómo será esto, pues no tengo relaciones con ningún hombre?*» (Lc 1,34), pero al final, aún sin comprender, María dice: «*Aquí está la esclava del Señor, que me suceda como tú dices*» (Lc 1,38). Ambos nos enseñan que:

- a) debemos estar atentos a la voz del Señor;
- b) que hemos de estar totalmente abiertos al proyecto de Dios en nuestras vidas;
- c) que hemos de actuar (no quedarse en simples «buenos deseos») para hacer evidente el plan de Dios en nuestras familias.

2) Su vida de esposos es una **vida de oración**. Ella, guardaba todas las cosas en su corazón (cfr. Lc 2,51). María, todos los eventos los hacía oración. Algunos eventos de su vida María no los comprendía, y los hacía oración;

otros, llena de júbilo, elevaba oración de alabanza (cfr. *Lc* 1,46-55); otras veces, la sola presencia en silencio, contemplando el misterio, aún en el dolor, su vida fue oración (cfr. *Jn* 19,25). Así, María, desde siempre ha sido una mujer hecha oración.

José, el hombre justo (cfr. *Mt* 1,19). En el Antiguo Testamento, decir de alguien que alguien es «justo», se refiere al hombre que cumple la Ley de Dios, que cumple todos los preceptos, y entre ellos, la oración en privado y en la sinagoga, como lo pide la *Torah*. Es por eso que Mateo presenta a José como «justo», es decir, *sensible a las cosas de Dios*.

Así, de esta actitud de María y José, aprendemos que el amor se vive en oración, que la fuente y la fuerza del amor se encuentra en la oración. De aquí la importancia de la misa dominical (y entre semana), la participación en las Horas Santas de los jueves, el rosario en familia, la adoración nocturna, las lecturas devotas, etc. Escribe el austriaco Franz Jägestätter que fue encarcelado injustamente y anhelaba con toda el alma estar junto a su esposa: «Mientras se pueda hacer oración, se puede encontrar un sentido a la vida».

3) Evitan lastimarse o ser causa de angustia (cfr. *AL* 99). María, una vez que experimentó que su vientre contenía al niño que sería el salvador de Israel, no quiso lastimar a José con dudas humanas. María supo esperar y dejó que Dios mismo llevara a cabo su proyecto, pues, si Dios había iniciado la obra, Él mismo debía aclarar a José esta situación embarazosa. María evita lastimar. Nunca dirá una palabra que cause angustia o confusión, por el contrario, María sabe permanecer en sabio silencio que, en muchas ocasiones, es más curativo y alentador que mil palabras.

Por su parte, José, cuando se enteró de la noticia de que María estaba encinta, «no quería denunciarla y decidió separarse de ella en secreto» (*Mt* 1,19). José, aun teniendo motivos para denunciarla, no quiso hacerle ningún daño. Y,

una vez que la tomó por esposa, cuidó de ella y del niño. José amaba tanto a María que temía lastimarla. José sentía por María una especie de devoción que le movía a evitarle cualquier peligro y cualquier daño.

Cuando hay amor se evita cualquier ofensa, se vive atento para no lastimar, se está alerta para no dañar ni herir. Amar al cónyuge y a los hijos es vivir atento para evitar cualquier daño, sea físico, psicológico, espiritual, económico, emocional o relacional.

Si Cristo enseñó a vivir en paz y sin lastimar, seguro lo aprendió de María y José (cfr. *Jn* 18,11).

4) Buscan el amor cuando se pierde hasta reencontrarlo (cfr. *Lc* 2,41-52). La vida matrimonial y familiar no alcanza la armonía si no está el amor entre ellos. La unión de los esposos ha de ser reflejo del Amor que vive en ellos. Este Amor será quien les mantenga siempre en la alegría, en la paz, en la justicia y en la verdad. Si el amor en la familia se pierde, los esposos son los primeros responsables en reencontrarlo. Es cierto que muchas veces se cree que el amor está allí (cfr. *Lc* 2,44), pero al momento de una situación especial que exige



un amor grande, sucede que el amor no aparece, se dan cuenta de que no está con ellos. Y ante esta situación, lo más oportuno es lanzarse en la búsqueda del amor que les ha unido hasta encontrarlo (cfr. *Lc* 2,45-46). El mismo Jesús nos dan la pista para encontrarlo: en las cosas del Padre (cfr. *Lc* 2,49).

María y José nos muestran que la vida familiar sólo se puede llevar a cabo en la unidad del amor, una unidad que reconoce que su vínculo más fuerte es Dios. Y muchas veces, la manera más efectiva de volver encontrar a Dios en medio de nosotros es a través del perdón. El Papa Francisco afirma: «frutos del amor también son la misericordia y el perdón» (AL 27). Y más adelante encontramos: «la comunión familiar puede ser conservada y perfeccionada sólo con un gran espíritu de sacrificio. Exige, en efecto, una pronta y generosa disponibilidad de todos y cada uno a la comprensión, a la tolerancia, al perdón, a la reconciliación» (AL 106).

5) Tienen un proyecto de vida común unido al plan de Dios: «*Cuando José se despertó del sueño, hizo lo que el ángel del Señor le había mandado; recibió a su esposa y, sin tener relaciones conyugales, ella dio a luz un hijo, al que José puso por nombre Jesús*» (Mt 1,24-25). María y José descubrieron que en sus vidas se estaba realizando el proyecto de salvación, y ellos, como esposos, unen sus proyectos al proyecto de Dios. Tanto María como José tenían sus propios proyectos. Al momento del desposorio ambos sabían que el proyecto personal se transformaba en un proyecto común. Pero aún más, descubrieron que Dios los llamó para que fueran partícipes del proyecto divino. Así, el proyecto individual pasó a ser proyecto común, y, más todavía, este proyecto común llegó a ser parte del proyecto divino.

Esto es muy importante en la vida matrimonial y familiar: descubrir que la felicidad de los matrimonios y de las familias consiste en unir los proyectos individuales y comunes al proyecto de Dios. Porque la vida llega a ser grande y feliz sólo cuando Dios es quien construye nuestros proyectos: «*Si el Señor no construye la casa, en vano se esfuerzan los albañiles*» (Sal 127,1). Y es que los esposos cristianos que viven en el amor y para el amor no se contentan con la felicidad temporal, para ellos es natural aspirar a la felicidad eterna.

9. Conclusión

Nuestros matrimonios están llamados a anunciar la belleza del matrimonio y la familia. Aunque existan situaciones que ensombrecen la realidad del matrimonio y la familia, nosotros debemos comprometernos a ser inspiración para los novios próximos a casarse. Nuestra familia, como la Sagrada Familia, está llamada a hacer presente a Dios en medio de nuestras vidas. José y María nos dan la pauta para que los demás puedan ver en nuestros matrimonios y familias el rostro amoroso de Dios. Dejarse guiar por el Espíritu, vida de oración, evitar lastimarse, buscar el amor cuando se pierda y tener un proyecto común son la clave para mostrar y comunicar el Bello Amor a los demás.

10. Compromiso

¿Cuáles son mis palabras cuando alguien me dice que se va a casar? ¿El matrimonio es bello? ¿Lo recomiendas? ¿Por qué? ¿De cuál tipo de matrimonio es mi matrimonio, de los que ensombrecen la realidad o de los que inspiran y alientan a seguir adelante? ¿En qué se nota? ¿Cómo pueden los matrimonios de nuestra parroquia mostrar el Bello Amor a los novios que pretenden casarse? ¿Qué situaciones impiden reflejar el amor de Dios en nuestras vidas?

11. Oración final

Jesús, María y José, en ustedes contemplamos el esplendor del verdadero amor, a ustedes, confiados nos dirigimos. Santa Familia de Nazaret, haz también de nuestras familias lugar de comunión y cenáculo de oración., auténticas escuelas del Evangelio y pequeñas Iglesias domésticas.

Santa Familia de Nazaret, que nunca más haya en las familias episodios de violencia, de cerrazón y división que quien haya sido herido o escandalizado sea pronto consolado y curado. Santa Familia de Nazaret, que tomemos conciencia todos del carácter sagrado e inviolable de la familia, de su belleza en el proyecto de Dios. Jesús, María y José, escucha y acoge nuestra súplica. Amén.

ENCUENTRO 5

El Origen del Amor en Nuestros Corazones

Rm 5, 1-5

LECTIO DIVINA

Invocación al Espíritu Santo

Oh Espíritu Santo, amor del Padre, y del Hijo, inspírame siempre lo que debo pensar, lo que debo decir, cómo debo decirlo, lo que debo callar, cómo debo actuar, lo que debo hacer, para gloria de Dios, bien de las almas y mi propia santificación.

Entra hasta el fondo del alma, divina luz y enriquécenos. Mira el vacío del hombre, si tú le faltas por dentro; mira el poder del pecado, cuando no envías tu aliento.

Espíritu Santo, dame agudeza para entender, capacidad para retener, método y facultad para aprender, sutileza para interpretar, gracia y eficacia para hablar. Dame acierto al empezar, dirección al progresar, y perfección al acabar.

Espíritu Santo, visítame con tu Presencia densa y ligera, sacúdeme con tu azote semejante a una caricia, atráeme, con el imán de tu Amor, hacia la puerta estrecha por donde se entra al Reino inmenso e inefable del Amor de nuestro Padre Dios.

Haz espacio en mí, para que resuene, como un eco, en el paisaje de mi cuerpo y de mi alma, la Palabra de Jesús, la única Palabra con poder de salvar.

Visítame, Señor y Dador de Vida, para que pueda ser yo cauce de tu Vida en abundancia.

Ven, Señor, y llévame a un lugar interior en el que mi mente pueda reposar en ti, pararse en ti, descansar de su inquietud continua, y dejarse encontrar en tu silencio. Llévame más allá, más adentro, del oleaje agitado de mis preocupaciones y proyectos. Llévame a ese jardín secreto en el que Tú me esperas siempre para hacerme nuevo, aunque yo falte a la cita, una y otra vez, perdido en el bullicio de mi corazón extrovertido.

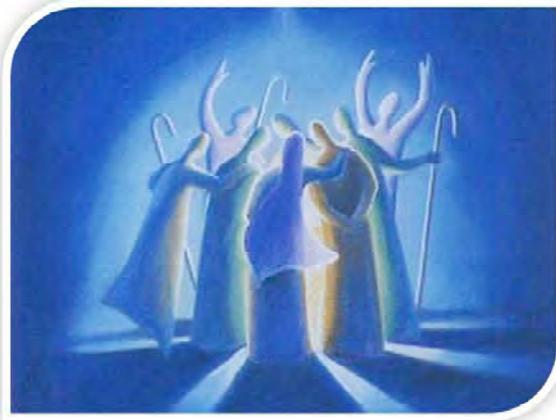
Condúceme a ti, Señor, te lo suplico, hoy que mi alma te busca con hambre y sed de tu Palabra de Vida. Que ella sea lámpara para mis pies de caminante, todos los días. Amén

De la carta del apóstol san Pablo a los Romanos

Rm 5, 1-5

«Por tanto, habiendo sido justificados por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo, por medio de quien también hemos obtenido entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios. Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia; y la paciencia, carácter probado; y el carácter probado, esperanza; y la esperanza no desilusiona, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que nos fue dado». Palabra de Dios.

(Se lee el texto dos o más veces hasta que se comprenda)



Para comprender mejor el texto

La Carta a los Romanos es considerada como la presentación más completa de la manera como Pablo comprende el Evangelio. En cierto sentido, podemos apreciar en esta Carta una visión global del mensaje predicado por Pablo en su actividad misionera. Describe el contenido de la evangelización de Pablo: la Buena Noticia que transmite a los otros en nombre de Cristo.

La Carta a los Romanos es única en el sentido que ella está dirigida a una comunidad que Pablo no ha fundado por su predicación. Él no había sido enviado como misionero a la comunidad de los cristianos de Roma. Les ha escrito para presentarse a sí mismo y su acercamiento al Evangelio. Pablo quería también suscitar la ayuda de la Iglesia de Roma para su plan de evangelizar la fachada occidental del Imperio Romano: España. Pablo proyectaba llevar la Buena Noticias a todas las partes del Imperio. Sabemos que no pudo realizar este plan. Su viaje a Jerusalén, antes del que había planeado a Roma, terminó con un conflicto y su encarcelamiento. Cuando por fin Pablo llega a Roma, entra en la ciudad como prisionero encadenado.

La carta a los Romanos tiene gran importancia doctrinal para la iglesia de todos los siglos. Con gran claridad se nos presenta el evangelio de pura gracia; nos habla de cómo personas que se caracterizan por su impiedad y pecado pueden ser justas por el sacrificio de Jesucristo. El evangelio es el estímulo más fuerte para vivir una vida que agrada al Señor. La nueva vida, abarca todos los terrenos de la existencia misma en todas las relaciones en que nos desarrollamos.

Hemos sido salvados por la redención que tenemos en Cristo. Esta redención fue comprada con gran precio en la cruz. Nos libra de la culpa del pecado. La cuestión del pecado ya ha sido arreglada. Eso quiere decir que no comparecere-

mos ante el juicio de Dios. Quiere decir que todos aquellos que han confiado en Cristo ya tienen un hogar eterno en el cielo.

Fijándonos en el versículo 5 descubrimos que podemos amar porque Dios ha derramado su amor en nuestros corazones. Es un versículo lleno de esperanza, no todo está perdido, el corazón del hombre es capaz de amar y por ende es capaz de transformar las realidades de pecado.

Meditación

La frase «Justificados, pues, por la fe» se refiere al acto de fe que tiene lugar en el momento en que confiamos en Cristo. Así que, en primer lugar, tenemos la paz. La paz está disponible hoy para el creyente. La mayoría de los creyentes tenemos nuestros momentos altos y bajos; a veces, esta paz inunda nuestra alma y esa es una hermosa experiencia. Pero a hay ocasiones en las que estamos bajo presión o tensión, o dificultades o ante los efectos del cansancio, y no experimentamos esta paz. Bueno, pues esta paz, una paz de tranquilidad personal, no es aquella de la que Pablo habló aquí.

La paz de la cual Pablo habló en este versículo como primer resultado de la salvación, es el estado de estar reconciliados con Dios. Es la paz que resulta entre el pecador reconciliado y Dios. El pecador ya no es enemigo de Dios, que lucha contra Él. El creyente en Cristo tiene paz con Dios, quien ha extendido Su misericordia al pecador. Dios ya no tiene ningún cargo alguno contra el pecador. El pecador ya no es culpable; y sabe que Dios, que en el pasado estaba en contra de él, ahora está a favor de él. Tiene una salvación que es permanente y eterna. Esta paz es el resultado de haber sido perdonados y de la buena relación que ahora el pecador tiene con Dios. Observemos que Pablo mencionó una y otra vez que tenemos paz por medio de la sangre de Jesucristo en su sacrificio. Es una paz extraordinaria.



Tenemos acceso a Dios mediante la oración.

Es maravilloso tener alguien a quien acudir y con quien poder hablar acerca de uno mismo, de los seres queridos, amigos, y de los problemas de la vida. El hijo de Dios puede dirigirse a su Padre Celestial en cualquier momento, y Él escuchará y contestará sus oraciones. Claro que eso no quiere decir que Dios siempre contestará las oraciones de la manera en que nosotros queremos que sean contestadas, pero siempre nos oye y demuestra que Él es el Buen Padre celestial, incluso diciendo que no a alguna petición nuestra. Dios responderá de acuerdo con Su voluntad, y no según la nuestra. Así que, por la fe tenemos este acceso en base a la gracia, que nos ha colocado en el lugar de hijos.

El tercer beneficio es «*Nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios*». La esperanza aquí mencionada es aquella expuesta en las Sagradas Escrituras. El hijo de Dios tiene una esperanza. Tiene un futuro. Tiene algo que esperar, qué anticipar en los años venideros. El esperar la venida del Señor para recoger a Su iglesia de este mundo, es una gloriosa esperanza que se cumplirá cuando Él aparezca. Es decir que el creyente tiene ese futuro, tiene algo por lo cual esperar. Pero vivimos en un mundo en el que el hombre vive en una sociedad de palabrerías y tiene todas las comodidades de la vida. Lo interesante, sin embargo, es que no tiene ningún futuro.

«Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en los sufrimientos, sabiendo que la tribula-

ción produce paciencia; y la paciencia, carácter probado; y el carácter probado, esperanza». Resulta interesante ver a estas 3 palabras que están asociadas con las dificultades. Una es la

alegría con que nos gloriamos, otra es la esperanza, y la tercera es la paciencia. En otras palabras, se requieren dificultades para sacar a la luz lo mejor de la vida del creyente. El resultado de esta experiencia para el cristiano es una manifestación visible en su vida, y esto es lo que la Biblia llama el fruto del Espíritu Santo.

También el creyente mismo y los que entran en contacto con él, pueden comprobar que él es aprobado de Dios. Las dificultades no deben debilitar la fe del cristiano, sino más bien fortificarla. En realidad, las dificultades deben engendrar intrepidez. El resultado final es esperanza, lo cual significa un optimismo sobreabundante en cuanto a la vida.

Y ahora en el versículo 5, tenemos el quinto beneficio, que es «*Y la esperanza no nos defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado*». Este amor de Dios derramado en nuestros corazones, no es nuestro amor por Dios, sino del amor de Dios para con nosotros. Y este amor de Dios es hecho real por el Espíritu Santo que nos ha sido dado.

Pablo dijo que esta esperanza nunca nos defraudará, ni nos traicionará, y tampoco nos causará vergüenza, porque en el mismo tiempo de la persecución, el amor de Dios se nos manifiesta por medio del Espíritu Santo.



Ahora, esta es la primera referencia al ministerio del Espíritu Santo, y sólo se menciona brevemente en este versículo. No llegamos a ninguna explicación acerca del ministerio del Espíritu Santo sino hasta el capítulo 8 de esta epístola a los Romanos, donde se menciona muchas veces.

Pero aquí quisiéramos dirigir su atención al hecho de que se establece con toda claridad en este versículo, que el Espíritu Santo es dado a todo creyente y no solamente a algunos pocos. El Espíritu Santo confirma en forma viviente la realidad del amor de Dios en el corazón de cada creyente. Esto es amor de Dios para con nosotros, y no nuestro amor para con Dios. Necesitamos ser conscientes del hecho de que Dios nos ama. Cuando somos probados severamente, el recordar este hecho nos da estabilidad y felicidad interior. Este es el amor de Dios para con nosotros, que sólo el Espíritu Santo nos puede hacer comprender y ver en Cristo. El apóstol Juan en su primera carta, capítulo 4, versículo 10, dice: *«En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados».*

Contemplación

«El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones» (Rm 5,5)

El hombre es capaz de amar, hay, pues, esperanza porque *el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que nos fue dado*. Dios ha provisto un remedio para transformar al mundo. Él lo llama *«el derramamiento del amor de Dios en nuestros corazones»*. Entiendo que la frase *«el amor de Dios»* en el verso 5 (*«el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones»*) se refiere fundamentalmente al amor de Dios por nosotros, no a nuestro amor por Dios. El amor de Dios por nosotros no es principalmente un argumento racional acerca de ese amor, sino una experien-

cia. ¿Cómo podemos saber si Dios nos ama? ¿Cómo podemos saber si su amor es real y si no estamos esperando en un espejismo? Respuesta: Dios provee una experiencia de su amor para autenticarse. Cuando sucede, usted sabe que es el amor de Dios y no hacen falta explicaciones. Así que estamos hablando de experimentar el amor de Dios. Esta es la base subjetiva de nuestra confianza de que el amor de Dios por nosotros es real.

«El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que

nos fue dado». No importa lo que digamos acerca de esta experiencia, esto debe ser dicho: No es la obra decisiva del hombre, sino de Dios, es sobrenatural, no está en nuestras manos, no es el resultado de simples circunstancias. No es debido a que provengamos de una buena familia, es por tener al Espíritu Santo. Usted no hace que suceda. El Espíritu Santo hace que su-

ceda, es su trabajo.

Sucede algo realmente malo cuando nos volvemos tan naturalistas y tan psicologizados que pensamos que una persona con un pasado traumático, abusivo, no puede conocer por experiencia el amor de Dios. Damos la impresión de que conocer el amor de Dios es realmente un asunto de educación. Pero cuando lo llevamos hasta el punto de que oscurecemos la verdad fundamental y gloriosa de que conocer el amor de Dios por experiencia es la obra sobrenatural y soberana del Espíritu Santo, hemos ido demasiado lejos. Para equilibrar las cosas, considere esto: ¿No es también probable que muchos adultos saludables, bien ajustados, productivos, de familias llenas de seguridad confundan la esencia natural de existir para el amor de Dios, y sean por tanto, peores espiritualmente que las personas quebrantadas, quienes, más allá de toda expectativa, han probado el amor de Dios por el poder del Espíritu Santo?

**Dios
te ama
personalmente**



Esto es lo primero que debemos comprender acerca de esta experiencia: nos es dada sobrenaturalmente por el Espíritu Santo, no por el hombre, ni por nosotros mismos o por un trance espiritual, o un régimen de auto control que nos impongamos.

Lo segundo que debemos decir acerca de esta experiencia es que es un hecho, con contenido real. El amor de Dios es real, se siente, se experimenta en los acontecimientos de la vida. Hay hechos reales donde se experimenta el amor de Dios. La prueba fundamental es el acontecimiento de Cristo en la cruz. Esta experiencia existe para darnos gozo y que vivamos la gloria de Cristo. Pero Cristo no obtendrá ninguna gloria a menos que nuestra experiencia del amor de Dios sea una respuesta a la historia del amor de Dios en la obra de Cristo: «Porque mientras aún éramos débiles, a su tiempo Cristo murió por los impíos» (Rm 5,6). Cristo murió por los débiles e impíos pecadores. Dios demuestra su amor para con nosotros.

«Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en Él» (1Jn 4, 16). Estas palabras de la primera carta del apóstol san Juan, expresan con claridad meridiana el corazón de la fe cristiana. Dios ha elegido la vía maestra del amor para revelarse a los hombres. El amor posee una luz y da una capacidad de visión que hace percibir la realidad de un modo nuevo.

El origen del amor, su fuente escondida, se encuentra en el misterio de Dios. Los relatos de la creación son un testimonio claro de que todo cuanto existe es fruto del amor de Dios, pues Dios ha querido comunicar a las creaturas su bondad y hacerlas participes de su amor. Por tanto, descubrir un amor que nos precede, un amor que es más grande que nuestros deseos, un amor mayor que nosotros mismos, lleva a comprender que, **apren-**

der a amar consiste, en primer lugar, en recibir el amor, en acogerlo, en experimentarlo y hacerlo propio.

Oración

Salmo del Amor de Dios conmigo

1. Te doy gracias, Señor, porque eres bueno, porque es constante y eterno tu amor conmigo.
2. Te doy gracias, Señor, Dios de todo, porque en todo lo mío Tú intervienes, porque es constante y eterno tu amor conmigo.

1. Tú haces grandes maravillas: la potencia del Universo, el misterio de la Vida, la fuerza del Amor, mi propio ser... porque es constante y eterno tu amor con todo y también conmigo.

2. Me sacaste de aquello que un tiempo me hizo esclavo, con mano tensa y fuerte brazo como *tira de uno* aquel

que es buen amigo... porque es constante y eterno tu amor conmigo.

1. Cuando no tenía fuerzas, me abriste el camino: pasé y fui salvado por Ti desde la experiencia del antiguo Egipto sentí en mi vida una vez más que es constante y eterno tu amor conmigo.
2. Me llevas al desierto, pero vienes conmigo, me sacas... y me guías a tu estilo haciendo brotar fuera aquello que en mí, tú pusiste escondido, pero yo nunca supe por qué no había podido: quitaste de muy dentro «poderes escondidos», rompiste mis cadenas y viniste conmigo; yo, a tientas, descubría porque es constante y eterno tu amor conmigo.
1. Tú me das, Señor, el pan que necesito, el pan que me da vida y aunque me canso... ¡Vivo! Si recuerdo mi historia... has puesto en cada instante el pan que necesito.
2. No me dejes, ahora que estoy cansado hazme experimentar que es constante y eterno tu amor conmigo. Te doy gracias, Señor, porque es constante y eterno tu amor conmigo. **Amén.**



Hora Santa

Estación:

Padre Nuestro...

Ave María...

Gloria...

Jaculatoria

(Palabras de invitación a la adoración y acción de gracias. Canto de alabanza.)

En la vida, **todos somos sembradores**. Unos siembran flores y descubren bellezas, perfumes y frutos. Otros siembran espinas, y se hieren con

sus puntas agudas. Nadie vive sin sembrar, sea el bien o sea el mal. Felices aquellos que, por donde pasan, dejan semillas de amor, de bondad, de afecto, de alegría, misericordia, de paz...

Hoy queremos sembrar tantas semillas en nuestras familias, sembrar con la esperanza de que tú harás crecer nuestras familias y dar fruto, sembrar con la certeza de que tus campos son los mejores para depositar nuestras vidas, nuestros proyectos y nuestras ilusiones, sembrar «como si todo dependiera de nosotros, sabiendo que todo depende de ti».

Queremos sembrar a favor de la familia, pues ésta, «célula fundamental de la sociedad», es, como dice el Papa Francisco, «no el problema, sino la solución». La familia es la solución a nuestra sociedad, a nuestras dificultades, a nuestras luchas.

En la actualidad estamos presenciando nuevas características que afectan a esta institución, hecho que provoca rupturas en la familia tradicional, con esquemas y costumbres muy arraigadas. No podemos decir que la familia tradicional ha desaparecido; más bien convivimos con ella y



con algunas realidades cambiantes que nos desafían como Iglesia y sociedad.

La familia: punto de amor y fortaleza

Aun cuando se manifiesten estos cambios, la familia tradicional, con madurez y audacia, coexiste con otras situaciones. Todavía hoy están presentes valores importantes, que motivan a creer que es posible fortalecer a la familia y todo lo grandioso que ella puede aportar a la sociedad y al mundo.

El discurso social proyecta una controvertida imagen de la familia. Sin embargo, en investigaciones y encuestas, aparecen los ardientes deseos de la juventud por formar sus propias familias y de los adultos de continuar viviendo en ella. Nos queda claro que el punto de cobijo, seguridad, de amor y refugio más importante sigue siendo el hogar, la morada, la familia.

La familia está ahí, como parte central en la vida, donde se viven valores profundos, ante un mundo lleno de competencia, de ritmos acelerados, de individualismo, de riesgos, de rupturas.

Deuteronomio 6,4-7

Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tus fuerzas. Grábate en el corazón estas palabras que hoy te mando. Incúlcase las continuamente a tus hijos. Háblales de ellas cuando estés en tu casa y cuando vayas por el camino, cuando te acuestes y cuando te levantes.

Palabra de Dios

Meditación de la Palabra

El papa Francisco nos recuerda que tener un lugar a donde ir se llama hogar. Tener personas a quien amar, se llama familia, y tener ambas se llama bendición.

Las palabras mágicas de la familia: *permiso, gracias y perdón*

El 13 de mayo de 2015 el mismo papa Francisco nos recordó que en la puerta de entrada de la vida cotidiana y real de la familia están escritas tres palabras: permiso, gracias y perdón.

Esas palabras (permiso, gracias, perdón) son más fáciles de decir que de poner en práctica, pero que son absolutamente necesarias, porque están vinculadas a la buena educación, en su sentido genuino de respeto y deseo del bien, lejos de cualquier hipocresía y doblez.

Estas palabras abren camino para vivir bien en la familia, para vivir en paz.

- La palabra **PERMISO** nos recuerda que debemos ser delicados, respetuosos y pacientes con los demás, incluso con los que nos une una fuerte intimidad. Como Jesús, nuestra actitud debe ser la de quien está a la puerta y llama.
- Dar las **GRACIAS** parece un signo de contradicción para una sociedad recelosa, que lo ve como debilidad. Sin embargo, la dignidad de las personas y la justicia social pasan por una educación en la gratitud. Una virtud, que para el creyente, nace del corazón mismo de su fe: un cristiano que no sabe dar gracias es alguien que ha olvidado el lenguaje de Dios.

- Finalmente, el **PERDÓN** es el mejor remedio para impedir que nuestra convivencia se agriete y llegue a romperse. El Señor nos lo enseña en el Padrenuestro: aceptar nuestro error y proponer corregirnos es el primer paso para sanarnos.

Sobre esta última palabra, así concreta el papa Francisco la forma de ponerla en práctica:

«En la vida matrimonial se discute, a veces incluso «vuelan los platos», pero les doy un consejo: nunca terminar el día sin hacer las paces. Escuchen bien: ¿han discutido mujer y marido? ¿Los hijos con los padres? ¿Han discutido fuerte? No está bien, pero no es este el auténtico problema. El problema es que ese sentimiento esté presente todavía al día siguiente. Por ello, si han discutido, nunca terminen el día sin hacer las paces en la familia. ¿Y cómo debo hacer las paces? ¿Ponerme de rodillas? ¡No! Sólo un pequeño gesto, algo pequeño y vuelve la armonía familiar. Basta una caricia, sin palabras. Pero nunca terminar el día en familia sin hacer las paces. ¿Entendido esto? No es fácil pero se debe hacer. Y con esto la vida será más bonita.»

Reflexionamos y concretamos

¿Qué tan importante es para ti la familia?

¿Cuánto valoras a tu familia?

¿Cómo quiere Dios que nos llevemos en familia?

¿Cómo podemos llevar a cabo el mensaje del papa Francisco para las familias?

Pensemos un momento sobre cómo convivimos y nos relacionamos dentro de nuestra familia y comunidad y cómo podemos mejorarlo.

Como familia, desde la familia y para las familias, nos proponemos:

- Apoyar y animar a las familias sanas, las familias fieles, las familias numerosas que, no obstante las dificultades de cada día, dan cotidianamente un gran testimonio de fidelidad a los mandamientos del Señor y a las enseñanzas de la Iglesia.
- Idear una pastoral familiar renovada que se base en el Evangelio y respete las diferencias culturales. Como continuamente nos está señalando el papa Francisco.

- Ser capaces de transmitir la Buena Noticia con un lenguaje atractivo y alegre, que quite el miedo del corazón de los jóvenes para que asuman compromisos definitivos.
- Prestar particular atención a los hijos, que son las verdaderas víctimas de las laceraciones familiares.
- Prepararnos adecuadamente para el sacramento del Matrimonio y abandonar la práctica actual, que a menudo se preocupa más por las apariencias y las formalidades que por educar a un compromiso que dure toda la vida.

Celebrar

Formando mi familia y las familias

Cada uno, en un trozo de papel, escribimos un valor familiar que ayude a alcanzar estos propósitos anteriormente mencionados. Por ejemplo: comunicación, respeto, cariño, comprensión, unidad, cooperación, diálogo, fe, confianza...

(Reflexión de la dinámica)



Oración a la Familia de Nazaret

Sagrada Familia de Nazaret, atractiva escuela del santo Evangelio: enséñanos a imitar sus virtudes con una sabia disciplina espiritual, danos una mirada limpia que reconozca la acción de la providencia en las realidades cotidianas de la vida.

Sagrada Familia de Nazaret, fiel custodia del ministerio de la salvación: haz nacer en nosotros la estima por el silencio, haz de nuestras familias círculos de oración y conviértelas en pequeñas iglesias domésticas, renueva el deseo de santidad, sostén la noble fatiga del trabajo, la educación, la escucha, la comprensión y el perdón mutuo.

Sagrada Familia de Nazaret, despierta en nuestra sociedad la conciencia del carácter sagrado e inviolable de la familia, inestimable e insustituible.

Que cada familia sea acogedora morada de Dios y de la paz para los niños y para los ancianos, para aquellos que están enfermos y solos, para aquellos que son pobres y necesitados.

Jesús, María y José, a ustedes con confianza oramos, a ustedes con alegría nos confiamos. Amén.

Papa Francisco

DISCURSO DEL SANTO PADRE FRANCISCO

EN LA CLAUSURA DE LA III ASAMBLEA GENERAL EXTRAORDINARIA DEL SÍNODO DE LOS OBISPOS

Aula del Sínodo

Sábado 18 de octubre de 2014

Eminencias, beatitudes, excelencias, hermanos y hermanas:

Con un corazón lleno de agradecimiento y gratitud quiero agradecer, juntamente con vosotros, al Señor que, en los días pasados, nos ha acompañado y guiado con la luz del Espíritu Santo.



Doy las gracias de corazón al señor cardenal Lorenzo Baldisseri, secretario general del Sínodo, a monseñor Fabio Fabene, subsecretario, y con él agradezco al relator, cardenal Péter Erdő, que tanto ha trabajado en los días de luto familiar, al secretario especial, monseñor Bruno Forte, a los tres presidentes delegados, los escritores, los consultores, los traductores y los anónimos, todos aquellos que trabajaron con auténtica fidelidad detrás del telón y total entrega a la Iglesia y sin pausa: ¡muchas gracias!

Doy las gracias igualmente a todos vosotros, queridos padres sinodales, delegados fraternos,

auditores, auditoras y asesores por vuestra participación activa y fructuosa. Os llevaré en la oración, pidiendo al Señor que os recompense con la abundancia de sus dones de gracia.

Podría decir serenamente que —con un espíritu de colegialidad y *sinodalidad*— hemos vivido de verdad una experiencia de «Sínodo», un itinerario solidario, un «camino juntos».

Y habiendo sido «un camino» —y como todo camino hubo momentos de marcha veloz, casi queriendo ganar al tiempo y llegar lo antes posible a la meta; otros momentos de cansancio, casi queriendo decir basta; otros momentos de entusiasmo e ímpetu. Hubo momentos de profunda consolación escuchando los testimonios de auténticos pastores (cf. *Jn 10* y *can. 375, 386, 387*) que llevan sabiamente en el corazón las alegrías y las lágrimas de sus fieles. Momentos de consolación y de gracia y de consuelo

escuchando los testimonios de las familias que participaron en el Sínodo y compartieron con nosotros la belleza y la alegría de su vida matrimonial. Un camino donde el más fuerte sintió el deber de ayudar al menos fuerte, donde el más experto se dispuso a servir a los demás, incluso a través de la confrontación. Y puesto que es un camino de hombres, con las consolaciones hubo también otros momentos de desolación, de tensión y de tentaciones, de las cuales se podría mencionar alguna posibilidad:

—una: la tentación del *endurecimiento hostil*, es decir, el querer cerrarse dentro de lo escrito (*la*

letra) y no dejarse sorprender por Dios, por el Dios de las sorpresas (*el espíritu*); dentro de la ley, dentro de la certeza de lo que conocemos y no de lo que debemos aún aprender y alcanzar. Desde los tiempos de Jesús, es la tentación de los celantes, los escrupulosos, los diligentes y de los así llamados —hoy— «*tradicionalistas*», y también de los intelectualistas.

—La tentación del *buenismo destructivo*, que en nombre de una misericordia engañadora veda las heridas sin antes curarlas y medicarlas; que trata los síntomas y no las causas y las raíces. Es la tentación de los «buenistas», de los temerosos y también de los así llamados «*progresistas y liberales*».

—La tentación de transformar *la piedra en pan* para romper un ayuno largo, pesado y doloroso (cf. *Lc* 4, 1-4), y también de transformar *el pan en piedra* y tirarla contra los pecadores, los débiles y los enfermos (cf. *Jn* 8, 7), es decir, transformarlo en «cargas insoportables» (*Lc* 11, 46).

—La tentación de bajar de la cruz, para contentar a la gente, y no permanecer allí, para cumplir la voluntad del Padre; de ceder al espíritu mundano en lugar de purificarlo y conducirlo al Espíritu de Dios.

—La tentación de descuidar el «*depositum fidei*», considerándose no custodios sino propietarios y dueños, o, por otra parte, la tentación de descuidar la realidad utilizando una lengua minuciosa y un lenguaje pulido para decir muchas cosas y no decir nada. Los llamaban «bizantinismos», creo, a estas cosas...

Queridos hermanos y hermanas, las tentaciones no nos deben ni asustar ni desconcertar, y ni siquiera desalentar, porque ningún discípulo es más grande que su maestro. Por lo tanto, si Jesús fue tentado —y además llamado Belzebú (cf. *Mt* 12, 24)—, sus discípulos no deben esperarse un trato mejor.

Personalmente me hubiese preocupado mucho y entristecido si no hubiesen estado estas tentaciones y estas animados debates; este movimiento de los espíritus, como lo llamaba san Ignacio (*EE*, 6), si todos hubiesen estado de acuerdo o silenciosos en una falsa y quietista paz.

En cambio, he visto y escuchado —con alegría y gratitud— discursos e intervenciones llenas de fe, de celo pastoral y doctrinal, de sabiduría, de franqueza, de valentía y de *parresia*. Y he percibido que se puso delante de los propios ojos el bien de la Iglesia, de las familias y la «*suprema lex*», la «*salus animarum*» (cf. *can.* 1752). Y esto siempre —lo hemos dicho aquí, en el aula— sin poner jamás en duda las verdades fundamentales del sacramento del matrimonio: la indisolubilidad, la unidad, la fidelidad y la procreación, o sea la apertura a la vida (cf. *can.* 1055, 1056 y *Gaudium et spes*, 48).

Y esta es la Iglesia, la viña del Señor, la Madre fértil y la Maestra atenta, que no tiene miedo de arremangarse para derramar el óleo y el vino sobre las heridas de los hombres (cf. *Lc* 10, 25-37); que no mira a la humanidad desde un castillo de cristal para juzgar o clasificar a las personas. Esta es la Iglesia una, santa, católica, apostólica y formada por pecadores, necesitados de su misericordia. Esta es la Iglesia, la verdadera esposa de Cristo, que trata de ser fiel a su Esposo y a su doctrina. Es la Iglesia que no tiene miedo de comer y beber con las prostitutas y los publicanos (cf. *Lc* 15). La Iglesia que tiene las puertas abiertas de par en par para recibir a los necesitados, a los arrepentidos y no sólo a los justos o a aquellos que creen ser perfectos. La Iglesia que no se avergüenza del hermano caído y no finge de no verlo, es más, se siente implicada y casi obligada a levantarlo y animarlo a retomar el camino y lo acompaña hacia el encuentro definitivo, con su Esposo, en la Jerusalén celestial.

Esta es la Iglesia, nuestra madre. Y cuando la Iglesia, en la variedad de sus carismas, se expresa en comunión, no puede equivocarse: es la belleza y la fuerza del *sensus fidei*, de ese sentido sobrenatural de la fe, dado por el Espíritu Santo a fin de que, juntos, podamos entrar todos en el corazón del Evangelio y aprender a seguir a Jesús en nuestra vida, y esto no se debe ver como motivo de confusión y malestar.

Muchos cronistas, o gente que habla, imaginaron ver una Iglesia en disputa donde una parte está contra la otra, dudando incluso del Espíritu Santo, el auténtico promotor y garante de la unidad y la

armonía en la Iglesia. El Espíritu Santo que a lo largo de la historia siempre condujo la barca, a través de sus ministros, incluso cuando el mar iba en sentido contrario y estaba agitado y los ministros eran infieles y pecadores.

Y, como me atreví a deciros al inicio, era necesario vivir todo esto con tranquilidad, con paz interior, también porque el Sínodo se desarrolla *cum Petro et sub Petro*, y la presencia del Papa es garantía para todos.

Ahora hablemos un poco del Papa en relación con los obispos... Por lo tanto, la tarea del Papa es garantizar la unidad de la Iglesia; es recordar a los pastores que su primer deber es alimentar al rebaño —nutrir al rebaño— que el Señor les encomendó y tratar de acoger —con paternidad y misericordia y sin falsos miedos— a las ovejas perdidas. Me equivoqué aquí. Dije acoger: ir a buscarlas.

Su tarea es recordar a todos que la autoridad en la Iglesia es servicio (cf. *Mc* 9, 33-35) como explicó con claridad el Papa Benedicto XVI, con palabras que cito textualmente: «La Iglesia está llamada y comprometida a ejercer este tipo de autoridad, que es servicio, y no la ejerce a título personal, sino en el nombre de Jesucristo... a través de los pastores de la Iglesia, en efecto, Cristo apacienta su rebaño: es Él quien lo guía, lo protege y lo corrige, porque lo ama profundamente. Pero el Señor Jesús, Pastor supremo de nuestras almas, ha querido que el Colegio apostólico, hoy los obispos, en comunión con el Sucesor de Pedro... participen en esta misión suya de hacerse cargo del pueblo de Dios, de ser educadores en la fe, orientando, animando y sosteniendo a la comunidad cristiana o, como dice el Concilio, «procurando personalmente, o por medio de otros, que cada uno de los fieles sea conducido en el Espíritu Santo a cultivar su propia vocación según el Evangelio, a la caridad sincera y diligente y a la libertad con que Cristo nos liberó» (*Presbyterorum Ordinis*, 6) ... a través de nosotros —continúa el Papa Benedicto— el Señor llega a las almas, las instruye, las custodia, las guía. San Agustín, en su Comentario al Evangelio de san Juan, dice: «Apacientar el rebaño del Señor ha de ser compromiso

de amor» (123, 5); esta es la norma suprema de conducta de los ministros de Dios, un amor incondicional, como el del buen Pastor, lleno de alegría, abierto a todos, atento a los cercanos y solícito por los alejados (cf. San Agustín, Discurso 340, 1; Discurso 46, 15), delicado con los más débiles, los pequeños, los sencillos, los pecadores, para manifestar la misericordia infinita de Dios con las tranquilizadoras palabras de la esperanza (cfr. Id., Carta 95, 1)» (Benedicto XVI, *Audiencia general*, miércoles 26 de mayo de 2010: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 30 de mayo de 2010, p. 15).

Por lo tanto, la Iglesia es de Cristo —es su Esposa— y todos los obispos, en comunión con el Sucesor de Pedro, tienen la tarea y el deber de custodiarla y servirla, no como *padrones* sino como *servidores*. El Papa, en este contexto, no es el *señor supremo* sino más bien el *supremo servidor*, el «*servus servorum Dei*»; el garante de la obediencia y la conformidad de la Iglesia a la voluntad de Dios, al Evangelio de Cristo y a la Tradición de la Iglesia, dejando de lado todo arbitrio personal, incluso siendo —por voluntad de Cristo mismo— el «*Pastor y doctor supremo de todos los fieles*» (*can. 749*) y también gozando «*de la potestad ordinaria que es suprema, plena, inmediata e universal en la Iglesia*» (cf. *cann. 331-334*).

Queridos hermanos y hermanas, ahora tenemos todavía un año por delante para madurar, con verdadero discernimiento espiritual, las ideas propuestas y encontrar soluciones concretas a tantas dificultades e innumerables desafíos que las familias deben afrontar; para dar respuestas a los numerosos desánimos que circundan y ahogan a las familias.

Un año para trabajar sobre la «*Relatio synodi*» que es el resumen fiel y claro de todo lo que se dijo y debatió en esta aula y en los círculos menores. Y se presenta a las Conferencias episcopales como «*Lineamenta*».

Que el Señor nos acompañe, nos guíe en este itinerario para gloria de Su nombre con la intercesión de la Bienaventurada Virgen María y de san José. Y por favor no os olvidéis de rezar por mí.

DISCURSO DEL SANTO PADRE FRANCISCO

EN LA CLAUSURA DE LOS TRABAJOS DE LA XIV ASAMBLEA GENERAL ORDINARIA DEL SINODO DE LOS OBISPOS

Aula del Sínodo

Sábado 24 de octubre de 2015

Queridas Beatitudes, eminencias, excelencias,

Queridos hermanos y hermanas:

Quisiera ante todo agradecer al Señor que ha guiado nuestro camino sinodal en estos años con el Espíritu Santo, que nunca deja a la Iglesia sin su apoyo.

Agradezco de corazón al Cardenal Lorenzo Baldisseri, Secretario General del Sínodo, a Monseñor Fabio Fabene, Subsecretario, y también al Relator, el Cardenal Peter Erdő, y al Secretario especial, Monseñor Bruno Forte, a los Presidentes delegados, a los escritores, consultores, traductores y a todos los que han trabajado incansablemente y con total dedicación a la Iglesia: gracias de corazón. Y quisiera dar las gracias a la Comisión que ha redactado la Relación: algunos han pasado la noche en blanco

Agradezco a todos ustedes, queridos Padres Sinodales, delegados fraternos, auditores y auditoras, asesores, párrocos y familias por su participación activa y fructuosa.

Doy las gracias igualmente a los que han trabajado de manera anónima y en silencio, contribuyendo generosamente a los trabajos de este Sínodo.

Les aseguro mi plegaria para que el Señor los recompense con la abundancia de sus dones de gracia.

Mientras seguía los trabajos del Sínodo, me he preguntado: *¿Qué significará para la Iglesia concluir este Sínodo dedicado a la familia?*

Ciertamente no significa haber concluido con todos los temas inherentes a la familia, sino que ha tratado de iluminarlos con la luz del Evangelio,

de la Tradición y de la historia milenaria de la Iglesia, infundiendo en ellos el gozo de la esperanza sin caer en la cómoda repetición de lo que es indiscutible o ya se ha dicho.

Seguramente no significa que se hayan encontrado soluciones exhaustivas a todas las dificultades y dudas que desafían y amenazan a la familia, sino que se han puesto dichas dificultades y dudas a la luz de la fe, se han examinado atentamente, se han afrontado sin miedo y sin esconder la cabeza bajo tierra.

Significa haber instado a todos a comprender la importancia de la institución de la familia y del matrimonio entre un hombre y una mujer, fundado sobre la unidad y la indisolubilidad, y apreciarla como la base fundamental de la sociedad y de la vida humana.

Significa haber escuchado y hecho escuchar las voces de las familias y de los pastores de la Iglesia que han venido a Roma de todas partes del mundo trayendo sobre sus hombros las cargas y las esperanzas, la riqueza y los desafíos de las familias.

Significa haber dado prueba de la vivacidad de la Iglesia católica, que no tiene miedo de sacudir las conciencias anestesiadas o de ensuciarse las manos discutiendo animadamente y con franqueza sobre la familia.

Significa haber tratado de ver y leer la realidad o, mejor dicho, las realidades de hoy con los ojos de Dios, para encender e iluminar con la llama de la fe los corazones de los hombres, en un momento histórico de desaliento y de crisis social, económica, moral y de predominio de la negatividad.

Significa haber dado testimonio a todos de que el Evangelio sigue siendo para la Iglesia una fuente viva de eterna novedad, contra quien quiere «adoctrinarlo» en piedras muertas para lanzarlas contra los demás.

Significa haber puesto al descubierto a los corazones cerrados, que a menudo se esconden incluso detrás de las enseñanzas de la Iglesia o detrás de las buenas intenciones para sentarse en la cátedra de Moisés y juzgar, a veces con superioridad y superficialidad, los casos difíciles y las familias heridas.

Significa haber afirmado que la Iglesia es Iglesia de los pobres de espíritu y de los pecadores en busca de perdón, y no sólo de los justos y de los santos, o mejor dicho, de los justos y de los santos cuando se sienten pobres y pecadores.

Significa haber intentado abrir los horizontes para superar toda hermenéutica conspiradora o un cierre de perspectivas para defender y difundir la libertad de los hijos de Dios, para transmitir la belleza de la novedad cristiana, a veces cubierta por la herrumbre de un lenguaje arcaico o simplemente incomprensible.

En el curso de este Sínodo, las distintas opiniones que se han expresado libremente –y por desgracia a veces con métodos no del todo benévolos– han enriquecido y animado sin duda el diálogo, ofreciendo una imagen viva de una Iglesia que no utiliza «módulos impresos», sino que toma de la fuente inagotable de su fe agua viva para refrescar los corazones resecos.[1]

Y –más allá de las cuestiones dogmáticas claramente definidas por el Magisterio de la Iglesia– hemos visto también que lo que parece normal para un obispo de un continente, puede resultar extraño, casi como un escándalo –¡casi!– para el obispo de otro continente; lo que se considera violación de un derecho en una sociedad, puede ser un precepto obvio e intangible en otra; lo que para algunos es libertad de conciencia, para otros puede parecer simplemente confusión. En realidad, las culturas son muy diferentes entre sí y todo principio general –como he dicho, las cuestiones dogmáticas bien definidas por el Magisterio de la

Iglesia–, todo principio general necesita ser inculturado si quiere ser observado y aplicado.[2] El Sínodo de 1985, que celebraba el vigésimo aniversario de la clausura del Concilio Vaticano II, habló de la *inculturación* como «una íntima transformación de los auténticos valores culturales por su integración en el cristianismo y la radicación del cristianismo en todas las culturas humanas».[3]

La *inculturación* no debilita los valores verdaderos, sino que muestra su verdadera fuerza y su autenticidad, porque se adaptan sin mutarse, es más, trasforman pacíficamente y gradualmente las diversas culturas.[4]

Hemos visto, también a través de la riqueza de nuestra diversidad, que el desafío que tenemos ante nosotros es siempre el mismo: anunciar el Evangelio al hombre de hoy, defendiendo a la familia de todos los ataques ideológicos e individualistas.

Y, sin caer nunca en el peligro del *relativismo* o de *demonizar* a los otros, hemos tratado de abrazar plena y valientemente la bondad y la misericordia de Dios, que sobrepasa nuestros cálculos humanos y que no quiere más que «todos los hombres se salven» (*1 Tm 2,4*), para introducir y vivir este Sínodo en el contexto del Año Extraordinario de la Misericordia que la Iglesia está llamada a vivir.

Queridos Hermanos:

La experiencia del Sínodo también nos ha hecho comprender mejor que los verdaderos defensores de la doctrina no son los que defienden la letra sino el espíritu; no las ideas, sino el hombre; no las fórmulas sino la gratuidad del amor de Dios y de su perdón. Esto no significa en modo alguno disminuir la importancia de las fórmulas: son necesarias; la importancia de las leyes y de los mandamientos divinos, sino exaltar la grandeza del verdadero Dios que no nos trata según nuestros méritos, ni tampoco conforme a nuestras obras, sino *únicamente* según la generosidad sin límites de su misericordia (cf. *Rm 3,21-30*; *Sal 129*; *Lc 11,37-54*). Significa superar las tentaciones constantes del hermano mayor (cf. *Lc*

15,25-32) y de los obreros celosos (cf. *Mt* 20,1-16). Más aún, significa valorar más las leyes y los mandamientos, creados para el hombre y no al contrario (cf. *Mc* 2,27).

En este sentido, el arrepentimiento debido, las obras y los esfuerzos humanos adquieren un sentido más profundo, no como precio de la invendible salvación, realizada por Cristo en la cruz gratuitamente, sino como respuesta a Aquel que nos amó primero y nos salvó con el precio de su sangre inocente, cuando aún estábamos sin fuerzas (cf. *Rm* 5,6).

El primer deber de la Iglesia no es distribuir condenas o anatemas sino proclamar la misericordia de Dios, de llamar a la conversión y de conducir a todos los hombres a la salvación del Señor (cf. *Jn* 12,44-50).

El beato Pablo VI decía con espléndidas palabras: «Podemos pensar que nuestro pecado o alejamiento de Dios enciende en él una llama de amor más intenso, un deseo de devolvernos y reinsertarnos en su plan de salvación [...]. En Cristo, Dios se revela infinitamente bueno [...]. Dios es bueno. Y no sólo en sí mismo; Dios es –digámoslo llorando– bueno con nosotros. Él nos ama, busca, piensa, conoce, inspira y espera. Él será feliz –si puede decirse así– el día en que nosotros queramos regresar y decir: «Señor, en tu bondad, perdóname. He aquí, pues, que nuestro arrepentimiento se convierte en la alegría de Dios».[5]

También san Juan Pablo II dijo que «la Iglesia vive una vida auténtica, cuando profesa y proclama la misericordia [...] y cuando acerca a los hombres a las fuentes de la misericordia del Salvador, de las que es depositaria y dispensadora».[6]

Y el Papa Benedicto XVI decía: «La misericordia es el núcleo central del mensaje evangélico, es el nombre mismo de Dios [...] Todo lo que la Iglesia dice y realiza, manifiesta la misericordia que Dios tiene para con el hombre. Cuando la Iglesia debe recordar una verdad olvidada, o un bien traicionado, lo hace siempre impulsada por el amor misericordioso, para que los hombres

tengan vida y la tengan en abundancia (cf. *Jn* 10,10)».[7]

En este sentido, y mediante este tiempo de gracia que la Iglesia ha vivido, hablado y discutido sobre la familia, nos sentimos enriquecidos mutuamente; y muchos de nosotros hemos experimentado la acción del Espíritu Santo, que es el verdadero protagonista y artífice del Sínodo. Para todos nosotros, la palabra «familia» no suena lo mismo que antes del Sínodo, hasta el punto que en ella encontramos la síntesis de su vocación y el significado de todo el camino sinodal.[8]

Para la Iglesia, en realidad, *concluir* el Sínodo significa *volver* verdaderamente a «caminar juntos» para llevar a todas las partes del mundo, a cada Diócesis, a cada comunidad y a cada situación la luz del Evangelio, el abrazo de la Iglesia y el amparo de la misericordia de Dios.

[1] Cf. *Carta al Gran Canciller de la Pontificia Universidad Católica Argentina en el centenario de la Facultad de Teología* (3 marzo 2015): *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española, 13 marzo 2015, p. 13..

[2] Cf. Pontificia Comisión Bíblica, *Fe y cultura a la luz de la Biblia*. Actas de la Sesión plenaria 1979 de la Pontificia Comisión Bíblica; CONC. ECUM. VAT. II, Cost. Past. *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, 44.

[3] *Relación final* (7 diciembre 1985): *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española, 22 diciembre 1985, p. 14.

[4] «En virtud de su misión pastoral, la Iglesia debe mantenerse siempre atenta a los cambios históricos y a la evolución de la mentalidad. Claro, no para someterse a ellos, sino para superar los obstáculos que se pueden oponer a la acogida de sus consejos y sus directrices»: Entrevista al Card. Georges Cottier, *Civiltà Cattolica*, 8 agosto 2015, p. 272.

[5] *Homilía* (23 junio 1968): *Insegnamenti*, VI (1968), 1176-1178.

[6] Cart. Enc. *Dives in misericordia* (30 noviembre 1980), 13. Dijo también: «En el misterio Pascual [...] Dios se muestra como es: un Padre de infinita ternura, que no se rinde frente a la ingratitud de sus

hijos, y que siempre está dispuesto a perdonar», *Regina coeli* (23 abril 1995): *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española, 28 abril 1995, p. 1; y describe la resistencia a la misericordia diciendo: «La mentalidad contemporánea, quizás en mayor medida que la del hombre del pasado, parece oponerse al Dios de la misericordia y tiende además a orillar de la vida y arrancar del corazón humano la idea misma de la misericordia. La palabra y el concepto de misericordia parecen producir una cierta desazón en el hombre», *Cart. Enc. DDives in misericordia* (30 noviembre 1980), 2.

[7] *Regina coeli* (30 marzo 2008): *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española, 4 abril 2008, p. 1. Y hablando del poder de la misericordia afirma: «Es la misericordia la que pone un límite al mal. En ella se expresa la naturaleza del todo peculiar de Dios: su santidad, el poder de la verdad y del amor», *Homilía durante la santa misa en el Domingo de la divina Misericordia* (15 abril 2007): *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española, 20 abril 2007, p. 3.

[8] Un análisis acróstico de la palabra «familia» [en italiano **f-a-m-i-g-l-i-a**] nos ayuda a resumir la misión de la Iglesia en la tarea de:

Formar a las nuevas generaciones para que vivan seriamente el amor, no con la pretensión individualista basada sólo en el placer y en el «usar y tirar», sino para que crean nuevamente en el amor auténtico, fértil y perpetuo, como la única manera de salir de sí mismos; para abrirse al otro, para ahuyentar la soledad, para vivir la voluntad de Dios; para realizarse plenamente, para comprender que el matrimonio es el «espacio en el cual se manifiestan el amor divino; para defender la sacralidad de la vida, de toda vida; para defender la unidad y la indisolubilidad del vínculo conyugal como signo de la gracia de Dios y de la capacidad del hombre de amar en serio» (*Homilía en la Santa Misa de apertura de la XIV Asamblea general ordinaria del Sínodo de los Obispos*, XXVII Domingo del Tiempo Ordinario, 4 octubre 2015: *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española, 9 octubre 2015, p. 4; y para valorar los cursos prematrimoniales como oportunidad para profundizar el sentido cristiano del sacramento del matrimonio.

Andar hacia los demás, porque una Iglesia cerrada en sí misma es una Iglesia muerta. Una Iglesia que no

sale de su propio recinto para buscar, para acoger y guiar a todos hacia Cristo es una Iglesia que traiciona su misión y su vocación.

Manifestar y difundir la misericordia de Dios a las familias necesitadas, a las personas abandonadas; a los ancianos olvidados; a los hijos heridos por la separación de sus padres, a las familias pobres que luchan por sobrevivir, a los pecadores que llaman a nuestra puerta y a los alejados, a los diversamente capacitados, a todos los que se sienten lacerados en el alma y en el cuerpo, a las parejas desgarradas por el dolor, la enfermedad, la muerte o la persecución.

Iluminar las conciencias, a menudo asediadas por dinámicas nocivas y sutiles, que pretenden incluso ocupar el lugar de Dios creador. Estas dinámicas deben de ser desenmascaradas y combatidas en el pleno respeto de la dignidad de toda persona humana.

Ganar y reconstruir con humildad la confianza en la Iglesia, seriamente disminuida a causa de las conductas y los pecados de sus propios hijos. Por desgracia, el antitestimonio y los escándalos en la Iglesia cometidos por algunos clérigos han afectado a su credibilidad y han oscurecido el fulgor de su mensaje de salvación.

Laborar para apoyar y animar a las familias sanas, las familias fieles, las familias numerosas que, no obstante las dificultades de cada día, dan cotidianamente un gran testimonio de fidelidad a los mandamientos del Señor y a las enseñanzas de la Iglesia.

Idear una pastoral familiar renovada que se base en el Evangelio y respete las diferencias culturales. Una pastoral capaz de transmitir la Buena Noticia con un lenguaje atractivo y alegre, y que quite el miedo del corazón de los jóvenes para que asuman compromisos definitivos. Una pastoral que preste particular atención a los hijos, que son las verdaderas víctimas de las laceraciones familiares. Una pastoral innovadora que consiga una preparación adecuada para el sacramento del matrimonio y abandone la práctica actual que a menudo se preocupa más por las apariencias y las formalidades que por educar a un compromiso que dure toda la vida.

Amar incondicionalmente a todas las familias y, en particular, a las pasan dificultades. Ninguna familia debe sentirse sola o excluida del amor o del amparo de la Iglesia. El verdadero escándalo es el miedo a amar y manifestar concretamente este amor.

«DIOS CONFÍA DE MODO ESPECIAL EL HOMBRE A LA MUJER»

Carta Apostólica *Mulieris Dignitatem* n. 30

Por *Abel Sainz*

Las palabras «Dios confía de modo especial el hombre a la mujer» están cargadas de grande significado por varias razones: el contexto en el que aparece la carta, la originalidad que posee, las afirmaciones categóricas que presenta y desarrolla y las conclusiones a las que llega. Es una afirmación que aparece en sentido conclusivo.

Hasta cierto punto no es novedoso que el Papa Juan Pablo II haya escrito una carta apostólica dedicada totalmente a la mujer. Su historia personal lo llevó a tener una fuerte devoción y un profundo amor a la Virgen María, modelo de toda mujer y, a partir de su experiencia, escribe con toda verdad sobre la vocación de la mujer y su



dignidad.

Al leer la carta apostólica se descubre que el papa san Juan Pablo II va afirmando repetidamente la igual dignidad entre el hombre y la mujer, a la vez que va indicando algunas diferencias esenciales. Por ejemplo, en el número 18 de la carta el papa afirma: «el hombre está en deuda

con la mujer». Una afirmación que me parece también muy interesante y que está fuertemente muy vinculada al título del presente escrito. Y es que la preocupación del papa es afirmar la dignidad y vocación de la mujer en la Iglesia y en la sociedad, sin minusvalorar la del hombre.

La afirmación «Dios confía de modo especial el hombre a la mujer» (MD 30) otorga grande dignidad y responsabilidad a la mujer, no como un premio ni por méritos propios, sino por las características propiamente femeninas.

¿Por qué si en todo el documento habla de igualdad entre hombre y mujer, al final se afirma este encargo? ¿Qué tiene de más la mujer respecto al hombre? ¿A caso Dios ha visto al hombre disminuido y ya no confía en él tanto como confía en la mujer? ¿Al decir que el hombre es «confiado a» significa que la vocación de la mujer es activa mientras que la vocación del hombre es pasiva? ¿El término «hombre» se refiere al sexo masculino? ¿Qué hay en la mujer que le hace capaz de cuidar del hombre y no a la inversa? ¿Qué verdad hay en el «ser mujer» que la humanidad deba entender para aceptarla como nuestra custodia?

En la narración bíblica la mujer es puesta junto al hombre como una «ayuda», sin embargo, no se debe olvidar que fundamentalmente, por el hecho de ser persona, se trata de una «ayuda» recíproca²¹. Ahora, ¿la mujer tiene algo de más que el hombre y por eso se le confía a la mujer? No. La mujer no tiene nada de más ni nada de menos en relación al hombre, pues los recursos propios de la feminidad no son menores que los de la masculinidad; sólo son diferentes²². El papa no pretende quitar las obligaciones correspondientes del varón, sino más bien pretende recordar las responsabilida-

des que brotan para la mujer de los dones peculiares que se le han concedido, y sobre todo de su vocación particular a la entrega en el amor²³.

El genio femenino, clave de lectura

Una clave de lectura para entender la afirmación: «Dios confía a la mujer de modo especial el hombre» la encontramos en el término «*genio femenino*», expresión que viene utilizada por primera vez en la carta apostólica que nos ocupa. El «*genio femenino*» es la condición para una profunda transformación de la civilización actual. No se trata de una serie de dones extraordinarios encarnados en mujeres extraordinarias, sino dones vividos por mujeres simples que los encarnan en la vivencia de lo cotidiano»²⁴.

El término «genio» comúnmente significa una capacidad de comprensión y de inteligencia superior al común de los mortales, es decir, una capacidad extraordinaria. Genio es intuición, es capacidad de ver de lejos, de superar la lógica. Quien posee alguna genialidad tiene ojos para ver incluso lo que no se ve o todavía no se ve, en otras palabras: sabe ver con los ojos del corazón; «genio» es quien sabe creer en las razones del corazón y sabe también confiar en esas mismas razones, es creer en lo que no se puede explicar. Esta genialidad no pertenece a los sabios según el mundo, sino que pertenece con más facilidad a los más pequeños, a los sencillos, a los niños, y más aún a la mujer, porque su



vocación la vive, de forma especial, mediante el amor. El «*genio femenino*», del que habla san Juan Pablo II, está dentro de la lógica del amor: la mujer recibe el amor para amar a su vez. Podríamos parafrasear: «la mujer no puede encontrarse a sí misma si no es dando su amor a los demás» (cfr. GS 24). Así pues, la dignidad de la mujer se mide en el orden del amor²⁵.

El papa san Juan Pablo II cree en el carisma de la mujer, cree en su genialidad y en la trascendencia de su ser, pues está convencido de que es la mujer quien desde su ser femenino logra que el otro sea lo que es y obre según su ser.

La especificidad de ser mujer

En medio de tantos roles que juega la mujer en el mundo y en medio de tantas propuestas surge la pregunta: ¿Qué es lo específico de la mujer?

Todas las labores de la mujer son importantes, pero ninguna como su entrega en el amor, de manera singular en su maternidad. La respuesta a la pregunta anterior es dada por la misma naturaleza de la mujer: lo específico de la mujer es «*ser madre*».

Adán, el primer hombre, descubre su propia subjetividad en la soledad originaria y cuando ve a Eva descubre su identidad en la comunión de personas. A la vez, esta comunión de personas tiene como derivación el conocerse en un tercero, es decir, en el hijo. En esta relación de hombre y mujer, lo específi-



co y sobresaliente de la mujer es su capacidad de ser madre, abriendo un horizonte al futuro. La humanidad no existiría sin la figura femenina y su capacidad de llegar a ser madre.

Afirmar que lo específico de la mujer es «*ser madre*» alberga algunos peligros. Uno de ellos es reducir el femenino y su maternidad a la sola capacidad biológica, pues el femenino y su maternidad van más allá de la fertilidad biológica. La experiencia de generación, inscrita en el cuerpo y en el alma de la mujer, convierte el amor que dona la vida en aquel rasgo característico que conforma el pensamiento, las relaciones, los comportamientos, la relación con la realidad²⁶.



En la carta apostólica *Mulieris Dignitatem* se reconocen dos facultades que son propias de la mujer: una es que la mujer sabe amar más; la otra es que la mujer sabe sufrir más. Sufrir es una condición para poder amar, porque el amor cuesta. Lo demuestra la maternidad con sus infinitas facetas, incluso la maternidad espiritual²⁷. La maternidad es amor que se dona y, al mismo tiempo, dolor fecundo.

Pero hay un peligro más que debemos tener en cuenta. El papa Francisco, en el 25 aniversario de la carta apostólica *Mulieris Dignitatem*, pone en guardia respecto a la manera de interpretar el femenino como mujer y madre. Recalca el papa que, a través de la maternidad, Dios ha confiado a la mujer de una manera del todo especial el ser humano. El pontífice advierte el peligro de reducir tal dimensión (la maternidad) a un sencillo «papel social» y del peligro de «promover una especie de emancipación que, para ocupar los espacios sustraídos a lo masculino, abandona lo femenino»²⁸. Y es que, desafortunadamente, en

los tiempos modernos, se ha buscado de muchas maneras la emancipación femenina pretendiendo jugar un rol masculino, descuidando la propia femineidad, que es riquísima²⁹.

La correcta interpretación del significado de la maternidad invita a superar el individualismo y a enriquecerse en la complementariedad entre hombre y la mujer, dejando espacio para que el hombre sea verdaderamente masculino y para que la mujer sea verdaderamente femenina.

La maternidad como paradigma de la mujer

La maternidad puede constituir, pues, «el símbolo más elevado que la naturaleza ofrece para interpretar y comprender el sentido propio de relacionarse con los otros. La misma mujer, y todavía más el hombre, puede aprender viéndolo inscrito en el cuerpo de la mujer, que la persona es ella misma si se dona, si ama a alguien sabiendo sufrir, si sabe retirarse para dejarle espacio, si en la relación con el otro está en una actitud generativa materna que es fecunda en nuevas realidades intersubjetivas»³⁰.

Se explica por qué Juan Pablo II afirma que la vocación de la mujer es una responsabilidad para el hombre, para la humanidad: «Dios le confía de un modo especial el hombre, es decir, el ser humano. Naturalmente, cada hombre es confiado por Dios a todos y a cada uno. Sin embargo, esta entrega se refiere especialmente a la mujer – sobre todo en razón de su femineidad– y esto decide principalmente su vocación» (MD 30).

Con lo expuesto anteriormente se puede concluir afirmando: «*ser madre*» es el paradigma de la vida de la mujer, de su relación con la realidad, consigo misma y con los demás³¹.

SE CASARON Y VIVIERON FELICES ¿PARA SIEMPRE?

Fracasos matrimoniales; una reflexión desde la praxis de Tribunales Eclesiásticos

Francisco Javier Jiménez López

Abogado y Licenciado en Derecho Canónico

Escrito 1

«*ME CASO PORQUE ME CASO*», suelen decir aquellos que han tomado la decisión de casarse convencidos de que el matrimonio será la puerta de la felicidad. Sin embargo; no todos los matrimonios tienen final feliz; a las semanas, meses o años de su celebración aparecen problemas que hacen imposible la convivencia y los esposos terminan en una relación tormentosa o separándose de manera definitiva recurriendo al llamado divorcio civil, así como a los Tribunales Eclesiásticos para tramitar un juicio de nulidad matrimonial.

Precisamente desde la experiencia de dichos Tribunales Eclesiásticos queremos compartir un análisis de lo que origina el fracaso de aquellos que en un momento pensaron que encontrarían en el matrimonio la oportunidad de ser felices para siempre. Entre los principales factores que inciden en dicho fracaso encontramos la inmadurez afectiva, el machismo, el alcoholismo, la drogadicción, presiones internas o externas por un embarazo; etc. Factores que esperamos abordar en ulteriores publicaciones.

En el presente artículo nos concentraremos en una circunstancia en particular que obedece en general a una deficiente formación humana y doctrinal: **muchas personas al momento de su boda desconocen qué es esencialmente el matrimonio, y/o no cuentan con la capacidad para hacer una valoración respecto a los derechos y obligaciones que se originan con su celebración.** En tal virtud, vale la pena recordar aquí que el matrimonio es una alianza por la que el varón y la mujer constituyen entre sí un consorcio de toda la vida; de ahí que sus propiedades esencia-

les sean la *unidad* y la *indisolubilidad*; es decir, un solo hombre para una sola mujer en una unión que es para toda la vida; mientras que entre las obligaciones esenciales se encuentra la de buscar la felicidad del otro, la fidelidad, la apertura a los hijos y la de hacer de su hogar una comunidad de vida y amor.

Se supone que el noviazgo debe ser una etapa de preparación al matrimonio, pero la realidad es que por diversas circunstancias a veces no cumple con este objetivo; desde la causa de fracaso matrimonial que nos ocupa encontramos que los novios rara vez hacen planes para el futuro precisamente porque ignoran lo que es el matrimonio; y es que al no tener claridad sobre la *unidad* y la *indisolubilidad* del pacto conyugal no son capaces de valorar su capacidad para establecer una relación exclusiva y permanente; y si no se conocen con precisión los derechos y obligaciones que nacen con el vínculo no sopesan su capacidad para establecer relaciones interpersonales sanas.

Así pues; encontramos casos en donde los novios, desconociendo la realidad del matrimonio expresan su voluntad de casarse sin cuestionarse previamente si el tiempo que llevan de relación ha sido suficiente para conocerse a fondo; y es que a veces ni siquiera se toman el tiempo para conocer a sus familias de origen, ni de valorar la dinámica que ahí se ha establecido; no está por demás señalar que a veces tendemos a repetir los patrones de conducta aprendidos en casa; eso explica lo que a veces los esposos se dicen en tono de reclamo: «eres igual que tu madre...; eres igual que tu padre».



Asimismo, previo al matrimonio los novios pocas veces se detienen en analizar objetivamente la personalidad y el carácter del otro; recordemos que los enamorados tienden a minimizar sus defectos y a maximizar sus virtudes; y no se lleva a cabo un análisis sobre su capacidad para cumplir con las exigencias de la vida matrimonial, así por ejemplo; si él es afecto a las bebidas embriagantes ella considera que no es problema porque una vez que se casen lo va a cambiar; y si ella es celosa, él cree que se debe al amor que le tiene; ambos piensan que el matrimonio va a remediar por arte de magia todas las dificultades que durante el noviazgo se presentaron.

Ahora bien; cuando dos personas celebran su matrimonio sin el conocimiento de lo que éste es e implica, de repente se encuentran con la obligación de asumir el rol de esposo o esposa; y se dan cuenta que el matrimonio no es lo que esperaban; y cuando el enamoramiento desaparece las frases que se decían de novios cambian de sentido; así tenemos que aquel «*gracias por ser así*»; se convierte en un «*¿por qué eres así*»; y aquel «*nunca cambies*»; por un «*¿nunca vas a cambiar?*».

Es cuando ya se casaron que las personas hacen consciencia de que durante el noviazgo nunca llevaron a cabo una reflexión acerca de lo que implica estar casado; y aquellos defectos que apenas advertían de novios ahora se convierten en grandes obstáculos que impiden el establecimiento de una dinámica conyugal funcional que permita a los esposos hacer de su hogar una comunidad de vida y amor.

Muchas veces amigos y familiares procuran hacerles ver a los novios la existencia de circunstancias que desaconsejan la celebración de su matrimonio, tales como un noviazgo demasiado breve; un noviazgo conflictivo; la corta edad de alguno o de ambos; el poco conocimiento de sus personas; la existencia de rasgos de grave inma-

durez; la presencia de alguna adicción; el mal carácter de alguno de ellos; la falta de capacidad para guardar la fidelidad; la irresponsabilidad; etc. Si se quiere un matrimonio con final feliz valdría la pena detenerse a reflexionar en lo que es e implica la vida matrimonial antes de decir: «*me caso porque me caso*».



Escrito 2

«*CUANDO ME CASE; YO LO VOY A CAMBIAR*», suelen decir algunas mujeres que deciden contraer matrimonio convencidas de que van a ser felices; haciendo caso omiso a las advertencias de que la dependencia al alcohol de su novio es una circunstancia objetiva

que anuncia el fracaso matrimonial.

Es importante señalar que conforme a las estadísticas, hasta hace unos cuantos años por cada 6 hombres había una mujer afecta a las bebidas alcohólicas; pero encuestas recientes de salud revelan cifras que ubican casi en igualdad de circunstancias en el consumo de alcohol tanto a hombres como a mujeres. Sin embargo; aquí nos referiremos sobre todo a los efectos del alcohol en los varones precisamente porque a la fecha tiene mayor incidencia negativa en el matrimonio.

Así pues; para reflexionar en torno a los efectos del alcoholismo en la vida de los esposos, vale la pena señalar los elementos que han de considerarse como esenciales, ya que entran en la noción de matrimonio: *el consorcio de la vida entera establecido entre el varón y la mujer; su ordenación al bien de los cónyuges; y su condición de sacramento si se trata de bautizados* (c. 1055 § 1). Ahora bien; del objeto del matrimonio se desprenden las siguientes obligaciones esenciales:

El bien de los cónyuges, que comprende la relación interpersonal o ayuda mutua y se expresa y actualiza principalmente por el acto conyugal, que a la vez que procreativo, es unitivo de las personas. De tal forma que los esposos están obligados a procurar su mutua felicidad; lo cual exige de cada uno de ellos para con el otro, amor, ayuda, atenciones, respeto, etc.

El bien de los hijos, que es el derecho-compromiso a la procreación y educación, o bien, a la paternidad-maternidad.

El bien de la fidelidad, es decir, el derecho-compromiso mutuo exclusivo.

El bien del «sacramento», o sea la indisolubilidad, que es el derecho-compromiso perpetuo.

En virtud de lo anterior, se entiende que a los jóvenes se les advierta sobre la inconveniencia de casarse, sobre todo cuando desde el noviazgo el varón se manifiesta dependiente a las bebidas alcohólicas, llegando a evidenciarse incluso su incapacidad para establecer relaciones interpersonales sanas. Así, tenemos casos que van de dejar plantada a la novia por andar con los amigos tomando, hasta aquellos extremos donde se presentan brotes de violencia; razón por la que le advierten a la novia que su matrimonio no va a funcionar, a pesar de eso algunas finalmente se casan argumentando que están enamoradas y una vez casados; a su novio lo van a cambiar.

Sin embargo, al ignorar no sólo las exigencias de la vida matrimonial, sino también que el alcoholismo ocasiona al bebedor problemas físicos, mentales, emocionales, laborales, familiares, económicos y sociales; las parejas de novios se encuentran imposibilitados para valorar su capacidad de hacerle frente a la vida de casados, y cuando comienzan a vivir como esposos establecen una dinámica sumamente disfuncional; debido sobre todo a que el alcoholismo es entre otras cosas; un detonante de la violencia intrafamiliar.

Ya casados, el alcohólico se encuentra en muchas ocasiones incapacitado para cumplir con el bien de los cónyuges y suele ser violento en el trato que le dispensa a la esposa; violencia que va de las palabras a los golpes. En las causas de nulidad que se tramitan en los Tribunales Eclesiásticos no es raro encontrar casos donde el esposo alcohólico trata de manera despectiva a su esposa, con groserías y

palabras hirientes; violencia que afecta su autoestima y llega a ser incluso sexual; hay maridos que después de golpear a su esposa la obligan a tener intimidad.

Lo anterior obedece a que el alcoholismo produce un deterioro afectivo y una degradación de los sentimientos éticos, de las relaciones interpersonales; desaparecen los sentimientos más delicados; decaen los poderes inhibitorios de la voluntad y por eso en ocasiones los alcohólicos faltan a la fidelidad; las relaciones interpersonales resienten estos cambios negativos (Cfr. J. J. GARCÍA FAILDE, «El consentimiento matrimonial (Aspectos jurídicos y psicopatológicos)», en Memorias XXIV Curso de Actualización Canónica, San Juan de los Lagos, 2000, 66ss).

Ocurre a veces que la mujer proviene de un hogar alcohólico, y al no tener conocimiento de lo que es un hogar normal, se muestra tolerante hacia los maltratos de su esposo, y tolera también que a sus criaturas los trate con las mismas expresiones de violencia; así que en ocasiones ambos son omisos en el cumplimiento de las obligaciones que tienen con sus hijos, y éstos se convierten en víctimas de la incapacidad de sus padres para hacer de su matrimonio una comunidad de vida y amor.

Cabe señalar que las posibilidades de desarrollar este mal son mayores entre aquellas personas que comienzan a beber en edades tempranas; y que entre las causas del alcoholismo se encuentran: las costumbres sociales, su entorno familiar o a los hábitos adquiridos, circunstancias que vale la pena valorar en el noviazgo antes de decir: «*Cuando me case; yo lo voy a cambiar*»



Escrito 3

«*ME CELA, PORQUE ME QUIERE*», suelen decir aquellos que en la búsqueda de la felicidad deciden unir sus vidas no obstante las múltiples manifestaciones de violencia en su noviazgo.

Hemos venido insistiendo, en entregas anteriores, en la noción del matrimonio cristiano como: «*La alianza matrimonial, por la que el varón y la mujer constituyen entre sí un consorcio de toda la vida, ordenado por su misma índole natural al bien de los cónyuges y a la generación y educación de la prole... elevada por Cristo Señor a la dignidad de sacramento entre bautizados*» (c. 1055 § 1). De tal manera que con su celebración los esposos deciden crear un proyecto de vida para alcanzar juntos su plenitud (Cfr. Ignacio Pérez de Heredia y Valle; comentario al canon 1055, Código de Derecho Canónico, Edicep, Valencia, 1993, 470).

En virtud de lo anterior, se entiende que familiares y amigos cercanos adviertan a los jóvenes sobre la inconveniencia de casarse cuando en sus relaciones se han presentado brotes de violencia; circunstancia que hoy en día cobra particular interés por el hecho de que se encuentra presente en un 76% de los noviazgos de jóvenes mexicanos entre los 15 y 24 años de edad; una encuesta reciente refiere que: «*Sobre los motivos que ocasionan el enojo con la pareja, 41% de los hombres respondió que se molesta por celos; 25.7% porque su pareja tiene muchos amigos y 23.1% señala que su pareja se enoja de todo sin razón aparente. En tanto, 46% de las mujeres dijo que se molesta porque siente celos, 42.5% porque su pareja queda en algo y no lo hace y 35% porque considera que es engañada*»³². Como se puede observar, los celos son una de las principales causas que generan violencia durante el noviazgo; y como causa de fracaso matrimonial será objeto de nuestro análisis en esta ocasión; toda vez que en casos concretos pudieran incapacitar a la persona para asumir las obligaciones esenciales del matrimonio y dar lugar a una declaración de nulidad matrimonial por parte de un Tribunal Eclesiástico.

Ahora bien; los celos son descritos como: «*Sospecha, inquietud y recelo de que la persona amada haya mudado o mude su cariño, poniéndolo en otra*». Tomando en cuenta esta definición del diccionario de la academia de lengua española podemos adelantar que cuando en una relación de noviazgos él, ella o ambos son celosos, la

lógica indica que encontraremos una serie de comportamientos que darán lugar a una relación sumamente disfuncional y problemática.

Cuando los celos son por parte del varón, este pretende tener el control de todas las actividades de la novia; la sigue y espía; si suena el teléfono le pregunta desesperado quién es; le prohíbe amistades y le dice a quién sí y a quién no puede saludar; si llega por ella para salir a algún evento la regresa y le exige que se cambie de ropa por considerarla provocativa; se molesta y echa pleito porque otros muchachos la ven; le reclama fuerte cuando la encuentra platicando con algún amigo; le revisa su celular y no respeta su privacidad exigiéndole como «*prueba de amor*» su contraseña del *facebook*.

Mientras que cuando la celosa es ella, además de reproducir muchos de los comportamientos enumerados, suele molestar cuando otra mujer saluda a su novio de beso o cuando éste sale con los amigos; llega a manifestarse sumamente posesiva llamando por teléfono todo el día para saber dónde está.

Cuando la dinámica es definida por los celos de los novios, su relación es cerrada y dominante; sus inseguridades dan lugar a discusiones continuas y con cierta regularidad hacen sus «*panchos*» insultándose y agrediendo delante de otras personas; pasando a veces de las palabras a los hechos, de los empujones a los golpes y cuando eso ocurre, lejos de analizar de manera crítica sus actitudes, suelen dar solución con un disculpa y un beso; explicando que su comportamiento se debe al gran amor que sienten.

Ahora bien, suele suceder que todo mundo advierte que una relación donde hay celos raya en lo enfermizo, circunstancia de la que generalmente ninguno de los novios toma consciencia; y si acaso uno de ellos llega a darse cuenta de que la calidad de su relación indica que está condenada al fracaso, y por tal motivo decide dar por terminado el noviazgo, la reacción del otro no se hace esperar y según su desesperación pasará de pedir perdón a amenazar con causarle y causarse algún daño físico con el argumento de que: «*si no eres para mí, no eres para nadie*».

Así pues, y no obstante la evidente inconveniencia de casarse con una persona aquejada por los celos, muchos deciden contraer matrimonio con lo que sus problemas del noviazgo generalmente se multiplican. Ya casados, el celoso suele asfixiar al cónyuge y prácticamente no lo deja vivir, le inventa amantes, le vigila y persigue, el hostigamiento es la constante y debido a sus dudas e inseguridades le será difícil, y a veces imposible cumplir con las obligaciones del matrimonio.

Tomando en cuenta que una persona celosa encuentra serias dificultades para establecer relaciones interpersonales sanas; valdría la pena reflexionar antes de llegar al matrimonio creyendo aquello de que «*Me cела, porque me quiere*».

Escrito 4

«*¡NOS TENEMOS QUE CASAR!*», suelen decir aquellos que durante el noviazgo resultan «embarazados», creyendo que el matrimonio es la solución ante la inminente llegada de un hijo.

Desde la praxis de Tribunales Eclesiásticos se encuentra evidencia de la urgente necesidad de educarnos en el amor y en la responsabilidad; toda vez que muchos jóvenes inician sus relaciones de noviazgo sin la suficiente madurez afectiva y psicosexual que les permita establecer relaciones interpersonales sanas y genuinas; incluso en lo que se refiere a la sexualidad.

La falta de formación y madurez humana explica por qué muchos novios tienen relaciones sexuales cuando no existe entre ellos un vínculo afectivo; cuando su noviazgo apenas comienza; cuando su relación es tan superficial como disfuncional; incluso cuando hay violencia.

Todo comienza con un beso, una caricia; pero ante la falta de control de sus impulsos algunas parejas de novios llegan a la intimidad, y si bien pareciera que todo es color de rosa, cuando la novia se entera de que está embarazada suele

sentir que el mundo se le viene encima; se angustia ante la posibilidad de ver truncados sus proyectos y siente la presión que la familia y la sociedad ejercen en una frase: «*esta ya salió con su domingo siete*». Estos sentimientos son compartidos por el novio que a veces abraza a su novia, le dice que la quiere mucho, que no se preocupe porque todo va a salir bien; pero no falta el patán que pretende evadir su responsabilidad echando en cara a la novia su comportamiento libidinoso y ofendiéndola con la duda respecto a quién pudiera ser el papá del hijo que espera; no obstante hay quienes aun así terminan casados.

No todos los casos de embarazo que se presentan durante el noviazgo terminan en matrimonio, y desde luego que los que así concluyen no necesariamente fracasan; pero aquí nos vamos a referir a éstos últimos; de manera muy particular a los de aquellas personas que acuden al Tribunal Eclesiástico a tramitar un juicio de nulidad matrimonial por haberse casado precisamente bajo dichas circunstancias.

Así pues; es importante insistir en el concepto del matrimonio cristiano, entendido como la alianza por la que el varón y la mujer se unen para toda la vida; alianza que busca el bien de los esposos, les exige una actitud de apertura a la vida y el establecimiento de una comunidad de vida y amor (c.

1055 § 1). En tal virtud, vale la pena hacer referencia aquí a lo que expresamente señala el Código de Derecho Canónico en el canon 1057: «§ 1. *El matrimonio lo produce el consentimiento de las partes legítimamente manifestado entre personas jurídicamente hábiles, consentimiento que ningún poder humano puede suplir.* § 2. *El consentimiento matrimonial es el acto de la voluntad, por el cual el varón y la mujer se entregan y aceptan mutuamente en alianza irrevocable para constituir el matrimonio*». De lo anterior se advierte que la decisión de contraer matrimonio debe ser un acto de total libertad.



Sin embargo; en ocasiones los novios ni se conocen; no se aman lo suficiente, no han hecho planes para el futuro; no han pensado nunca en el matrimonio y resulta que van a ser papás. Ante los temores que genera la forma prematura en que llega la maternidad-paternidad; ante la incertidumbre sobre la reacción que tendrán sus familias; ante la propia presión interna originada en los principios religiosos y en los valores morales en que han sido educados, los novios ven en el matrimonio la posibilidad de una salida digna a su embarazo.

Muchas veces los papás desaconsejan a sus hijos la celebración del matrimonio pese a que van a ser padres; sobre todo cuando los ven jóvenes o inmaduros; o cuando ven que la dinámica de su noviazgo anuncia un fracaso matrimonial. En otras ocasiones la familia presiona expresamente para que se casen; y si el matrimonio se origina con el consentimiento; es evidente que la voluntad de los novios se ve afectada cuando la decisión de casarse se toma bajo las presiones internas o externas que finalmente provoca el embarazo.

Así pues; es común que los novios de manera precipitada decidan casarse antes del nacimiento de su hijo, y como el matrimonio es visto sólo como una solución al embarazo suelen ser omisos en analizar todo lo que implica la vida conyugal. En las prisas de los preparativos de la boda no se dan tiempo para reflexionar y ponderar su capacidad para cumplir con las obligaciones que tendrán como esposos y padres de familia.

Lo anterior, trae como consecuencia que después de celebrado el matrimonio se encuentren inmersos en un estado de vida en el que no habían reflexionado; lo que los lleva a hacer consciencia de la forma abrupta en que sus planes para el futuro se vieron modificados; circunstancias que en ocasiones son fuente de reclamos, pleitos y discusiones cuya gravedad puede llegar a provocar la separación y el fracaso matrimonial.

El nacimiento de un hijo es la mejor de todas las noticias cuando llega a tiempo; por eso vale la pena educarnos en el amor humano y establecer un noviazgo honesto, sincero, casto y respetuoso; no sea que nos veamos en la necesidad de decir «¡Nos tenemos que casar!»

Escrito 5

«*VAMOS A CASARNOS, SI LA HACEMOS; BUENO, SI NO; CADA QUIÉN SU VIDA*», suelen decir hoy en día algunas parejas que toman la decisión de celebrar

su boda; pensando en ser felices a pesar de ver en el sacramento del matrimonio una etapa de prueba previa a un compromiso único y permanente.

En publicaciones anteriores hemos venido insistiendo en que el matrimonio es la unión de un hombre y una mujer para

toda la vida; que sus propiedades esenciales son la *unidad* y la *indisolubilidad*; y que entre sus obligaciones esenciales se encuentra la de buscar la felicidad del otro, la fidelidad, la apertura a los hijos y la de hacer de su hogar una comunidad de vida y amor.

Ahora bien; es un hecho que esta doctrina sobre el matrimonio hoy no es del todo apreciada y valorada. Al respecto; vale la pena citar aquí las palabras del Papa Francisco en relación a la crisis cultural profunda que actualmente vive la familia: «*El matrimonio tiende a ser visto como una mera forma de gratificación afectiva que puede constituirse de cualquier manera y modificarse de acuerdo con la sensibilidad de cada uno*» (Exh. Ap. *Evangelii Gaudium* 66).

Si eso es lo que se piensa del matrimonio; podemos entender porque el noviazgo ha dejado de ser una oportunidad para que los novios se conozcan y se familiaricen con la naturaleza del matrimonio, para convertirse en una relación superficial fundada en expresiones físicas de afec-



to de esas que ciertamente provocan «*gratificación afectiva*» y hacen que los novios sientan bonito.

Es evidente que vivimos inmersos en una cultura posmoderna en donde todo es desechable y se presenta una imagen distorsionada sobre la realidad del matrimonio; y es bajo esta falsa idea que algunos deciden contraer matrimonio; cosa que puede explicar porque en cuanto llegan los problemas en su vida de casados, sin hacer esfuerzo alguno deciden separarse definitivamente, recurriendo ya a los juicios de nulidad alegando ante los tribunales eclesiásticos el capítulo contemplado en el canon 1095, 2º (grave defecto de discreción de juicio acerca de los derechos y obligaciones esenciales del matrimonio que mutuamente se ha de dar y aceptar); o bien ante los jueces del Estado a tramitar la disolución de su matrimonio civil.

Asimismo; esta crisis cultural incluye una mentalidad «divorcista» que también afecta a algunos jóvenes que conocen suficientemente la esencia del matrimonio cristiano; así aunque saben que éste es único e indisoluble y a pesar de que cuentan con la facultad de llevar a cabo un análisis crítico acerca de su capacidad para hacerle frente la vida matrimonial, de manera deliberada lo rechazan; de tal manera que sólo en apariencia dicen al momento de la boda: «*hasta que la muerte nos separe*». Cuando eso ocurre; se actualiza «*la exclusión o simulación*»; un capítulo de nulidad matrimonial contemplado en el canon 1101 § 2. Cabe señalar que dicha simulación puede ser total, cuando se excluye el matrimonio mismo, o bien parcial cuando se excluye uno de sus elementos esenciales, ya el bien de la prole, el bien de la fidelidad, el bien del sacramento, el bien de los cónyuges.

Tanto el hecho de aquellas personas que llegan con la idea falsa de que el matrimonio puede «*constituirse de cualquier manera y modificarse de acuerdo con la sensibilidad de cada uno*»; así como el de los que excluyen total o parcialmente el matrimonio; pueden ayudarnos a entender porque en los últimos años se ha disparado el número de parejas que deciden divorciarse (según el

INEGI en 2006, por cada 100 enlaces realizados en México hubo 12.3 divorcios; en el año 2000 la relación fue de 7.4 y en 1971 de 3.2).

Es un hecho que el matrimonio exige de los esposos esfuerzo y dedicación para cumplir con las exigencias que nacen con el vínculo. Es importante insistir que las personas, cuando toman la decisión de casarse deben valorar la realidad de su noviazgo y su capacidad para establecer relaciones interpersonales sanas; de tal forma que tengan cierto grado de certeza en que van a alcanzar juntos su felicidad porque serán capaces de hacer de su hogar una comunidad de vida y amor.

Sin embargo; ¿qué podemos esperar de aquellos que llegan al matrimonio pensando que en el momento en que dejen de sentir bonito estar juntos pueden darlo por terminado? En la *Ralatio Synodi*, Documento emanado del Sínodo Extraordinario de la Familia celebrado durante el mes de octubre de este año en Roma; la iglesia manifestó tener conocimiento de: «*la desconfianza de muchos jóvenes hacia el compromiso conyugal y sufre por la precipitación con la que muchos fieles deciden poner fin al vínculo contraído, instaurando otro*» (RS 26).

Ante esta realidad; el Sínodo de referencia nos invita a que animemos a «*...los jóvenes bautizados a no titubear ante la riqueza que aporta a sus proyectos de amor el sacramento del matrimonio, junto con la fuerza del apoyo que reciben de la gracia de Cristo y de la posibilidad de participar plenamente en la vida de la Iglesia*» (RS 26). Así pues; todos los miembros de la iglesia y en particular los que hemos contraído matrimonio; estamos obligados entre otras cosas a:

- Dar razón de nuestra esperanza ante un ambiente cultural que ignora la verdad de Dios y que, en consecuencia, busca justificar las obras que proceden de sus desviados deseos.
- Evangelizar con el testimonio de vida y con la sana doctrina.
- Vivir el evangelio del matrimonio y la familia.
- Educar en el amor y la sexualidad ante la «*revolución sexual*» que ha separado la sexua-

lidad del matrimonio, de la procreación y del amor.

· **Promover la santidad matrimonial.**

Es importante que los adolescentes y jóvenes hagan consciencia de las implicaciones que esta crisis cultural puede tener en ellos el día que decidan casarse. En tal virtud; vale la pena que los novios aprovechen esta etapa para que al momento de comprometerse y celebrar su matrimonio; ese «*hasta que la muerte nos separe*» no sea sólo una manera de decir «*Vamos a casarnos, si la hacemos; bueno, si no; cada quién su vida*».

Escrito 6

«**ME CASO PARA SALIR DE MI CASA**», suelen decir algunas personas que ven en el matrimonio una manera de huir del ambiente familiar hostil en el que viven; fenómeno que se presenta con cierta frecuencia debido al alto porcentaje de familias disfuncionales que se pueden encontrar hoy en día.

La *crisis cultural* por la que atraviesa la sociedad actual se ve representada por un alto índice de violencia dentro del entorno familiar; violencia que se puede tipificar de la siguiente manera:

- **Psicológica. Es inteligente, sutil, sistemática, acaba con la identidad del que es agredido.**
- **Verbal. Gestual, gritos, silencios.**
- **Física. Agresión corporal.**
- **Sexual. Con el agravante de abuso, violación y degradación del otro.**
- **Económica. Dependencia y sometimiento** (Directorio Nacional de Pastoral Familiar; n. 446).

La violencia en los hogares puede ser esporádica, cíclica y creciente, permanente e incluso crónica; y entre sus consecuencias encontramos debilitamiento de las defensas físicas y psicológicas de la persona; tales como tristeza, angustia, depresión e intentos de suicidio (Cfr. Idem. 449).

Los estilos educativos de los padres; que son la cabeza de la familia terminan por provocar en los hijos insatisfacción, al generar un ambiente asfixiante, de extrema exigencia en un entorno violento y de desvalorización; motivo por el cual los hijos buscan la primera oportunidad para abandonar el hogar.

Es importante señalar que el hecho de vivir en un ambiente familiar hostil puede llegar a impedir que sus miembros desarrollen de manera armónica su personalidad y forjen su carácter; circunstancia que va a influir en el momento de decidir casarse, al buscar una pareja o bien; en la dinámica que establezcan durante el matrimonio.



Así podemos encontrar que una vez iniciado su noviazgo; los jóvenes que provienen de este tipo de hogares suelen idealizar su relación sin advertir que han llegado a ella sumamente vulnerables debido a la inmadurez afectiva

que arrastran por el hecho de haber crecido en un ambiente de violencia e indefensión. Lo anterior explica por qué algunos novios luego de unas palabras bonitas y los detalles propios del noviazgo creen haber encontrado «*el amor de su vida*» y con quien vivir felices para siempre; cuando en el fondo únicamente están contemplando una salida a la violencia que viven en casa.

Antes de llegar al matrimonio puede ser que se presente una relación de noviazgo breve; circunstancia que por sí misma impide a la pareja conocerse lo suficiente como para hacer un juicio objetivo del matrimonio y de sus personas en aras a evaluar y medir sus capacidades para la vida conyugal. A veces; el noviazgo es conflictivo y anuncia el fracaso matrimonial; sin embargo los novios se empecinan en casarse porque les urge salir de su casa. En ocasiones el clima de violencia en el que viven es tal que los novios se fugan y comienzan a vivir juntos antes de casarse.

Si tomamos en cuenta lo que es e implica el matrimonio; podemos afirmar que cuando una

persona decide celebrarlo debe hacer una reflexión considerando que el matrimonio es para toda la vida; *único e indisoluble*. Sin embargo, hacer una reflexión crítica acerca de las implicaciones de la vida matrimonial será siempre complicado para alguien que no pudo desarrollarse en un ambiente de armonía familiar; y como hemos afirmado, más que la realidad del matrimonio, lo que le motiva a casarse es la posibilidad de escapar de casa.

Sucede en ocasiones que quienes así llegan al matrimonio encuentran que la vida de esposos no es lo que esperaban y a consecuencia de los problemas conyugales llega el fracaso de su relación. Cuando eso ocurre es probable que se actualice un capítulo de nulidad matrimonial contemplado en el número 2º del canon 1095 y descrito como «*Grave defecto de discreción de juicio acerca de los derechos y obligaciones esenciales del matrimonio que mutuamente se han de dar y aceptar*».

Ahora bien; y tomando en cuenta lo que en otras publicaciones hemos indicado en relación a los derechos y obligaciones que se originan con el vínculo, tales como el hecho de que los esposos deben buscar mutuamente su felicidad, ser fieles y estar abiertos a la vida y educación de los hijos; cabe señalar que en la praxis de los tribunales eclesiásticos encontramos que muchos esposos fracasan precisamente porque la violencia que vivieron en su familia de origen no les permitió alcanzar la madurez suficiente para establecer relaciones interpersonales sanas; y terminan por instaurar una dinámica donde la constante es la violencia en el trato que se dispensan los cónyuges entre sí y para con sus hijos.

Cuando por una situación de naturaleza psíquica, de esas que pueden originarse por venir de un ambiente de violencia intrafamiliar, los esposos terminan separándose de manera definitiva y acuden a un tribunal eclesiástico; es posible que en un juicio de nulidad declaren nulo el matrimonio por el capítulo descrito en el número 3º del

citado canon 1095; mismo que afirma que son incapaces de contraer matrimonio: «*quienes no pueden asumir las obligaciones esenciales del matrimonio por causas de naturaleza psíquica*».

Consideramos que esta *crisis cultural profunda* por la que atraviesa el matrimonio y la familia nos reta en primer lugar a los papás a educar a nuestros hijos en el amor y en la armonía familiar; mientras que los jóvenes por su parte deben hacer consciencia de que la responsabilidad de hacer del hogar una comunidad de armonía y paz es de todos; lo anterior podría evitar que más de alguna persona se vea obligada a decir: «*me caso para salir de casa*».

Escrito 7

«*ME CASO PORQUE SIENTO BONITO ESTAR CONTIGO*», suelen decir algunas personas que ven el matrimonio la oportunidad de perpetuar un estado de bienestar afectivo propio del enamoramiento; fenómeno que se presenta con cierta frecuencia si tomamos en cuenta el número de divorcios sobre todo de los que se casan apenas pasada la adolescencia o en la primera juventud.

No es raro encontrar noviazgos en los que a los jóvenes se les va la vida en una relación empalagosa de múltiples palabras dulces, miradas tiernas y caricias físicas, que los llevan a ver un mundo *color de rosa* donde ellos son los protagonistas de la mejor historia de amor jamás contada. El tiempo que pasan juntos los enamorados es sumamente especial, por eso les cuesta mucho trabajo despedirse cuando están juntos y fundidos en un abrazo; en esos momentos suelen gritarle al reloj: «*no cuentes las horas...; detén tu camino*»; y cuando deben despedirse por teléfono pasan horas y horas diciendo: «*cuelga tú; no tú, no tú... tú...*».

Sin embargo; y como señala el Papa Francisco no es suficiente llegar así al matrimonio; particu-



larmente hoy que: «...*El matrimonio tiende a ser visto como una mera forma de gratificación afectiva que puede constituirse de cualquier manera y modificarse de acuerdo con la sensibilidad de cada uno...*» (EG. 66).

Atento a lo anterior; es importante insistir en que el matrimonio es *único e indisoluble*; de tal modo que durante el noviazgo la pareja debe reflexionar en torno a las exigencias de la vida matrimonial y hacer consciencia de que una vez casados la dinámica de su relación va a cambiar en virtud de que tendrán que asumir una serie de obligaciones cuyo cumplimiento hará posible el establecimiento de una relación funcional, de paz y armonía que les permitirá constituir una comunidad de vida y amor; pero cuya omisión provocará una serie de problemas cuya gravedad puede desembocar en el fracaso.

En los Tribunales Eclesiásticos encontramos que algunos que llegaron al matrimonio sólo porque sentían «*bonito*» y querían experimentar algo más juntos; pasado el enamoramiento se dan cuenta de que la realidad del matrimonio o de la persona de su cónyuge no es lo que pensaban; y en consecuencia aparecen una serie de problemas como consecuencia de no haber valorado durante el noviazgo ni la naturaleza de la vida matrimonial, ni la realidad de sus personas; dichos problemas se multiplican cuando incluso se manifiestan y se descubren incapaces de cumplir con las obligaciones de la vida matrimonial.

Así pues; es importante que los novios; previo a tomar la decisión de casarse tengan planes claros para el futuro; que se visualicen juntos para siempre, también es importante que hagan juicios objetivos y sean conscientes de que el enamoramiento va a terminar, circunstancia que no es grave si tenemos en cuenta que juntos estarán en condiciones de dar un paso cualitativo a niveles superiores del amor, circunstancia que les hará posible una comunicación íntima, y de manera voluntaria procurar hacer todo lo que este a su alcance para beneficiar y hacer feliz a su cónyuge, a pesar de las dificultades que se encuentran en el camino y no obstante las diferencias normales de la vida.

Hacer una reflexión crítica en torno al matrimonio les permitirá a los novios una vez casados, ser fieles a su opción de estar juntos toda la vida aunque eventualmente llegue el momento en el que ya no sientan lo «*bonito de estar juntos*» que es propio del enamoramiento.

Consideramos que es necesario que los jóvenes vean en el noviazgo una etapa que los cualificará para ser esposos y padres de familia; y por lo tanto aprovechen ese tiempo de tal manera que resulte ser una verdadera preparación al matrimonio.

Así pues; los novios sin dejar de lado el trato cariñoso de los enamorados, deben darse la oportunidad de platicar acerca de la naturaleza del sacramento del matrimonio; preguntarse si el amor que sienten es suficiente para establecer una alianza irrevocable en la que ambos deberán buscar su mutua felicidad; en la que los dos deben estar abiertos a la vida y educación de los hijos. Asimismo; los enamorados deben hacer un esfuerzo por valorar sus personas, sus virtudes y capacidades de manera objetiva; y no dejarse llevar por el estupor que los lleva a maximizar sus virtudes y minimizar sus defectos.

El Papa Francisco; en su catequesis del día 27 de mayo del presente año habló del noviazgo en los siguientes términos: «*Ciertamente es algo bello que hoy los jóvenes puedan elegir casarse sobre la base de un amor recíproco. Pero la libertad del vínculo requiere una armonía consciente de la decisión, no sólo un simple entendimiento de la atracción o del sentimiento, de un momento, de un tiempo breve... requiere un camino. El noviazgo, en otros términos, es el tiempo en el cual los dos están llamados a realizar un trabajo bello sobre el amor, un trabajo partícipe y compartido, que va en profundidad. Se descubre poco a poco el uno al otro, es decir, el hombre 'aprende' acerca de la mujer de esta mujer, su novia; y la mujer 'aprende' acerca del hombre de este hombre, su novio. No subestimemos la importancia de este aprendizaje: es un compromiso bello, y el mismo amor lo solicita, porque no es solamente una felicidad despreocupada, una emoción encantada...*».

Lo anterior resulta urgente hoy que estamos atravesando una crisis a causa de la pérdida progresiva del sentido cristiano del matrimonio y la familia. Ojalá que los jóvenes atiendan las palabras del Santo Padre; de hacerlo, consideramos que llegarán a la celebración de su matrimonio con muchas posibilidades de permanecer juntos a pesar de las dificultades que se les puedan presentar; ojalá no se dejen llevar sólo por el momento y de manera irreflexiva digan un día: «*Me caso porque siento bonito estar contigo*».

Escrito 8

«*SI LE DIGO LA VERDAD NO SE CASA CONMIGO*», suelen pensar algunas personas que de manera consciente y para conseguir que su noviazgo termine en matrimonio, actúan con dolo ocultando hechos de su pasado porque saben que de conocerse provocarían la ruptura de su noviazgo.

Cabe señalar que por «*dolo*» se entiende cualquier tipo de astucia o maquinación empleada para enredar, engañar o decepcionar a otra persona, así como la consecuencia lógica y natural de llevarla a donde realmente no habría ido de no ser por el engaño.³³

Ya hemos mencionado que para que se origine el *sacramento* se requiere que el *consentimiento matrimonial* sea fruto de un acto humano perfecto; es decir, deben coincidir la inteligencia y la voluntad tanto en relación a lo que *es e implica esencialmente* el matrimonio; así como en cuanto a la realidad de la persona con quién se pretende contraer.

Es evidente que cuando una persona se casa engañada hace algo que de conocer la verdad seguramente no haría; y por eso la Iglesia garantiza su protección cuando en el canon 1098 del Código de Derecho Canónico establece que: «*Quien contrae el matrimonio engañado por dolo*

provocado para obtener su consentimiento, acerca de una cualidad del otro contrayente, que por su naturaleza puede perturbar gravemente el consorcio de vida conyugal, contrae inválidamente».

La figura del dolo, puede ser consecuencia de una actividad consistente en utilizar medios fraudulentos, desorientadores de la conciencia, que incluyen la maquinación y la mentira, tendiente a engañar y perturbar al otro; este sería el llamado «*dolo positivo*». Pero también existe un «*dolo negativo*» provocado por omisión o reticencia, como la simulación, las omisiones cuando sea obligado hablar.³⁴ Estaríamos en el caso de un «*dolo negativo*», cuando una persona oculta que un defecto existe y que es un obstáculo para que la persona engañada dé su consentimiento, más aún, no lo daría si conociera la existencia de dicho defecto.

El dolo realizado de manera deliberada y fraudulenta siempre lleva consigo una injusticia, es decir, la violación de un derecho, que en este caso es el derecho a la libertad de decidir. El que engaña manipula a la persona engañada para que consienta en lo que no quiere ella, sino que en lo que quiere el que engaña. Y además de restringir la libertad, la persona engañada sufre un daño porque se le condena a vivir con una persona a la que no quiere, con lo que la injusticia se hace más grave. Así pues: «*El dolo provoca también un resultado de «lesión de derechos» en la persona que, aspirando al matrimonio con otra, tiene sin duda el derecho natural a conocer la realidad personal del «otro» y más especialmente sus condiciones de conyugalidad*».³⁵

Hay que apuntar que no cualquier dolo invalida el matrimonio, y por tanto, siguiendo lo establecido en el c. 1098 podemos decir que se trata de un engaño deliberado, con intención de inducir a un error, la finalidad del que engaña debe ser obtener el consentimiento, que de otra manera no se podría obtener; el engaño debe ser sobre una característica o defecto de la personalidad de la



otra parte y basta que pueda perturbar gravemente el consorcio de vida conyugal.

Pues bien; hay noviazgos en los que alguna de las partes falta gravemente a la verdad y con el ánimo de casarse a toda costa, oculta hechos graves de su pasado; como ejemplo; imaginemos que alguno de los novios estableció anteriormente una relación de pareja; o que estuvo casado o casada al civil y que incluso tuvo hijos o provocó un aborto; hechos que oculta de manera deliberada aún y cuando su pareja de manera expresa le manifiesta que nunca se casaría con alguien que hubiera hecho vida en común con otra persona.

Ocurre a veces que una persona sabe que padece una enfermedad incurable o contagiosa, o que con el transcurso del tiempo provocará un deterioro grave a su salud y guarda silencio ante la idea que tiene el otro de que está sano; cosa que hace por miedo a que se acabe su relación si se llegara a conocer la verdad.

Hay casos en los que alguno sabe que es infértil y a pesar de que el tema de los hijos es recurrente en su noviazgo omite decir la verdad por temor a perder esa persona con la que se quiere casar.

Pensemos en una persona que estuvo en la cárcel, o que se dedica a una actividad ilícita o que tiene vicios o dependencia a las drogas; hechos que omite manifestar precisamente para no poner en riesgo la celebración de su matrimonio³⁶.

Mientras que no darían lugar al dolo las cualidades ordinarias, como la vanidad, el egoísmo, el genio, la pereza, etc.; mismas que durante el noviazgo suelen ser objeto de un cierto disimulo o atemperación, sin que pueda hablarse de una especial mala fe.

En los Tribunales Eclesiásticos se conocen casos en los que ya celebrado el matrimonio y establecida la vida en común, el cónyuge engañado conoce la verdad y la decepción genera proble-

mas tan graves que incluso llegan al fracaso matrimonial y a la separación definitiva.

Para concluir, hay que insistir en que el canon 1098 «...reconoce y garantiza la tutela de la formación del consentimiento como proceso de elección personal sobre la propia vida, que no puede ser manipulado. Y es precisamente este proceso de libre elección del propio cónyuge, el que garantiza en gran medida que un matrimonio pueda resultar feliz». ³⁷ En tal virtud; vale la pena ser honestos durante el noviazgo, y si en realidad se quiere compartir toda la vida en el matrimonio, rechazar la posibilidad de engañar a la pareja con el argumento de que: «Si le digo la verdad no se casa conmigo».

Escrito 9

«FUE AMOR A PRIMERA VISTA», suelen decir algunas personas que de manera precipitada deciden casarse cuando apenas han transcurrido unos cuantos días de haberse conocido; confiando en que el primer flechazo de amor perdurará para siempre.

No obstante el estado de bienestar que suelen experimentar los que de repente se encuentran perdidamente enamorados, no es recomendable llegar al matrimonio bajo la premisa de un amor súbito, ya que el enamoramiento impide hacer un juicio objetivo sobre el matrimonio y sobre la realidad de la persona con la que se pretende celebrar.

La decisión de casarse es tan importante, que no basta con que los novios tengan un conocimiento teórico en torno a la unidad y la indisolubilidad del matrimonio, «sino que es necesario que el contrayente tenga la capacidad de razonar, de estimar o ponderar prácticamente el matrimonio que se va a celebrar, así como las obligaciones inherentes al mismo y los motivos para elegirlo o no»³⁸. Lo anterior significa que antes de decidirse por el matrimonio, los pretendientes deben valorar el hecho de que con su celebración se originan para ellos unos derechos y obligacio-



nes; a saber: el consorcio de la vida entera establecido entre el varón y la mujer; su ordenación al bien de los cónyuges y su condición de sacramento si se trata de bautizados.

De ahí la importancia de que los novios tengan un conocimiento mutuo suficiente; sobre todo porque el objeto del consentimiento matrimonial es la propia persona, en cuanto varón o mujer, que se dona a título de deuda y es la persona del otro, en cuanto varón o mujer la que se acepta a título de derecho. En otras palabras, el varón o mujer que se enfrenta a la decisión matrimonial, ha de tener la capacidad suficiente para darse cuenta que el matrimonio implica «para él» los derechos y deberes que hemos indicado, mismos que son esenciales y que tendrá que dar y aceptar de su pareja.

En tal virtud; es necesario que previo a tomar la decisión de casarse; los novios hagan una reflexión crítica acerca de su capacidad para:

- Establecer una relación conyugal; que comprende y exige una relación de ayuda mutua que se expresa y actualiza principalmente por el acto conyugal, que a la vez que procreativo, es unitivo de las personas.
- Asumir el derecho-compromiso a la paternidad-maternidad que implica la educación, y que también se actualiza por el acto conyugal en su aspecto procreativo.
- Guardar la fidelidad, es decir, para cumplir con el compromiso mutuo exclusivo.
- Asumir el bien del «sacramento», o sea la indisolubilidad, que es el derecho-compromiso perpetuo.

Con cierta frecuencia se presentan en los Tribunales Eclesiásticos casos en los que un hombre y una mujer fracasaron en su matrimonio, precisamente por haber llegado a su celebración luego de un breve y superficial noviazgo argumentando que habían encontrado a su media naranja; al amor de su vida, a su príncipe azul o a su princesa encerrada en la torre.

Hay personas que se dejan llevar por los efectos de este enamoramiento y por más que se les advierte que el hecho de no conocer a fondo la

realidad de sus personas les va a impedir hacer una valoración crítica para ver sus posibilidades reales para establecer una relación de armonía como esposos, saber hasta dónde están preparados para ejercer de manera responsable la paternidad-maternidad y valorar su capacidad para guardar la fidelidad y para hacer de su hogar una comunidad de vida y amor, hacen caso omiso y de manera irreflexiva siguen adelante con su proyecto de matrimonio.

Pues bien; si hay parejas que tienen serios problemas en el matrimonio pese a que tuvieron un noviazgo que favoreció un conocimiento suficiente de sus personas; imaginemos las dificultades para instaurar una relación interpersonal que enfrentan aquellos que se casan precipitadamente, muy enamorados pero sin conocerse; sobre todo porque el enamoramiento tarde o temprano desaparece, y cuando eso ocurre se dan cuenta de que están al lado de una persona desconocida, y la vida juntos no es lo que esperaban; como esposos ninguno es lo que el otro imaginaba y comienzan las desavenencias y en ocasiones la imposibilidad de establecer una comunidad de vida con quién en su momento se sintieron ligados por una pasión que resultó pasajera.

El hecho de que un porcentaje considerable de que matrimonios celebrados bajo la premisa del repentino flechazo de amor fracasen, se debe a que apenas tuvieron un efímero noviazgo que les impidió conocerse a fondo, hacer planes para el futuro y comentar el tema de los hijos. Por eso vale la pena que aquellos cuyo noviazgo es breve y piensen en casarse, se detengan un poco a valorar si se conocen lo suficiente como para quererse en serio y para toda la vida.

Una decisión de la importancia del matrimonio exige tener seguridad de que la persona elegida es realmente con quien se quiere formar una familia y pasar el resto de la vida; así que hay que darse tiempo para reflexionar en todo lo que implica la vida matrimonial; no vaya a ser que ya casados se encuentren con la realidad de que no pueden hacer vida juntos y se den cuenta de que se equivocaron cuando decidieron el matrimonio apresuradamente argumentando que *«fue amor a primera vista»*.

HIMNO DE LA SEMANA DE LA FAMILIA 2016

«El misterio del Amor»

*Al principio de la historia
 Dios sembró en nuestro corazón
 esta semilla que es promesa
 que ilumina el interior
 Aunque a veces el camino
 es incierto y hay temor
 nos aferramos al destino
 con la fuerza del amor.
 Así sin más contracorriente
 nos lanzamos con valor.
 La familia es escuela, es origen,
 me eleva a Dios (2)
 Allí te espera tras la puerta
 un fuerte abrazo a tu dolor,
 por un fracaso más de un problema,
 por la tristeza o desolación.
 Oye familia eres el rostro de Dios,
 Eres llamada a crecer en el amor (2)
 Misericordia y confianza
 Son la muestra del amor.
 Matrimonios y familias
 todo lo pueden si están con Dios.
 María y José nos comunican
 el misterio del amor
 Dios es fiel, total, fecundo
 Es cariño y comprensión.
 Con los bolsillos rotos
 Sin abrigo y aun sin razón
 Dios te espera sin reserva
 en el calor de tu corazón (2)*

Coro:

*No olvides nunca, no tengas duda
 que somos viva imagen de Dios
 Nos concibieron bajo un milagro
 Y Dios supremo nos regaló
 aliento fresco de vida en el corazón.*

Letra y música: Alejandro Orozco



NOTAS:

- ¹ Citado por A. Scola, La «cuestión decisiva» del amor: hombre-mujer, Encuentro, Madrid 2003, 33.
- ² Juan Pablo II, Cruzando el umbral de la esperanza, Plaza & Janés, Barcelona 1994, 132.
- ³ C. J. Chaput– V. Paglia, El amor es nuestra misión. La familia plenamente viva. Catequesis preparatorias para el Encuentro Mundial de las Familias, Filadelfia, 2015, World Meeting of Families, Filadelfia 2014, cat. X, 109.
- ⁴ P. Donati, Famiglia risorsa della società, Il Mulino, Bologna 2012, 17.
- ⁵ Benedicto XVI, Discurso en el encuentro festivo testimonial del V Encuentro Mundial de las Familias, Valencia (08.07.2006).
- ⁶ Pérez-Soba, El corazón de la familia, Facultad de Teología «San Dámaso», Madrid 2006, 59.
- ⁷ XIV Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, Relación final (24 octubre 2015), 103.
- ⁸ J. A. Reig Pla, «La transmisión de la fe en la familia», en Vives Soto (editado por), Misión de la familia en la Nueva Evangelización, cit., 181-189, 188.
- ⁹ Pérez-Soba, La pregunta por la persona. La repuesta del interpersonalidad. Estudio de una categoría personalista, Facultad de Teología «San Dámaso», Madrid 2005, 145.
- ¹⁰ Relación final, 8.
- ¹¹ J. Vanier, Hombre y mujer los creó, cit., 56.
- ¹² J. Granados García, Ninguna familia es una isla, Monte Carmelo, Burgos, 2013, 11.
- ¹³ Juan Pablo II, Hombre y mujer lo creó. El amor humano en el plano divino, Cristiandad, Madrid 2010, cat. 14,2, 120.
- ¹⁴ Pérez-Soba, El amor: introducción a un misterio, BAC, Madrid 2011, 158. Citando a Melina, Por una cultura de la familia. El lenguaje del amor, EDICEP, España 2009, 83-122.
- ¹⁵ Wojtyla, Amor y responsabilidad, Palabra, Madrid 2012, 52.
- ¹⁶ F. D'Agostino, Filosofía de la familia, Rialp, Madrid 2006, 29.
- ¹⁷ J. Ratzinger, Ehe und Familie im Plan Gottes, en Familie, werde was du bist, a cargo de N. y R. Martin, Vafendar-Schönstatt 1983, 90-91. Nota al pie en D'Agostino, Filosofía de la familia, cit., 29.
- ¹⁸ El amor esponsal se refiere al amor de los esposos.
- ¹⁹ Adaptación de una historia de la vida real: <https://www.youtube.com/watch?v=fRSP1IDELko>
- ²⁰ C. Miriano, Cásate y sé sumisa. Experiencia radical para mujeres sin miedo, Nuevo Inicio, Granada 2013, 35.
- ²¹ Cfr. A. Galindo, «La identidad de la mujer. Incidencia de la Mulieris Dignitatem», en Moralia 43, vol. 11 (1989) 167-177, 177.
- ²² Galindo, «La identidad...», op. cit., 177.
- ²³ Ma. del S. Vivas A., «El perfil de la mujer presentada por Juan Pablo II en sus escritos», Theologica Xaveriana 146 (2003) 215-232, 226.
- ²⁴ Vivas, «El perfil de la mujer...», op. cit., 217.
- ²⁵ Cfr. P. Bignardi, Responsabilidad y participación de la mujer en la edificación de la Iglesia y de la sociedad, en Pontificium Consilium pro Laicis, Mujer y varón la totalidad del humanum, Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano 2011, 124.
- ²⁶ Bignardi, Responsabilidad y participación..., op. cit., 125.
- ²⁷ M. Voce, «Salvar por doquier el amor», en L'Osservatore romano, 1 de febrero de 2014.
- ²⁸ Papa Francisco, «La Iglesia es mujer y madre», en L'Osservatore romano, 13 de octubre de 2013.
- ²⁹ Cfr. M. A. Macciocchi, Il genio femminile nel pensiero di Wojtyla. Entrevista di M. A. Macciocchi al presidente Francesco Cossiga, en M. A. Macciocchi, Le donne secondo Wojtyla. Ventinove chiavi di lettura della Mulieris Dignitatem, Paoline, Milano 1992, 395.
- ³⁰ G. P. di Nicola, Uguaglianza e differenza, la reciprocità uomo-donna. Roma 1988, 94, en Pontificium Consilium pro Laicis, op., cit., 126.
- ³¹ Cfr. Bignardi, Responsabilidad y participación..., op. cit., 126.
- ³² http://www.conapo.gob.mx/es/CONAPO/13_de_febrero_Infomacion_estadistica_sobre_las_relaciones_de_pareja; cfr. <http://www.quadratin.com.mx/sucesos/Afecta-violencia-en-el-noviazgo-76-de-parejas-en-Mexico/>
- ³³ Cfr. SANTIAGO PANIZO ORALLO, «La relevancia jurídica del dolo respecto del consentimiento matrimonial», en Matrimonio, El matrimonio cristiano y su expresión canónica ante el III milenio, Eunsa, Pamplona, 2000, 1060.
- ³⁴ Idem, 1062.
- ³⁵ Idem, 1069.
- ³⁶ Otros ejemplos recogidos en los Tribunales Eclesiásticos: un falso embarazo o el embarazo proveniente de relaciones sexuales con un tercero, la afición exagerada al juego, la prostitución habitual, algún trastorno mental, la falta de religiosidad, la inafectividad total, la tendencia irrefrenable a la infidelidad conyugal, y en general, todas aquellas cualidades morales de los cónyuges tomadas en su completa significación, especialmente en cuanto se refieren al desarrollo de la convivencia conyugal.
- ³⁷ GABRIELA EISENRING, «La necesaria libertad del consentimiento y su defecto o vicio: el dolo», en Matrimonio, El matrimonio cristiano y su expresión canónica ante el III milenio, Eunsa, Pamplona, 2000, 1095.
- ³⁸ Cfr. Antonio Mostaza Rodríguez, «Aportaciones al consentimiento matrimonial», en Temas Fundamentales en el Nuevo Código, Publicaciones Universidad Pontificia de Salamanca, 1984, 332ss.

Sínodo de la Familia del 2015



La XIV Asamblea General del Sínodo de los Obispos, sobre «la vocación y misión de la familia y en el mundo contemporáneo», se desarrolló del 4 al 25 de octubre.

Precedió una Vigilia de oración con los Padres sinodales, familias, movimientos y asociaciones eclesiales, el sábado 3 de octubre en Plaza de San Pedro. Las luces encendidas pretendían hacer resplandecer la belleza de la familia y del matrimonio.

El domingo 4 presidió el Papa Francisco la Concelebración de Apertura, invitando a toda la Iglesia a unirse al camino común de los pastores con Pedro y bajo Pedro.

Esta asamblea fue la conclusión de un recorrido sinodal iniciado hacía dos años con el envío del primer cuestionario que sirvió para delinear el perfil de la familia en el mundo, sus riquezas y desafíos. La «Relatio Synodi» de la Asamblea extraordinaria originó nuevas preguntas, cuyas respuestas confluyeron en el «Instrumentum laboris» (IL), con el cual los Padres discernirían la vocación y anunciarían la misión de la familia ante esos desafíos.

Participaron los Jefes de las Iglesias Orientales Católicas «suis iuris», los obispos elegidos por el Sínodo de Obispos y Consejos de Jerarcas de las Iglesias Orientales católicas, los Obispos

elegidos por las Conferencias episcopales, 10 religiosos elegidos por la Unión de Superiores Generales, los Responsables de los 25 Dicasterios de la Curia Romana, y los nominados por el Papa. En total, 270 Padres: 42 por oficio, 183 por elección y 45 por nominación pontificia; 54 de África, 64 de América, 36 de Asia, 107 de Europa y 9 de Oceanía; 74 cardenales, 6 Patriarcas, 73 Arzobispos, 102 Obispos, 2 párrocos y 13 religiosos. Invitados: 24 expertos y colaboradores del Secretario Especial, 54 Oyentes y 14 Delegados Fraternos; 17 parejas de esposos entre los Oyentes y una entre los Expertos.

Fue una conmemoración del 50º aniversario de la conclusión del Concilio Vaticano II, y también de la creación del Sínodo de los Obispos por Pablo VI mediante el motu proprio «Apostolica sollicitudo» de Pablo VI.

Una Comisión elaboraba diariamente la Información para la Rueda de Prensa. Se publicaron las conclusiones de los Círculos Menores. Los Padres podían comunicarse a discreción por su propia cuenta. Las fases de elaboración del documento se mantuvieron reservadas. En la Basílica de Santa María Mayor se estuvo haciendo intercesión permanente por el Sínodo. En la primera semana se hacía oración especialmente por los hijos; en la segunda, por los papás; y en la tercera, por los abuelos. Además de la Capilla del Aula

sinodal para los participantes, con las reliquias de Santa Teresita y de los esposos Beltrame Quattrocchi.

El Papa aprobó la nueva metodología en la reunión del Consejo de Secretaría del 25-26 mayo. Se acortaron las intervenciones, distribuidas en varios momentos; aumentaron los Círculos menores; se mantuvo el orden temático. Cada semana se dedicó a una parte del documento. Al final de la tercera semana se dio el tiempo necesario para elaborar el texto final, y se incorporarán los modos propuestos para la aprobación final.

Fue más dinámica y participada por la distribución de intervenciones en el Aula de los 318 Padres con derecho a la palabra, para dedicar mayor tiempo a cada aportación. Se valoró más el trabajo de las 13 sesiones de Círculos Menores por lenguas, donde concretan y participan Oyentes y Delegados Fraternos. Cada Padre intervenía oralmente 3 minutos en aula, aunque entregara relación más amplia. Había una hora para intervenciones libres.

El lunes 5, en la Sesión inaugural, el Presidente Delegado dirigió su saludo al Papa, que abrió los trabajos. Tras la Relación del Secretario General y el Relator General, éste presentó los temas de la primera semana (desafíos: IL 6-36). Con el testimonio de una pareja iniciaron las intervenciones de los Padres (lunes 5 y mañana de martes 6).

Siguieron luego las sesiones de los Círculos Menores (de la tarde del martes 6 a la tarde del jueves 8) para elaborar las «modificaciones» que van madurando el texto. Al término, el relator de cada Círculo presentaba en aula una breve relación del trabajo y entregó las modificaciones propuestas (mañana de viernes 9).

La tarde del viernes 9 se presentó el tema «Discernimiento de la vocación de la familia» (IL 37-68) y los puntos de debate, e iniciaron intervenciones hasta el sábado 10. Lunes 12 y martes 13 se dedicó a Círculos Menores, ofreciendo la relación la mañana del 14. El mismo miércoles

por la tarde se presentó el tercer tema (misión: IL 69-147). Inició la discusión hasta la tarde del jueves 15. El viernes 16 hablaron los Delegados Fraternos y los Oyentes.

El sábado 17 de octubre se conmemoró el 50º aniversario del Sínodo de los Obispos en el Aula Pablo VI, abierto a todos. Hizo Relación conmemorativa Card. Christoph Schönborn. Siguió la comunicación de un representante de cada continente (Card. Vincent Gerald Nichols por Europa; Mons. Francisco Chimoio por África; Card. Riccardo Ezzati Andrello por América; Su Beatitud Louis Raphael I Sako por Asia; Card. Soane Patita Paini Mafi por Oceanía). El Papa pronunció el discurso conclusivo.

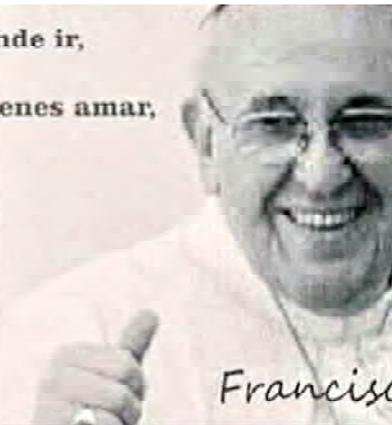
El domingo 18, en la Basílica Vaticana, se celebró la canonización de Ludovico Martin y Maria Azelia Guérin, los Papás de santa Teresita del Niño Jesús, entre otros.

Lunes 19 y mañana del martes 20 continuaron los Círculos Menores, cuya relación y votación se hizo la tarde del martes 20.

La Comisión para la Relación Final iba incorporando las modificaciones: Card. Péter Erdő, Relator General; Secretario General Mons. Bruno Forte; Card. Oswald Gracias (India); Card. Donald William Wuerl (USA); Card. John Atcherley Dew (Nueva Zelanda); Mons. Víctor Manuel Fernández (Argentina); Mons. Mathieu Madega Lebouakehan (Gabon); Mons. Marcello Semeraro (Italia); RP. Adolfo Nicolás Pachón, S.I. (Superiores Generales). La mañana del jueves 22 presentó las modificaciones y se discutieron en aula. El sábado 24 presentó al Aula el texto final y por la tarde se sometió al voto de la Asamblea. Este documento se entregó al Papa, a quien competen las respectivas decisiones.

El domingo 25 el Papa Francisco presidió la Solemne Concelebración de Clausura.

**“Tener un lugar a dónde ir,
se llama Hogar.
Tener personas a quienes amar,
se llama Familia
y tener ambas
se llama Bendición”.**



Instrumentum Laboris

SINODO 2015

El Consejo de Secretaría, con el Papa, elaboró el proyecto de *Lineamenta* del 18 al 19 de noviembre de 2014, compuesto por la *Relatio Synodi* y 46 preguntas, y se envió a los Dicasterios, las Conferencias episcopales y otros entes, invitando



a responder antes del 15 de abril de 2015, tiempo de escuchar lo que el Espíritu dice a las Iglesias (Ap 2,17). Se recibieron 99 respuestas de los organismos de derecho y 359 Observaciones de Diócesis, movimientos y organizaciones civiles. Diversos centros académicos enviaron su contribución, fruto de simposios, convenios y publicaciones. Se nombraron nuevos consultores el 14 de marzo y se consultó a expertos. Del 25 al 26 de mayo, el Consejo de Presidencia con el Papa examinó la Síntesis elaborada por la Secretaría General, y surgió el *Instrumentum laboris*, que se presentó el 23 de junio.

El documento, de casi 80 páginas, se articula en tres partes:

I. La escucha de los desafíos sobre la familia: recoge los resultados del Sínodo extraordinario.

II. El discernimiento de la vocación familiar.

III. La misión de la familia hoy.

Puntos novedosos:

En la I Parte, contexto antropológico-cultural, socio-económico y ecológico; desafíos: pobreza y exclusión, desestabilidad, migraciones, papel de la mujer, afectividad y educación de la sexualidad, bioética (IL 7-27).

La II parte amplía los temas del matrimonio natural y plenitud sacramental, indisolubilidad como don y tarea, vida familiar, unión y fecundidad, dimensión misionera, fe, oración, catequesis, relación Iglesia-familia, miedo a casarse los jóvenes, misericordia.

III parte: familia y evangelización, familia como sujeto pastoral, liturgia nupcial, lenguaje renovado y apertura misionera. «Acompañamiento eclesial» en causas matrimoniales, situaciones irregulares, camino penitencial, matrimonios mixtos y de disparidad de culto, responsabilidad generativa y natalidad, adopción, respeto a la vida, concepción y sus fines naturales, educación de las nuevas generaciones; indigencia de familias por la usura; compromiso socio político del cristiano en favor de la familia.

I Parte:

Capítulo I: Contexto antropológico-cultural

Aunque se acepta como ideal el proyecto de Dios, no se vive: disminuye el número de matrimonios, aun civiles; aumentan los divorcios y separaciones; se acentúan los derechos individuales pisoteando los de los demás y aislándose; hay miedo para asumir un compromiso definitivo. La separación entre sexualidad y procreación

y el individualismo contribuyen al decrecer de población. La movilidad forzada de masas y la visión mercantil de la economía consideran al humano como una cifra de fuerzas de producción sin tomar en cuenta sus necesidades. La debilidad de lazos sociales hace difícil matrimonio y educación. Crece la tendencia a engendrar un hijo como instrumento para la afirmación de sí.

Se pretende alargar el concepto de matrimonio, familia y paternidad, vaciándolos de contenido. La confusión no ayuda a definir lo específico social de tales uniones afectivas, y deja a cada uno la relación entre diferencia, generación, identidad... Las políticas económicas encarecen la manutención de los hijos, el cuidado de los enfermos y ancianos, agravado por la desocupación y la explotación; es preocupante la desnutrición infantil.

Capítulo II: Contexto socio-económico

La familia será siempre el pilar fundamental e irrenunciable de la vida social y escuela de humanidad (GS 52). Pide políticas adecuadas para que no se privatice, y contrarrestar los efectos negativos de la desigualdad e injusticia social.

Hay estrecha relación entre vida familiar y realidad económica: salarios insuficientes, falta de trabajo digno y seguro, tráfico de personas y esclavitudes; el pecado de la inequidad económica (cf CEC 1869); incertidumbre; destrucción del medio ambiente.

Capítulo III: Familia e inclusión

No es concepto de mineralogía: introducir un cuerpo extraño en una piedra preciosa que le quita pureza y disminuye su valor. Al contrario, enriquecen, como parte de la familia, ancianos, viudos, enfermos en fase terminal, migrantes, niños, mujeres: las generaciones se enriquecen y hacen crecer.

Capítulo IV: Familia, afectividad y vida

Papel de la familia en la formación de la afectividad. Problemas por la revolución biotecnológica y por independizar sexo y generación dejando al deseo de cada pareja la vida y generación; pide formación para el matrimonio y acompañamiento familiar.

II Parte

Capítulo I: Pedagogía divina en la historia de la salvación

Belleza e importancia de la familia a la luz de la revelación. Vientre de humanización, escuela de humanidad y socialidad.

Capítulo II: Vida de la Iglesia

Familia como escuela de eclesialidad y de fe. Los valores del sacramento dan plenitud a los del matrimonio natural. La Iglesia debe anunciar esa buena nueva. La familia no es sólo objeto y destinataria de acción pastoral sino también sujeto y protagonista.

Capítulo III: Camino de la familia hacia su plenitud.

Pide misericordia hacia las familias frágiles y heridas. Ayudar a los jóvenes a descubrir la belleza del proyecto de Dios y a contrarrestar sus miedos.

III Parte

Capítulos: *Familia y evangelización; Familia y formación, Familia y acompañamiento eclesial; y Familia, reproducción, educación.*

La familia es ámbito y sujeto de evangelización: ternura, gozo de amar. El rito matrimonial habla de obra de Dios y conversión. Y es ámbito de formación: preparación al matrimonio, pide adecuada formación del clero y demás agentes, acompañamiento, vida pública, vida cotidiana. Da relevancia a la fe de los novios.

Reitera la importancia de la transmisión de la vida, denuncia el desafío de la disminución de nacimientos, la responsabilidad generativa de los esposos que relaciona con el misterio intangible de la vida, y recomienda la adopción y confío de los hijos, así como el compromiso educativo de la familia.

El arte del acompañamiento es un aspecto fundamental en la pastoral familiar, sobre todo para quienes viven en matrimonio civil o convivencia, las «familias heridas (separados, divorciados solos, divorciados en nueva unión, familias monoparentales). Los separados y divorciados fieles al vínculo deben ser sostenidos por la

acción de la Iglesia. A todos debe anunciar que Dios no los deja solos.

Hablando del cuidado pastoral de quienes viven en matrimonio civil o libre convivencia, pide destrabar los procedimientos en casos de nulidad matrimonial (114), para lo cual el Papa Francisco estableció el año anterior una comisión especial, que examine ventajas y riesgos de única sentencia (en vez de la doble establecida por Benedicto XIV en 1741), según la experiencia de Estados Unidos; y posibilidad de un proceso sumario (cf CIC 1656-1670; Clemente V, decretal Saepe) en casos de nulidad patente (115).

Insiste en lograr líneas comunes para la integración de los divorciados vueltos a casar civilmente en la comunidad cristiana, definiendo un

camino penitencial, distinguiendo la comunión espiritual, atendiendo la praxis ortodoxa. Y recomienda una atención a las familias donde viven personas con tendencia homosexual.

La sacramentalidad del matrimonio no es consecuencia de una voluntad expresada por las partes dirigida al sacramento, sino del hecho de que dos partes bautizadas re-presentan a Cristo y a la Iglesia constituyendo un matrimonio de acuerdo a la voluntad del Creador.

Conclusión

Es fruto de la colegialidad en camino al Sínodo conmemorativo de 50 años del Concilio y del Sínodo de los Obispos y su relación al Jubileo de la Misericordia.

EXHORTACIÓN APOSTÓLICA POST-SINODAL

Amoris Laetitia

(La lógica de la misericordia pastoral)

El 8 abril 2016, en la Oficina de Prensa de la Santa Sede, se presentó la exhortación apostólica «Amoris Laetitia» (La alegría del amor), firmada por el Papa Francisco el 19 marzo, solemnidad de San José. El título está en plena continuidad con «Evangelii Gaudium»: de la alegría del Evangelio a la alegría del amor en la familia. El recorrido sinodal ha redescubierto la belleza de la familia hablando del amor que constituye el fundamento de la institución familiar, porque Dios es amor entre Personas, y la Trinidad no es soledad. El trabajo de los padres sinodales recoge la pluralidad de experiencias y puntos de vista de las Iglesias particulares. El debate entre opiniones diversas se desarrolló con libertad y franqueza, lo que permitió lograr un resultado casi unánimemente compartido.

La Exhortación quiere confirmar con fuerza, no el «ideal» de la familia, sino su realidad rica y compleja. Hay en sus páginas una mirada abierta, profundamente positiva, que se nutre no de abs-

tracciones o proyecciones ideales, sino de una atención pastoral a la realidad. El documento es una lectura densa de sugerencias espirituales y de sabiduría práctica, útil a cada pareja humana o a personas que desean construir una familia. Es fruto de una experiencia concreta con personas que saben por experiencia qué es la familia y el vivir juntos por muchos años. La Exhortación habla de hecho el lenguaje de la experiencia.

El tiempo permite encontrar las soluciones más adecuadas a las diferentes situaciones... Por ejemplo: preparación al matrimonio, educación de los hijos, superación del luto. La clave de lectura es la lógica de la misericordia pastoral. El Papa afirma claramente la doctrina sobre el matrimonio y la familia y la propone como ideal irrenunciable. Pero no se olvida de prestar atención a la fragilidad de las familias e incluso a su fracaso dejando espacio a la misericordia del Señor que nos estimula a hacer el bien posible.

La base fundamental de la exhortación son los documentos finales de las dos asambleas sinodales

sobre la familia. Hace numerosas referencias a Padres de la Iglesia, a autores contemporáneos (de Erich Fromm, a Santa Teresa de Lisieux pasando por Dietrich Bonhoeffer, Jorge Luis Borges, Martin Luther King, Octavio Paz, Mario Benedetti) y a documentos pontificios.

No debería esperarse una nueva normativa general de tipo canónica aplicable a todos los casos. El discernimiento se produce través de la conversación con el sacerdote en el fuero interno, para la formación de un juicio correcto sobre aquello que obstaculiza la posibilidad de una participación más plena en la vida de la Iglesia y los pasos que pueden favorecerla y hacerla crecer. A la hora de acompañar a la fragilidad y de curar las heridas, el principio de gradualidad en la pastoral refleja la pedagogía divina: así como Dios cuida de todos sus hijos, comenzando por los más débiles y distantes, del mismo modo la Iglesia mira con amor a quienes participan en su vida de modo imperfecto porque se trata de integrar a todos en la vida de la comunidad eclesial. No limitándose a las situaciones «irregulares», revela el amplio horizonte de la gracia inmerecida y de la misericordia incondicional para todos, en cualquier situación en que se encuentren. La misericordia es la plenitud de la justicia y la manifestación más luminosa de la verdad de Dios.

Todos nosotros, independientemente del matrimonio y la situación familiar en la que nos encontramos, estamos en camino. El Santo Padre habla de todas las situaciones sin catalogar, sin categorizar, con una mirada fundamental de benevolencia que tiene algo que ver con el corazón de Dios y los ojos de Jesús, que no excluyen a nadie, acogen a todos y a todos conceden la alegría del Evangelio.

Discernir y acompañar no se aplican únicamente a las situaciones irregulares, sino que valen para todas las personas, para cada matrimonio y para cada familia. Supera la neta división

artificiosa entre «regular» e «irregular» y pone a todos bajo la instancia común del Evangelio: «Dios encerró a todos en la rebeldía para usar con todos ellos misericordia».

¿Es relativismo, permisivismo, laxitud? «Los cristianos no podemos renunciar a proponer el matrimonio con el fin de no contradecir la sensibilidad actual, para estar a la moda, o por sentimientos de inferioridad frente al descalabro moral y humano. Estaríamos privando al mundo de



los valores que podemos y debemos aportar. Es verdad que no tiene sentido quedarnos en una denuncia retórica de los males actuales, como si con eso pudiéramos cambiar algo. Tampoco sirve pretender imponer normas por la fuerza de la autoridad. Nos cabe un esfuerzo más responsable y generoso, que consiste en presentarlas razones y las motivaciones para optar por el matrimonio y la familia, de manera que las personas estén mejor dispuestas a responder a la gracia que Dios les ofrece».

A veces nuestro modo de presentar las convicciones cristianas, y la forma de tratar a las personas, han ayudado a provocar lo que lamentamos. «Hemos presentado un ideal teológico del matrimonio demasiado abstracto, casi artificialmente construido, lejano de la situación concreta y de las posibilidades efectivas de las familias reales».

«Estamos llamados a formar las conciencias, pero no a pretender sustituirlas». Es el discernimiento el que hace de la persona una personalidad

madura, y el camino cristiano es ayudar al logro de esta madurez personal... Solo donde ha madurado este discernimiento personal es posible alcanzar un discernimiento pastoral, importante sobre todo en situaciones que no responden plenamente a lo que el Señor nos propone».

«No podremos alentar un camino de fidelidad y entrega recíproca si no estimulamos el crecimiento, la consolidación y la profundización del amor conyugal y familiar». El amor se trata de un proceso dinámico en el cual puede crecer, pero también enfriarse y quedar herido con lacerantes experiencias de fracaso de las relaciones. La Iglesia es el campamento donde se sanen estas heridas, el lugar en el cual se experimente la misericordia de Dios.

Se trata de un itinerario de acompañamiento y de discernimiento que orienta a estos fieles a la toma de conciencia de su situación ante Dios, sin prescindir de las exigencias de verdad y de caridad del Evangelio propuesto por la Iglesia.

No nos ofrece una casuística de recetas, sino simplemente nos recuerda que «el confesionario no debe ser una sala de tortura, sino el lugar de la misericordia del Señor» y la Eucaristía «no es un premio para los perfectos, sino un generoso remedio y un alimento para los débiles». El amor es la brújula que nos indica el camino, es la meta y el camino mismo. Porque Dios es amor y el amor es de Dios. Nada es tan exigente como el amor. El amor no se puede comprar. El camino no es fácil pero es pleno de alegría.

Tiene nueve capítulos y 324 párrafos. En las primeras líneas el Papa escribe que «no todas las discusiones doctrinales, morales o pastorales deben ser resueltas con intervenciones del magisterio».

Capítulo I: «A la luz de la Palabra»

La Palabra de Dios «no se muestra como un secuencia de tesis abstractas, sino como una compañera de viaje también para las familias que están en crisis o en medio de algún dolor, y les muestra la meta del camino».

Capítulo II: «La realidad y los desafíos de la familia»

El individualismo exagerado hace difícil hoy la entrega a otra persona de manera generosa: «Se teme la soledad, se desea un espacio de protección y de fidelidad, pero al mismo tiempo crece el temor de ser atrapado por una relación que pueda postergar el logro de las aspiraciones personales». Las familias no se sostienen «solamente insistiendo sobre cuestiones doctrinales, bioéticas y morales, sin motivar la apertura a la gracia».

Capítulo III: «La mirada puesta en Jesús: la vocación de la familia»

Algunos elementos esenciales de la enseñanza de la Iglesia acerca del matrimonio y la familia. La mirada es amplia e incluye la temática de las «situaciones imperfectas». La reflexión incluye también a las «familias heridas», hay que evitar los juicios que no toman en cuenta la complejidad de las diversas situaciones, y hay que estar atentos al modo en que las personas viven y sufren a causa de su condición».

Capítulo IV: «El amor en el matrimonio»

El amor en el matrimonio, a partir del «himno al amor» de san Pablo. Contribución extremadamente rica y preciosa para la vida cristiana de los cónyuges. «Una combinación de alegrías y fatigas, de tensiones y reposo, de sufrimientos y liberación, de satisfacciones y búsquedas, de fastidios y placeres» es, precisamente, el matrimonio.

Capítulo V: «El amor que se vuelve fecundo»

Habla de recibir una vida nueva. Del amor de padre y de madre, pero también primos, parientes e incluso amigos.

Capítulo VI: «Algunas perspectivas pastorales»

El Papa afronta algunas vías pastorales que orientan para construir familias sólidas y fecundas según el plan de Dios: Guiar a los novios, acompañar a los esposos. No se les puede abandonar en las crisis, sabiendo que «cada crisis esconde una buena noticia que hay que saber escuchar afinando el oído del corazón». También del acompañamiento de las personas abandonadas, separadas y divorciadas.

Capítulo VII: «Reforzar la educación de los hijos»

Esta todo dedicado a la educación de los hijos: su formación ética, el valor de la sanción como estímulo, el paciente realismo, la educación sexual, la transmisión de la fe, y más en general, la vida familiar como contexto educativo. Debe realizarse «en el cuadro de una educación al amor, a la recíproca donación».

Capítulo VIII: «Acompañar, discernir e integrar la fragilidad»

Es el capítulo más delicado. Confirma qué es el matrimonio cristiano, añadiendo que «otras formas de unión contradicen radicalmente este ideal. Valorar los elementos constructivos en aquellas «situaciones que no corresponden a su enseñanza sobre el matrimonio». «Se trata de integrar a todos, se debe ayudar a cada uno a encontrar su propia manera de participar en la comunidad eclesial, para que se sienta objeto de misericordia.

Capítulo IX: «Espiritualidad conyugal y familiar»

Espiritualidad conyugal y familiar, «hecha de miles de gestos reales y concretos».

Dios nos ha concedido un tesoro de documentos ante la realidad tan delicada que tienen nuestras familias, de ahí que la exhortación nos puede ofrecer muchas luces para responder a los problemas de las familias de hoy. Es una Exhortación entusiasta y positiva, a la vez que tierna y motivadora, en la cual todas las familias se pueden sentir tomadas en cuenta, tanto las que se esmeran por vivir según el espíritu de Cristo en su Evangelio, como las que se sienten heridas, confundidas, desalentadas; tanto para incrementar la alegría del amor, como para sanar de los tropiezos y descabros de la vida y que han dejado huella profunda.

Es también una cálida invitación a los jóvenes, varones y mujeres, ya sea a quienes sueñan como a quienes pretenden descartar o ya descartaron la perspectiva del matrimonio. No es una condena a quienes viven el amor de manera imperfecta o

torcida, sino una motivación para caminar en el proceso del matrimonio natural y como sacramento, que en verdad llena las expectativas y los sueños para colmar la alegría de amar.

Dicha Exhortación es también una herramienta muy sugerente para quienes colaboran en el servicio pastoral en bien de las familias. Es un texto sólidamente bíblico. Por ejemplo profundiza el Salmo 128 y el «himno al amor» de 1Cor 13,4-7, con abundantes sugerencias que deleitan a jóvenes o a matrimonios de pocos o muchos años de relación conyugal.

Es un texto poético: embelesa a todo aquel que ama y quiere amar más, lo mismo que a quien ha perdido el rumbo en el amor. Es un texto didáctico: con lenguaje accesible y cercano, motiva desde la psicología, la pedagogía, en un proceso gradualmente creciente y que incluye tanto madurez humana como cristiana. No se puede leer de prisa. Es necesario leer, dejar la lectura y meditar, luego volver al texto. Hacer anotaciones, identificarse en el proceso, comprometerse a ahondar en la propia vida y relación.

El Papa Francisco insiste en la alegría: nos había hablado de la Alegría del Evangelio; ahora lo hace sobre la Alegría del Amor. Dejémosnos seducir por Dios que a través del Papa quiere renovar nuestra vida. Somos conscientes de las fatigas y tribulaciones de cada día. Como el Papa nos convoca a que «no nos roben la esperanza», ahora lo hace para que no nos roben la alegría, a pesar de tantas maldades en nuestro interior y en nuestro derredor.

El plan de Dios es de alegría. Así Dios nos ama y así quiere que amemos y lo ha sembrado en nuestra mente y en nuestro corazón. Hagámoslo empezando por la propia familia; luego vayamos en familia a otras familias. A pesar de tanta violencia y corrupción, hagamos el pacto de vivir con la alegría de amar.

Como sugerencia: leamos algunas partes del texto en pareja, en familia o en grupos de parejas y escuchemos los admirables comentarios que brotarán de los demás. Con toda seguridad nos vamos a nutrir unos a otros.

RESUMEN DE LA EXHORTACIÓN APOSTÓLICA POSTSINODAL

«Amoris Laetitia»

Premisa

La Exhortación impresiona por su amplitud y articulación. Se subdivide en 9 capítulos y más de 300 párrafos. 7 párrafos introductorios que ponen en plena luz la conciencia de la complejidad del tema y la profundización que requiere. Las intervenciones de los Padres en el Sínodo han compuesto un «precioso poliedro» que debe ser preservado. «No todas las discusiones doctrinales, morales o pastorales deben ser resueltas con intervenciones del magisterio». Por lo tanto para algunas cuestiones «en cada país o región se deben buscar soluciones más inculturadas, atentas a la tradiciones y a los desafíos locales. Las culturas son muy diversas entre sí y todo principio general tiene necesidad de ser inculturado, si quiere ser observado y aplicado. Este principio de inculturación resulta importante incluso en el modo de plantear y comprender los problemas que, más allá de las cuestiones dogmáticas bien definidas del Magisterio de la Iglesia, no puede ser «globalizado».

Es necesario salir de la estéril contraposición entre la ansiedad de cambio y la aplicación pura y simple de normas abstractas. «Los debates que se dan en los medios de comunicación, en las publicaciones y aún entre ministros de la Iglesia, van desde un deseo desenfrenado de cambiar todo sin suficiente reflexión o fundamentación, hasta la actitud de pretender resolver todo aplicando normativas generales o extrayendo conclusiones excesivas de algunas reflexiones teológicas».

Capítulo primero: «A la luz de la Palabra»

Es una meditación sobre el Salmo 128, característico de la liturgia nupcial tanto judía como cristiana. La Biblia «está poblada de familias, de generaciones, de historias de amor y de crisis

familiares» y a partir de este dato se puede meditar cómo la familia no es un ideal abstracto sino un «trabajo ‘artesanal’» que se expresa con ternura pero se ha confrontado con el pecado desde el inicio, cuando la relación de amor se transforma en dominio. La Palabra de Dios «no se muestra como un secuencia de tesis abstractas, sino como una compañera de viaje también para las familias que están en crisis o en medio de algún dolor, y les muestra la meta del camino».

Capítulo segundo: «La realidad y los desafíos de la familia»

A partir del terreno bíblico, el Papa considera la situación actual de las familias, poniendo «los pies sobre la tierra», recurriendo ampliamente a las Relaciones conclusivas de los dos Sínodos y afrontando numerosos desafíos, desde el fenómeno migratorio a las negociaciones ideológicas de la diferencia de sexos («ideología de género»); desde la cultura de lo provisorio a la mentalidad antinatalista y al impacto de la biotecnología en el campo de la procreación; de la falta de casa y trabajo a la pornografía y abuso de menores; de la atención a personas con discapacidad, al respeto a los ancianos; de la desconstrucción jurídica de la familia, a la violencia contra las mujeres. Las cosas concretas y el realismo ponen una substancial diferencia entre teoría de interpretación de la realidad e «ideologías».

Citando «Familiares consorcio» afirma que es sano prestar atención a la realidad concreta, porque las exigencias y llamadas del Espíritu resuenan también en los acontecimientos mismos de la historia, a través de los cuales «la Iglesia puede ser guiada a una comprensión más profunda del inagotable misterio del matrimonio y de la familia». Sin escuchar la realidad no es posible comprender las exigencias del presente ni los llamados del Espíritu. El individualismo exagerado

hace difícil hoy la entrega a otra persona de manera generosa. «Se teme la soledad, se desea un espacio de protección y de fidelidad, pero al mismo tiempo crece el temor de ser atrapado por una relación que pueda postergar el logro de las aspiraciones personales» .

La humildad del realismo ayuda a no presentar «un ideal teológico del matrimonio demasiado abstracto, casi artificialmente construido, lejano de la situación concreta y de las posibilidades efectivas de las familias reales». El matrimonio es «un camino dinámico de crecimiento y realización». Por esto no es necesario tampoco creer que las familias se sostienen «solamente insistiendo sobre cuestiones doctrinales, bioéticas y morales, sin motivar la apertura a la gracia». Invitando a una cierta «autocrítica» de una presentación no adecuada de la realidad matrimonial y familiar, el Papa insiste que es necesario dar espacio a la formación de la conciencia de los fieles: «Estamos llamados a formar las conciencias no a pretender sustituirlas» (AL 37). Jesús proponía un ideal exigente pero «no perdía jamás la cercana compasión con las personas más frágiles como la samaritana o la mujer adúltera» .

Capítulo tercero: «La mirada puesta en Jesús: la vocación de la familia»

El tercer capítulo está dedicado a algunos elementos esenciales de la enseñanza de la Iglesia acerca del matrimonio y la familia. Este capítulo ilustra de manera sintética en 30 párrafos la vocación de la familia según el Evangelio, como la ha entendido la Iglesia en el tiempo, en temas como indisolubilidad, sacramentalidad del matrimonio, transmisión de la vida y educación de los hijos. Cita ampliamente «Gaudium et spes», «Humanae vitae», «Familiaris consortio».

La mirada es amplia e incluye también las «situaciones imperfectas». «El discernimiento de la presencia de las ‘semillas del Verbo’ en otras culturas puede ser aplicado también a la realidad matrimonial y familiar. Fuera del verdadero matrimonio natural también hay elementos positivos presentes en las formas matrimoniales de otras tradiciones religiosas’, aunque tampoco falten las sombras». Incluye también a las «fami-

lias heridas», citando la Relatio finalis del Sínodo 2015: «siempre es necesario recordar un principio general: «Sepan los pastores que, por amor a la verdad, están obligados a discernir bien las situaciones». El grado de responsabilidad no es igual en todos los casos, y puede haber factores que limitan la capacidad de decisión. Por lo tanto, al mismo tiempo que la doctrina debe expresarse con claridad, hay que evitar los juicios que no toman en cuenta la complejidad de las diversas situaciones, y hay que estar atentos al modo en que las personas viven y sufren a causa de su condición».

Capítulo cuarto: «El amor en el matrimonio»

Ilustra el amor en el matrimonio a partir del «himno al amor» (1Co 13,4-7). Es una exégesis atenta, puntual, inspirada y poética del texto paulino. Se trata de una colección de fragmentos de un discurso amoroso atento a describir el amor humano en términos muy concretos. Impresiona la capacidad de introspección psicológica que sella esta exégesis. La profundización psicológica entra en el mundo de las emociones de los conyugues –positivas y negativas- y en la dimensión erótica del amor. Es una contribución extremadamente rica y preciosa para la vida cristiana de los conyugues, sin parangón en documentos papales.

Constituye un tratado dentro del desarrollo más amplio, plenamente consciente de la cotidianidad del amor que es enemiga de todo idealismo: «no hay que arrojar sobre dos personas limitadas el tremendo peso de tener que reproducir de manera perfecta la unión que existe entre Cristo y su Iglesia, porque el matrimonio como signo implica «un proceso dinámico, que avanza gradualmente con la progresiva integración de los dones de Dios». Pero por otra parte el Papa insiste de manera fuerte y decidida sobre el hecho de que «en la naturaleza misma del amor conyugal está la apertura a lo definitivo», al interior de esa «combinación de alegrías y fatigas, de tensiones y reposo, de sufrimientos y liberación, de satisfacciones y búsquedas, de fastidios y placeres» es, precisamente, el matrimonio.

Concluye con una reflexión muy importante sobre la «transformación del amor» porque «la prolongación de la vida hace que se produzca algo que no era común en otros tiempos: la relación íntima y la pertenencia mutua deben conservarse por cuatro, cinco o seis décadas, y esto se convierte en una necesidad de volver a elegirse una y otra vez». El aspecto físico cambia y la atracción amorosa no disminuye pero cambia: el deseo sexual con el tiempo se puede transformar en deseo de intimidad y «complicidad». «No podemos prometernos tener los mismos sentimientos durante toda la vida. En cambio, sí podemos tener un proyecto común estable, comprometernos a amarnos y a vivir unidos hasta que la muerte nos separe, y vivir siempre una rica intimidad».

Capítulo quinto: «El amor que se vuelve fecundo»

Se concentra sobre la fecundidad y generatividad del amor. Se habla de manera espiritual y psicológicamente profunda del recibir una vida nueva, de la espera propia del embarazo, del amor de madre y de padre. Pero también de la fecundidad ampliada, de la adopción, de la aceptación de la contribución de las familias para promover la «cultura del encuentro», de la vida de la familia en sentido amplio, con la presencia de los tíos, primos, parientes de parientes, amigos. No toma en consideración la familia «mononuclear», consciente de la familia como amplia red de relaciones. La misma mística del sacramento del matrimonio tiene un profundo carácter social. Y al interno de esta dimensión el Papa subraya en particular tanto el rol específico de la relación entre jóvenes y ancianos, como la relación entre hermanos y hermanas como práctica de crecimiento en relación con los otros.

Capítulo sexto: «Algunas perspectivas pastorales»

El Papa afronta algunas vías pastorales que orientan para construir familias sólidas y fecundas según el plan de Dios. Hace amplio recurso a las Relaciones conclusivas de los dos Sínodos y a las catequesis del Papa Francisco y de Juan Pablo

II. Las familias son sujeto y no sólo objeto de evangelización. «A los ministros ordenados les suele faltar formación adecuada para tratar los complejos problemas actuales de las familias». Si es necesario mejorar la formación psicoafectiva de los seminaristas e involucrar más a las familias en la formación al ministerio, «puede ser útil la experiencia de la larga tradición oriental de los sacerdotes casados».

Después afronta el tema de guiar a los novios en el camino de la preparación al matrimonio, de acompañar a los esposos en los primeros años de vida matrimonial (incluido el tema de la paternidad responsable), y también en algunas situaciones complejas y en particular en las crisis, sabiendo que «cada crisis esconde una buena noticia que hay que saber escuchar afinando el oído del corazón». Se analizan algunas causas de crisis, entre las cuales un retraso en la maduración afectiva.

Entre otras cosas se habla también del acompañamiento de las personas abandonadas, separadas y divorciadas y subraya la importancia de la reforma de los procedimientos para el reconocimiento de los casos de nulidad matrimonial. Pone de relieve el sufrimiento de los hijos en las situaciones de conflicto: «El divorcio es un mal, y es muy preocupante el crecimiento del número de divorcios. Por eso nuestra tarea pastoral más importante con respecto a las familias, es fortalecer el amor y ayudar a sanar las heridas, de manera que podamos prevenir el avance de este drama de nuestra época».

Se tocan después las situaciones de matrimonios mixtos y de aquellos con disparidad de culto, y las situaciones de las familias que tienen en su interior personas con tendencia homosexual, confirmando el respeto en relación a ellos y el rechazo de toda injusta discriminación y de toda forma de agresión o violencia. Pastoralmente preciosa es la parte final del capítulo; «Cuando la muerte planta su aguijón», sobre el tema de la pérdida de las personas queridas y la viudez.

Capítulo séptimo: «Reforzar la educación de los hijos»

Está todo dedicado a la educación de los hijos: su formación ética, el valor de la sanción como

estímulo, el paciente realismo, la educación sexual, la transmisión de la fe, y más en general, la vida familiar como contexto educativo. Es interesante la sabiduría práctica que transparenta en cada párrafo y sobre todo la atención a la gradualidad y a los pequeños pasos «que puedan ser comprendidos, aceptados y valorados».

En un párrafo particularmente significativo y pedagógicamente fundamental Francisco afirma que «la obsesión no es educativa, y no se puede tener un control de todas las situaciones por las que podría llegar a pasar un hijo. Si un padre está obsesionado por saber dónde está su hijo y por controlar todos sus movimientos, sólo buscará dominar su espacio. De ese modo no lo educará, no lo fortalecerá, no lo preparará para enfrentar los desafíos. Lo que interesa sobre todo es generar en el hijo, con mucho amor, procesos de maduración de su libertad, de capacitación, crecimiento integral, cultivo de la auténtica autonomía».

Notable es la sección dedicada a la educación sexual titulada: «Sí a la educación sexual». Se sostiene su necesidad y se nos pregunta «si nuestras instituciones educativas han asumido este desafío en una época en que se tiende a banalizar y a empobrecer la sexualidad». Debe realizarse «en el cuadro de una educación al amor, a la recíproca donación». Pone en guardia ante la expresión «sexo seguro», porque transmite «una actitud negativa hacia la finalidad procreativa natural de la sexualidad, como si un posible hijo fuera un enemigo del cual hay que protegerse. Así se promueve la agresividad narcisista en lugar de la acogida».

Capítulo octavo: «Acompañar, discernir e integrar la fragilidad»

Constituye una invitación a la misericordia y al discernimiento pastoral frente a situaciones que no responden plenamente a aquello que el Señor propone. El Papa usa tres verbos muy importantes: «acompañar, discernir e integrar», fundamentales para afrontar situaciones de fragilidad, complejas o irregulares. Presenta la necesaria gradualidad en la pastoral, la importancia del discernimiento, las normas y circunstancias atenuantes en el discernimiento pastoral y en fin,

la «lógica de la misericordia pastoral».

El capítulo octavo es muy delicado. Para leerlo se debe recordar que «a menudo, la tarea de la Iglesia asemeja a la de un hospital de campaña». Asume el fruto de las reflexiones del Sínodo sobre temáticas controvertidas. Confirma qué es el matrimonio cristiano y agrega que «otras formas de unión contradicen radicalmente este ideal, pero algunas lo realizan al menos de modo parcial y análogo». La Iglesia «no deja de valorar los elementos constructivos en aquellas situaciones que no corresponden todavía o ya no corresponden más a su enseñanza sobre el matrimonio».

En relación al «discernimiento» acerca de las situaciones «irregulares», «hay que evitar los juicios que no toman en cuenta la complejidad de las diversas situaciones, y es necesario estar atentos al modo en que las personas viven y sufren a causa de su condición». «Se trata de integrar a todos, se debe ayudar a cada uno a encontrar su propia manera de participar en la comunidad eclesial, para que se sienta objeto de una misericordia ‘inmerecida, incondicional y gratuita’. «Los divorciados en nueva unión, por ejemplo, pueden encontrarse en situaciones muy diferentes, que no han de ser catalogadas o encerradas en afirmaciones demasiado rígidas sin dejar lugar a un adecuado discernimiento personal y pastoral».

Acogiendo las observaciones de muchos Padres sinodales, afirma que «los bautizados que se han divorciado y se han vuelto a casar civilmente deben ser más integrados en la comunidad cristiana en las diversas formas posibles, evitando cualquier ocasión de escándalo». «Su participación puede expresarse en diferentes servicios eclesiales. Ellos no sólo no tienen que sentirse excomulgados, sino que pueden vivir y madurar como miembros vivos de la Iglesia. Esta integración es también necesaria para el cuidado y la educación cristiana de sus hijos, que deben ser considerados los más importantes».

«Si se tiene en cuenta la innumerable diversidad de situaciones concretas, no debería esperarse del Sínodo o de esta Exhortación una nueva normativa general de tipo canónica, aplicable a todos los casos. Sólo cabe un nuevo aliento a un

responsable discernimiento personal y pastoral de los casos particulares, que debería reconocer que, puesto que «el grado de responsabilidad no es igual en todos los casos», las consecuencias o efectos de una norma no necesariamente deben ser siempre las mismas».

El Papa desarrolla de modo profundo exigencias y características del camino de acompañamiento y discernimiento en diálogo profundo entre fieles y pastores. Llama a la reflexión de la Iglesia «sobre los condicionamientos y circunstancias atenuantes» en lo que referente a la imputabilidad y la responsabilidad de las acciones y, apoyado en Santo Tomás de Aquino, se detiene sobre la relación entre «normas y discernimiento»: «Es verdad que las normas generales presentan un bien que nunca se debe desatender ni descuidar, pero en su formulación no pueden abarcar absolutamente todas las situaciones particulares. Al mismo tiempo, hay que decir que, precisamente por esa razón, aquello que forma parte de un discernimiento práctico ante una situación particular no puede ser elevado a la categoría de una norma».

En la última sección: «la lógica de la misericordia pastoral», para evitar equívocos, reafirma con fuerza: «Comprender las situaciones excepcionales nunca implica ocultar la luz del ideal más pleno ni proponer menos que lo que Jesús ofrece al ser humano. Hoy, más importante que una pastoral de los fracasos es el esfuerzo pastoral para consolidar los matrimonios y así prevenir las rupturas».

El sentido general del capítulo y del espíritu que el Papa quiere imprimir a la pastoral de la Iglesia se resume en las palabras finales: «Invito a los fieles que están viviendo situaciones complejas, a que se acerquen con confianza a conversar con sus pastores o con laicos que viven entregados al Señor. No siempre encontrarán en ellos una confirmación de sus propias ideas o deseos, pero seguramente recibirán una luz que les permita comprender mejor lo que les sucede y podrán descubrir un camino de maduración personal. E invito a los pastores a escuchar con afecto y serenidad, con el deseo sincero de entrar en el

corazón del drama de las personas y de comprender su punto de vista, para ayudarles a vivir mejor y a reconocer su propio lugar en la Iglesia». Sobre la «lógica de la misericordia pastoral» afirma con fuerza: «A veces nos cuesta mucho dar lugar en la pastoral al amor incondicional de Dios. Ponemos tantas condiciones a la misericordia que la vaciamos de sentido concreto y de significación real, y esa es la peor manera de licuar el Evangelio» .

Capítulo noveno: «Espiritualidad conyugal y familiar»

La espiritualidad conyugal y familiar está «hecha de miles de gestos reales y concretos». «Quienes tienen hondos deseos espirituales no deben sentir que la familia los aleja del crecimiento en la vida del Espíritu, sino que es un camino que el Señor utiliza para llevarles a las cumbres de la unión mística». Todo, «los momentos de gozo, el descanso o la fiesta, y aun la sexualidad, se experimentan como una participación en la vida plena de su Resurrección». Habla entonces de la oración a la luz de la Pascua, de la espiritualidad del amor exclusivo y libre en el desafío y el anhelo de envejecer y gastarse juntos, reflejando la fidelidad de Dios. Una espiritualidad «del cuidado, de la consolación y el estímulo». «Toda la vida de la familia es un «pastoreo» misericordioso. Cada uno, con cuidado, pinta y escribe en la vida del otro». Es una honda «experiencia espiritual contemplar a cada ser querido con los ojos de Dios y reconocer a Cristo en él».

En el párrafo conclusivo el Papa afirma: «ninguna familia es una realidad perfecta y confeccionada de una vez para siempre, sino que requiere una progresiva maduración de su capacidad de amar... Todos estamos llamados a mantener viva la tensión hacia un más allá de nosotros mismos y de nuestros límites, y cada familia debe vivir en ese estímulo constante. ¡Caminemos familias, sigamos caminando! No desesperemos por nuestros límites, pero tampoco renunciemos a buscar la plenitud de amor y de comunión que se nos ha prometido» .

La Exhortación apostólica concluye con la Oración a la Sagrada Familia .

EL EVANGELIO DE LA FAMILIA

Cristo necesita familias para recorrer al mundo la dignidad del amor humano y la belleza de la vida familiar. Nadie en la comunidad eclesial puede desentenderse de esta misión. La familia es buena noticia, porque tiene una misión de vida, fundamental, expresión de la naturaleza humana, creada por Dios, llamada a crecer y profundizarse en el encuentro con su Creador.

La familia es vida, amor, misericordia; es el nido que nos recibió cuando venimos al mundo, el espacio donde crecimos, donde las cosas se hacen por amor, donde damos y recibimos comprensión, aceptación, amor y perdón. Por muy herida que pueda estar una familia, puede crecer gracias al amor. «Cristo sale al encuentro de los esposos cristianos en el sacramento del matrimonio» (GS 48). En la Encarnación asume el amor humano, lo purifica, lo lleva a plenitud, y dona a los esposos, con su Espíritu, la capacidad de vivirlo, impregnando su vida de fe, esperanza y caridad.

El Hijo de Dios se encarnó en la familia de Nazaret, donde estuvo treinta años trabajando, orando y viviendo la tradición. Inició sus signos mesiánicos en la fiesta nupcial de Caná (cf. Jn 2,1-11), compartió con la familia de Betania (cf. Lc 10,38), atendió a los padres que lloraban la muerte de sus hijos (Mc 5,41)

Jesús volvió a llevar a su forma original a la familia y al matrimonio (cf. Mc 10,1-12), redimiéndolos como alianza de amor entre Cristo y la Iglesia (cf. Ef 5,21-32) y restaurándolos a imagen de la Trinidad (cf. Gn 1,26). Dios Trinidad tiene características familiares: es comunión de personas, paternidad, filiación, amor.

Los esposos son consagrados mediante una gracia propia, edifican el cuerpo de Cristo y cons-

tituyen una Iglesia doméstica. El sacramento del matrimonio no es una convención social, un rito vacío o el mero signo externo de un compromiso, sino un don para la santificación. La recíproca pertenencia de los esposos es signo sacramental de la relación de Cristo con la Iglesia. Es recuerdo permanente de lo que sucedió en la Cruz.

En la aceptación mutua y con la gracia de Cristo, fundamentados en el Bautismo, los novios se prometen entrega total, fidelidad y apertura a la vida, y reconocen como elementos del matrimonio los dones que Dios les ofrece, tomando en serio su mutuo compromiso, en su nombre y frente a la Iglesia. Representan el desposorio del Hijo de Dios con la natura-



leza humana y anticipan las bodas del Cordero.

Casarse expresa que se abandonó el nido materno para tejer otros lazos fuertes y asumir una nueva responsabilidad ante otra persona. Esto vale mucho más que una mera asociación espontánea para la gratificación mutua, que sería una privatización del matrimonio. Éste, como institución social, es protección y cauce para el compromiso mutuo, la maduración del amor, para que la opción por el otro crezca en solidez, concretización y profundidad, y pueda cumplir su misión en la sociedad.

El matrimonio va más allá de una moda pasajera. Su esencia está arraigada en la naturaleza de la persona humana y su carácter social. Expresa la decisión real y efectiva de convertir dos caminos en uno solo, pase lo que pase y a pesar de cualquier desafío. En un «sí» dado al otro sin reservas ni restricciones: que siempre podrá confiar, que no será abandonado cuando pierda atractivo, haya dificultades o se ofrezcan nuevas opciones de placer o intereses egoístas.

Oración a la Sa gra da Fa mi lia

Jesús, María y José
en ustedes contemplamos
el esplendor del verdadero amor,
a ustedes, confiados, nos dirigimos.

Santa Familia de Nazaret,
haz también de nuestras familias
lugar de comunión y cenáculo de oración,
auténticas escuelas del Evangelio
y pequeñas iglesias domésticas.

Santa Familia de Nazaret,
que nunca más haya en las familias episodios
de violencia, de cerrazón y división;
que quien haya sido herido o escandalizado
sea pronto consolado y curado.

Santa Familia de Nazaret,
haz tomar conciencia a todos
del carácter sagrado e inviolable de la familia,
de su belleza en el proyecto de Dios.

Jesús, María y José,
escuchen y acogan
nuestra súplica.

Amén.

